

A  
A  
0  
0  
5  
0  
3  
6  
3  
0  
6



UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY

DEL CASTILLO



**Dos**

**Américas**

CUATRO REALES

F. SEMPERE Y COMPAÑIA, EDITORES

Calle del Palomar, número 10

VALENCIA .

Sucursal: Mesonero Romanos, 42

MADRID

Una peseta el tomo

- Alcalá Galiano.*—Las diez y una noches (Cuentos occidentales).
- Alexis. Bonafoux. Blasco Ibáñez.*—Emilio Zola (su vida y sus obras).
- Alexis.*—Las chicas del amigo Lefèvre.
- A. Hamon.*—Determinismo y responsabilidad.
- A. Hamon.*—Psicología del Militar profesional.
- A. Hamon.*—Psicología del socialista-anarquista.
- A. Hamon.*—Socialismo y Anarquismo.
- Angel Guerra.*—Literatos extranjeros.
- Bakounine.*—Dios y el Estado.
- Bakounine.*—Federalismo, Socialismo y Antiteologismo.
- Barón d' Holbach.*—Moisés, Jesús y Mahoma.
- Bjærnstjerne Bjærnsen.*—El Rey
- Bjærnstjerne Bjærnsen.*—El guante.—Más allá de las fuerzas humanas.
- Blasco Ibáñez.*—Arroz y tartana.
- Blasco Ibáñez.*—Flor de Mayo.
- Blasco Ibáñez.*—Cuentos valencianos.
- Blasco Ibáñez.*—La condenada
- Büchner.*—Fuerza y materia
- Büchner.*—Luz y vida.
- Bueno.*—A ras de tierra.
- Comandante \*\*\*.*—Así hablaba Zorrapastro.
- Conde Fabraquer.*—La expulsión de los jesuitas.
- Chamfort.*—Cuadros históricos de la Revolución Francesa.
- D' Annunzio.*—Episcopo y Compañía.
- Darwin.*—El origen del hombre.
- Darwin.*—Mi viaje alrededor del mundo. 2 tomos.
- Darwin.*—Origen de las especies. 3 t.
- Darwin.*—Expresión de las emociones en el hombre y en los animales. 2 t.
- Daudet.*—Cuentos amorosos y patrióticos.
- De la Torre.*—Cuentos del Júcar.
- Diderot.*—Obras filosóficas.
- Draper.*—Conflictos entre la Religión y la Ciencia.
- Deutsch.*—Diez y seis años en Siberia. 2 tomos.
- Engels.*—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado. 2 t.
- Faure.*—El dolor universal. 2 tomos.
- F. S. Merlino.*—¿Socialismo ó Monopolismo?
- Flaubert.*—Por los campos y las playas
- France.*—La cortesana de Alejandro (Tais).
- Gautier (Judith).*—Las crueldades amor
- Gautier (Teófilo).*—Un viaje por paña
- Garchine.*—La guerra
- George.*—Progreso y miseria 2 tomos
- George.*—Problemas sociales.
- Gómez Carrillo.*—Desfile de visiones
- Goncourt.*—La ramera Elisa
- Gorki.*—Los ex-hombres.
- Gorki.*—En la prisión.
- Grave.*—La sociedad futura. 2 tomos
- Grave.*—La sociedad moribunda y Anarquía
- Guy de Maupassant.*—El Horla.
- Guy de Maupassant.*—La mancebta
- Haggard.*—El hijo de los boers.
- Haeckel.*—Los enigmas del Universo 2 tomos.
- Heine.*—De la Alemania. 2 tomos.
- Heine.*—Los dioses en el destierro.
- Hugo (Victor).*—El sueño del Papa
- Ibsen.*—La comedia del amor.—Los guerreros en Helgeland.
- Ibsen.*—Emperador y Galileo.—Junno Emperador. 2 tomos.
- Ibsen.*—Los espectros.—Hedda Gab
- Inchofer (Jesuita)*—La monarquía suíta.
- Ingenieros.*—La simulación en la cha por la vida.
- Ingenieros.*—Italia en la vida, en ciencia y en el arte.
- Kropotkine.*—La conquista del pan
- Kropotkine.*—Palabras de un rebelde
- Kropotkine.*—Campos, fabricas y lleres.
- Kropotkine.*—Las prisiones.
- Kropotkine.*—El apoyo mutuo. Un factor de la evolución. 2 tomos.
- Labriola.*—Reforma y revolución social. (La crisis práctica del partido socialista.)
- Laugel.*—Los problemas de la Naturaleza
- Laugel.*—Los problemas del alma.
- Laugel.*—Los problemas de la vida.
- López Ballesteros*—Junto á las quininas.
- Lubbock.*—La dicha de la vida.
- Luisa Michel.*—El mundo nuevo.
- Mackay.*—Los anarquistas.
- Materlinck.*—El tesoro de los humos
- Malato.*—Filosofía del anarquismo

150

202  
Feb 3/1915  
Aug

University of California, Los Angeles



THE  
**FRITZ L. HOFFMANN COLLECTION**

---

A Gift of  
**Olga Mingo Hoffmann**

1994

## OBRAS DEL MISMO AUTOR

---

*Constituciones provinciales: estudio histórico y de derecho constitucional.*

*El periodismo argentino.*

*Opúsculo sobre constituciones americanas.*

### EN PRENSA

*Mutualismo.*

### EN PREPARACIÓN

*Las constituciones de las repúblicas de Sud América.*

---

Benjamín E. del Castillo

---

# DOS AMÉRICAS



F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle del Palomar, núm. 10

VALENCIA



SRLF  
URL  
E  
168  
C31  
190

*Estas ligeras impresiones, por su espontaneidad, reflejan lo que siento y pienso con respecto á los Estados Unidos, y lo que sinceramente deseo para Sud América, en lo que se refiere á muchos de los hábitos del pueblo americano, que convendría implantar en el continente Sud, modificando así algo en el sentido práctico y juicioso en que la gran República del Norte se desenvuelve.*

*Si estas indicaciones son atendidas, especialmente por la juventud, mucho me felicitaré de haber prestado este servicio, contribuyendo á desarraigar añejas costumbres que entorpecen el fácil desarrollo de la prosperidad de Sud América, en todos los órdenes de la actividad humana.*

---

NOTA. Los capítulos que van á continuación son casi todos escritos expresamente para este libro, pero puede que se haya insertado alguno de los publicados en *La Nación* ó en *El Diario* de Buenos Aires, lo que advertimos al lector.



EN MARCHA Á NUEVA YORK



# NUEVA YORK

---

La bahía.—La ciudad.—Buildings.—Teatros,  
parques y avenidas

Serian poco más ó menos las tres de la tarde del día 4 de Julio, cuando empezamos á cruzar la bahía de Nueva York. El *Kroosland*, de la Red Stor Line, en el cual navegábamos, lujosamente empavesado para rendir homenaje al aniversario de la independencia de la República Norteamericana, hacia su entrada triunfal, en un día de sol radiante, saludado por todas las grandes y pequeñas embarcaciones que encontraba á su paso.

El movimiento enorme en aquel puerto en el memorable 4 de Julio, fué para nosotros la más fehaciente manifestación de la grandeza y prosperidad de la nación americana. Trasatlánticos de colosales dimensiones, que se dirigen á Amberes, á Rotterdam, á Souphampton, á Francia, á Sud América, al Japón, á la India, en fin, al orbe ente-

ro, eran portadores de las dianas de victoria de uno de los pueblos más laboriosos de la tierra.

Á poco nos alejamos de *Sandy Hook* y de *Coney Island*, esta última perfectamente fortificada, lo que hace inexpugnable la entrada á la ciudad por mar.

El panorama de ambas costas es verdaderamente hermoso. La mano de Dios, colaborando generosamente con una Naturaleza sublime, ha complementado la obra del hombre en las elegantes y alegres construcciones que idealizan aún más el ya hermoso paisaje de la ribera.

Á medida que nos acercamos al puerto, la edificación se hace más compacta, y á la continuidad de hermosas residencias veraniegas, destacándose sobre el verde intenso de los bosques y colinas, sucede la agrupación incoherente de multitud de edificios de mágicas dimensiones, que denotan la proximidad de la *city* de la gran ciudad neoyorkina.

Comprimida, casi diremos desbordando su población en la estrecha cinta de la isla de *Manhattan*, sobre la cual está construída la ciudad, busca ésta su desahogo hacia *Brooklyn* y *New Jersey*. Para la primera de estas ampliaciones de la gran metrópoli se ha construído sobre el *East River* uno de los puentes colgantes más grandes del mundo, frecuentado en la actualidad por tranvías y vehículos de todas clases y millares de peatones que le cruzan en todas direcciones.

Próxima á los *docks* centrales, en un pequeño islote, en medio precisamente del gran puerto, divisamos la majestuosa estatua de Bartholdi *La Libertad iluminando al mundo*, obsequio de Francia á los Estados Unidos.

Más allá, en el fondo de la bahía, el riñón de la ciudad, que se diseña ya claramente, dibujando en el horizonte sus imponentes edificios, de alturas verdaderamente colosales. Este nuevo panorama contrasta con el que hemos señalado anteriormente. Á la armonía de la línea sucede una orgía arquitectónica, que por lo desagradable impresiona mal á nuestra concepción latina, más amante del perfil, de la armonía y de la línea.

Interrogado por varios compañeros de viaje sobre el efecto que me produce Nueva York panorámico, he tenido que responder lo que en realidad sentía, mortificando tal vez alguna femenina susceptibilidad: «El conjunto del panorama, admirable como manifestación de la audacia y temeridad arquitectónica de los yanquis; pero es toda una violación del arte y de la estética.»

Esta opinión la confirmo cuando desembarco y en dirección al hotel cruzo la Quinta Avenida, y llego á Broodway. Trato en vano desde la ventanilla del carruaje de divisar el coronamiento de algunos edificios. ¡Qué aplastadora visión la de la Babel americana! El interés del capital, buscando su compensación en el espacio.

Olvidó esta vez la municipalidad neoyorkina el

reglamentar la edificación, como lo han hecho otras comunas americanas.

La estética arquitectónica es la armonía de la línea, el arte, en una palabra, que amamos y comprendemos un poco más los sudamericanos. Debemos con cierta satisfacción señalar esta importante *tendencia* de nuestra idiosincrasia de raza, hija de nuestro temperamento, y en la cual encerramos y sintetizamos mucho de la poesía de la vida, que radica en lo agradable, en lo bello, en lo hermoso de todas las manifestaciones humanas.

Buenos Aires será, con los años, más bella ciudad que Nueva York; y sin discusión será también menos atrevida, menos imponente.

En los días que permanecí en la gran ciudad americana con el espíritu de curiosidad no satisfecha, con el deseo de rectificar las primeras impresiones, quizá un poco exageradas, me desparramo por la gran metrópoli y busco una sensación de conjunto que me fuera más grata.

Á trechos me parece encontrar la belleza, pero á poco andar, ésta se desarticula torpemente y aparece un edificio gigantesco, cuya cabeza busco y no la encuentro. Es un enorme caserón, que me produce el efecto de un monstruo mutilado, en cuya construcción todo lo calculó el arquitecto: la solidez, la elasticidad de los materiales, la luz, la ventilación, etcétera, pero olvidó lo principal: la estética.

Después muchos edificios, más pequeños, pero horriblemente mal hechos, calles mal delineadas,

pésimos pavimentos en algunas arterias principales, abandono edilicio con respecto al aseo, vehículos mal entrazados, etc., y multitud de otros detalles que prueban que el pueblo neoyorkino ha corrido hasta hoy detrás del dollar, y que poco, muy poco se ha preocupado de lo que atañe al buen gusto y al confort en general.

Pero hay algo que anonada, que comienza por el aturdimiento y termina por la admiración. Es el tráfico enorme de la gran metrópoli, más que el tráfico aún, el ruido ensordecedor que producen cien vehículos que se ven cruzar á la vez una sola cuadra, carruajes, tranvías eléctricos, carros de todas formas, trenes elevados, el *elevated railroad*, que terminan por convencer al turista observador de que está delante de un gran pueblo, y las deficiencias de arte ó de estética señaladas resultan un mito ante este singular triunfo del comercio, de la industria, de la viabilidad en todas sus manifestaciones posibles é imaginables: en una palabra, del positivismo yanqui, único en el mundo.

Debo ahora transportar al lector á los barrios nuevos, al Nueva York moderno, hacia los palacetes escalonados á lo largo del *Central Park*, los situados frente á la Quinta y Sexta avenidas, calles todas bien delinèadas, muy limpias y perfectamente pavimentadas, las que recuerdan á algunas de las grandes avenidas de París, Berlín y Viena.

En la Quinta y Sexta avenidas, los regios y

suntuosos hoteles de los archimillonarios se suceden unos á otros, y aquellas alturas disparatadas de los *business buildings*, con la monotonía abrumadora del palomar, han sido sustituidos esta vez por el edificio de moderna arquitectura, bien proporcionado en el conjunto, algunos de ellos severamente artísticos.

Nos explicamos estas desahogadas y cómodas ampliaciones de la edificación en las hermosas residencias particulares, todo lo contrario de la *city*, que es una consecuencia del capital que busca el interés de las sumas enormes pagadas por el solar de tierra destinada á la construcción. Con un poco más de criterio artístico habriase podido conciliar esta exigencia, producida por el valor de la tierra, con la estética por una parte y con la higiene futura de Nueva York, que dentro de muy pocos años, se verá privada del aire y de la luz indispensables para la vida.

Frente al parque, el gusto arquitectónico se multiplica y varía al infinito en las construcciones modernas que se levantan. No se podría precisar á qué orden obedecen, tal es la invasión del llamado *arte nuevo*, ante el cual el gótico queda relegado á pequeños y escasos lineamientos, extremándose la nota decorativa moderna en una forma tan exagerada, que el dibujo resulta chabacano.

Algo que nosotros también debemos cuidar en Sud América, y á propósito recordaremos la intervención de la oficina arquitectónica de la munici-

palidad de París en todo lo relativo á la edificación centrourbana. En esta forma han obtenido los parisienses esa armonía exquisita é insuperable de la línea en todas sus construcciones. En Buenos Aires, en cambio, la fantasía *tartarinesca* de algunos de nuestros propietarios, se ha desbocado en varias de las fastuosas elucubraciones arquitectónicas con que han pretendido ornamentar nuestras grandes vías. Podría intervenir eficazmente la oficina respectiva municipal en estas exageraciones, prohibiéndolas en absoluto.

Nueva York tiene, como todas las grandes ciudades norteamericanas, tres cosas hermosamente insuperables: sus hoteles, sus teatros, y sobre todo sus parques.

Sus grandes hoteles, únicos en el mundo por el confort, el buen gusto, la diversidad de informaciones útiles y rápidas al servicio de los pasajeros, la multiplicidad de oficinas de comunicación con la metrópoli y el interior del país, que para el hombre de negocios significan una abreviación del tiempo, tan apreciado entre los americanos... No nos detendremos á describir estos suntuosos palacios, conocidos ya en el mundo entero.

Nos referiremos, sí, al teatro en Nueva York, ó sea al beneficio que éste reporta al pueblo en los Estados Unidos.

Nueva York tiene más de cincuenta teatros importantes. En su reglamentación ha intervenido esta vez con eficacia la municipalidad neoyorki-

na. El teatro es y debe ser, según el sociólogo americano, un medio permanente de educación popular; debe por lo tanto establecerse la censura, á la vez que limitarse el importe del billete de entrada, para que esté al alcance de todos los bolsillos. Debe ser esencialmente democrático y popular, contribuyendo á la cultura general de sus habitantes.

Por lo pronto, los norteamericanos han suprimido ese antro de incultura que nosotros los sudamericanos hemos dado en llamar *paraíso*. Han eliminado en casi todos ellos la categoría de localidades, limitándolas á dos: tertulias de platea y tertulias altas, en tal forma escalonadas, que no se nota casi diferencia entre unas y otras. En varios teatros se ha llegado hasta suprimir el número de la butaca respectiva, correspondiendo ocupar las mejor situadas á los que llegan primero. El palco no existe en muchos de ellos; de modo que el ciudadano de la Unión que desea pasar un rato de solaz en el teatro, sabe de antemano, si es rico, que estará junto al pueblo; si es pobre, que se encontrará tal vez al lado del rico, del hombre de la ciudad culto, distinguido. He aquí el principio de la transformación de la cultura popular en los Estados Unidos, que se opera paulatinamente, pero que se conquista con más uniformidad que en Sud América.

El hombre del pueblo se pone su mejor ropa para ir al teatro, mientras que el nuestro, que va al paraíso, elige la peor, en armonía con el desaseo

que reina en los paraísos teatrales. El individuo aislado de los hombres cultos, como despreciado, casi en un condenatorio destierro impuesto por la costumbre latina de las divisiones de rangos sociales, se entrega sin freno á todas las expansiones, á todo el desborde de una guaranguería repugnante. La licencia de la gente de las alturas, aun en nuestros principales coliseos sudamericanos, no se nos negará que es toda una desgracia de nuestra deficiente reglamentación, en lo que atañe á una de las principales diversiones públicas.

Y como el teatro, el parque es otro de los ideales que la civilización y la cultura yanquis han elevado á la categoría de templos de enseñanza y de cultura popular, para cooperar á que la escuela no resulte un freno á tendencias reprimidas en unas cuantas horas del día en que el alumno debe permanecer en ella. Y por eso, han hecho los mil parques que llenan de músicas, de colores y de alegrías á la hospitalaria tierra americana.

El Central Park está situado sobre la Quinta Avenida. Es un grato refugio en las horas de fuego de aquel clima abrasador. Lo he frecuentado muchas veces y he experimentado en más de una ocasión la nostalgia de la tierra, al recordar las acariciadoras tardes de Palermo y me he preguntado por qué se condena á aquellos umbrosos árboles de nuestro clásico paseo á la eterna soledad, cuando ellos tienen también una misión que cumplir, cooperando á la salud de las nuevas genera-

ciones, que el clima benigno de Buenos Aires protege felizmente y acaricia. Entre nosotros el parque no tiene la aceptación y no es frecuentado como entre los norteamericanos. El Central Park ha contribuído á disminuir en algo la estadística fatal de la mortalidad infantil en estos últimos años; y no es necesario guiarse por las cifras que diariamente se conocen y que espantan; basta contemplar aquellas naturalezas raquílicas y enfermas, para darse cuenta de lo mortífero de un clima que colma los dos extremos del termómetro, con alternativas de cambios rápidos, casi repentinos, en ambas estaciones.

Los niños neoyorkinos inspiran, en verdad, una compasiva lástima.

Fuera del clima, ¡á cuántas otras influencias no obedece aquella lamentable degeneración!

Los higienistas y sociólogos mencionan las causas y claman por las sociedades de temperancia, pidiendo al gobierno que las fomente, pues radican en el alcoholismo, una de las causas que más influyen en el raquitismo de los niños.

Convendría que en nuestro país el gobierno pensara en algo análogo. Sud América ofrece ejemplos de una degeneración que acabará muy pronto con el vigor de más de una raza.

Agregad á Central Park diez parques y jardines que circundan Nueva York, los próximos é innumerables de Filadelfia, frecuentados por el pueblo neoyorkino, y tendréis que la vida al aire libre re-

sulta todo un poema de la existencia, en medio de aquellos suaves y dulces amores de la Naturaleza, con la especialidad yanqui de que los parques en los Estados Unidos no se limitan, como los nuestros, á simples avenidas y dos ó tres cafés ó restaurants: existen en ellos variadas y múltiples instalaciones, sujetas siempre á la estricta inspección de las comunas respectivas, con precio de entradas uniformes que varían entre diez y quince centavos oro, á los que puede un visitante concurrir, alternando así el aire saludable de los prados con gratas y variadas diversiones.

Y estos parques los frecuenta el pueblo á diario después que ha dejado sus oficinas ó *magazines*, porque la nación entera trabaja y se divierte, todo lo contrario de lo que acontece entre los sudamericanos, haciendo pesada y de perpetua lucha la vida, sin mayores ideales, aun en los grandes centros urbanos, donde la diversión, el teatro, lo único que poseemos, resulta caro para el pueblo.

Un pueblo que se divierte honestamente en sus horas de plácido descanso es, sin duda alguna, un pueblo que trabajará con empeño en sus horas de labor. ¡En esta vida, el menor de los sacrificios requiere una compensación!

El trabajador sudamericano se satisface con la bebida, la tertulia en el comercio próximo, y la camorra, que termina con el epílogo de sangre, que es una de las sensaciones predilectas en ciertas partes del continente Sud.

Convendría modificar ó encaminar en otra ruta más de acuerdo con el ideal contemporáneo de los pueblos estas torcidas tendencias, infiltrando en la cultura popular estas placideces de la vida, en las cuales toma parte la familia, la esposa, el hijo, que entre nosotros modelan el corazón del obrero, pero en una lucha constante contra el vicio y las malas inclinaciones propias del ambiente malsano en que se desarrolla la existencia del hombre de trabajo.

Tendría en esto nuestra Intendencia Municipal obra buena y santa en demasía: la Quinta Halle sería un ideal de parque popular estilo americano, ¡y cuántas tendencias habríamos modificado en un pueblo que, por sus esfuerzos, merece toda esta empeñosa tarea, de fácil y metódica regeneración!

Múltiples estudios surgen de una ligera observación de *touriste* en los días que permanecemos en la gran ciudad yanqui, cuestiones de interés analizadas ligeramente que el lector encontrará en los capítulos que siguen al indicar las modalidades del pueblo americano en todos aquellos asuntos en que creamos hallar alguna deducción práctica en bien de esta otra América joven que se encamina también á una era de grandeza, pero tal vez por rutas completamente opuestas.

¿Qué camino conviene seguir para llegar á un feliz término y con relativo acierto?

Es indiscutible que el más corto y conocido.

¿Entre esas sendas no convendrá seguir aquellas más frecuentadas por la humanidad?

No todos los ambientes serán siempre propicios para trasplantaciones futuras, pero seleccionemos lo que sea de fácil radicación y pueda germinar y florecer entre nosotros, y habremos hecho una buena obra.

---



# La mujer en los Estados Unidos

---

## En los «magazines», oficinas, minas y negocios

Espíritus tal vez exageradamente optimistas han cantado himnos á la mujer norteamericana, en sendos artículos de diarios, libros y revistas de toda clase que, francamente, habíanme producido el convencimiento de que sus méritos guardaban una cierta relación con las alabanzas. Pero la permanencia en los Estados Unidos durante un año de observación y de estudio, esfumada la primera impresión casi fascinadora que produce la mujer con los indiscutibles encantos que le reconozco, y vinculándola en el análisis de problemas importantes sociológicos de la gran República del Norte, puedo afirmar que lo que se dice y piensa de la mujer americana en Europa y en Sud América, no es ni sombra de lo que se dice y piensa de ella en los Estados Unidos.

Hombres de estudio, de alto é indiscutible concepto como sociólogos, afirman que la actuación de la mujer en el desenvolvimiento progresivo, tanto material como político, de la Unión, constituye hoy uno de los más graves y complicados problemas de orden social, que deberá conmover tarde ó temprano el organismo aparentemente sano de aquel gran pueblo, cuyas cifras de estadística le amenazan con un número mayor de mujeres que de hombres en la población total apta para el trabajo.

El crecimiento enorme de la población femenina y su impremeditada participación en oficios y trabajos que contrarían sus aptitudes, ha traído como consecuencia el derrumbamiento de ciertos privilegios inherentes al hombre, que todas las sociedades del mundo le han reconocido y reconocen, sin que por ello sean antifeministas *a outrance*.

La mujer, dicen, ha invertido su papel en la sociedad, en el orden moral y en el económico.

En el orden moral, con la libertad demasiado exagerada que ella misma se ha sancionado por propia y única deliberación.

En el orden económico, invadiendo el trabajo del hombre, reduciendo al extremo el jornal y abaratando la producción, en perjuicio muchas veces de la bondad industrial del artículo, y aniquilando por fin el genio y la fuerza del hombre, desde que en muchos casos es ella la que sólo trabaja para satisfacer las necesidades del hogar.

La mujer es libre en su vida y en sus actos hasta lo no imaginable. Y esta libertad, que conquista toda nuestra simpatía en el primer momento, hasta conceptualarla beneficiosa, llegando al análisis, la interpretamos como una fuente generadora de graves males é imperfecciones sociales.

Nos referimos á aquella libertad que no reconoce límites ni es muchas veces refrenada, fácil y llevadera en algunos temperamentos esencialmente sajones, pero fatalmente difícil y peligrosa en muchachas (*girls*) en cuyas venas circula y bulle la sangre del Mediodía de Italia, Francia, etc., que las hay en cantidad en aquel pueblo, verdadero mosaico de nacionalidades. De ahí la hecatombe á diario de estas sensibles *girls*, que ruedan á menudo en la pendiente del vicio y de la corrupción.

«La mujer—agregan los sociólogos—ha perdido aquí esa aureola de amor y de bondad con que el hombre orla su frente en el resto del mundo, proclamándola su dulce y adorable compañera. La ha perdido porque se ha rebelado contra el hombre y se ha convertido hoy en su más temible adversario.»

Conozco ciertas anécdotas, que si las refiriera, comprendo que heriría susceptibilidades que me complazco en respetar, por lo que prescindo en absoluto de ellas, y me limitaré á citar lo que más se refiere y comenta en los Estados Unidos. Un padre de familia, después de muchos años de sacrificios desde un modesto empleo de escribiente en

una manufactura, consigue llegar á un puesto de confianza bien remunerado. El hombre ha satisfecho así una de sus más grandes aspiraciones, y se considera relativamente feliz al lado de su mujer y de sus hijos. Pero llega un día en que, para su desgracia, conquista las simpatías del administrador (*manager*), primero con su porte fino y elegante, después con lo exiguo de la remuneración exigida, una joven, que obtiene de esta manera su empleo y que podrá ser todo lo inteligente y honrada que se quiera, pero que, inconsideradamente, labra la ruina de una familia, destruyendo la felicidad entera de un hogar honesto.

Y este caso, con ligeras variantes de actores y de circunstancias, se repite á diario en muchos de los Estados de la Unión.

De ahí que todos esos cuadros que los optimistas nos pintan con colores de rosa, ponderándonos la solidaridad y la cordialidad del hombre con la mujer, que se complementan y ayudan eficazmente en el trabajo, compartiendo su *lunch* en las oficinas, mereciéndose todo el cariño y respeto ideables, resulten tan sólo papel pintado ante la rivalidad negra de sus dos almas; con la agravante de que el hombre no puede resistir á la competencia de la mujer, cuyas exigencias de vida son en extremo limitadas en los Estados Unidos.

Y la mujer resulta y resultará siempre triunfante en esta original guerra de sexos que se produce como un raro fenómeno del siglo actual y con

caracteres especiales en aquel único pueblo, generador de estos y otros asombros.

Muchas de ellas, jóvenes y bonitas, llenas de ambición, han llegado hasta especular en la Bolsa de Nueva York. Comienzan su carrera haciendo en un principio de secretarias ó dactilógrafas, hasta que consiguen reunir un pequeño capital, que emplean con éxito, y si les va mal, vuelven sus ojos hacia el *manager*, fácil de suggestionar con sus encantos.

Se refieren al viajero anécdotas curiosísimas de americanas que han llegado á la fortuna por medio de especulaciones felices, y algunas otras con procedimientos hábiles y temerarios. Es bien conocido el caso de mis Cassie Chadwich para que lo refiera en todos sus detalles. Dicen las crónicas que esta hábil mujer, valiéndose de que poseía el apellido de un conocido especulador archimillonario, descontó gran cantidad de documentos bancarios, falsificando títulos que depositaba en garantía de sus obligaciones. Miss Cassie Chadwich se hizo célebre en poco tiempo, manejó cuantiosos caudales, gastó un lujo excesivo en los Estados Unidos, y en contacto con grandes banqueros y directores de grandes compañías, constituyó por largo tiempo la admiración de éstos, hasta que se conoció la base falsa de sus operaciones. Fué procesada y condenada por defraudación á la pena de diez años de cárcel.

Como última hazaña, miss Chadwich ocasionó

más tarde la muerte de uno de los banqueros que arruinó y desconceptuó con sus ilícitas operaciones.

Otras no menos célebres, han dedicado su actividad consagrándose por entero á explotar minas en California, en el Colorado y en el West, mostrando algunas señaladas aptitudes en estas difíciles explotaciones. Se refiere la anécdota de dos bonitas y elegantes muchachas de Boston, que, encontrándose de paseo en la región de minas, se hicieron con una pertenencia minera, habiendo sido su oficio anterior el de simples estenógrafas. Realizaron con paciencia algunas economías, y fué con este dinero con el que se dedicaron á explotar aquella mina del Colorado, que es hoy una de las más importantes y ricas. Existe la superstición de que la mujer posee un instinto adivinatorio para dar con el filón en las minas. El hecho es que la mujer ha competido esta vez, como otras, ventajosamente con el hombre.

En algunas partes del Oeste lo ha ido desalojando paulatinamente de la industria del cultivo de flores, frutas, vegetales, cría de aves, etc., mostrando una especial habilidad.

Con esta aplicación de sus energías en nada perjudicaría la mujer el porvenir y el trabajo del hombre, haciendo una competencia leal y franca en el comercio libre y en industrias de esta naturaleza, como acontece en las mismas naciones europeas; pero la indiferencia de los americanos y la falta

de previsión á tiempo les ha permitido invadir un campo de acción que le debió estar reservado por entero al hombre, y es frecuente verlas de ingenieros, *motormen*, cocheros, maquinistas, electricistas, ingenieros de minas, modeladores en bronce, hierro y acero, de marineros, pilotos, veterinarios, rematadores, valijeros, carpinteros, ebanistas, ladrilleros, carboneros, foguistas en algunos ferrocarriles del Este, y multitud de profesiones y labores en que parece imposible que la mujer pueda intervenir con el relativo éxito que lo viene haciendo, explicándome este fenómeno económico por la exigua compensación que la mujer exige por su trabajo.

Por eso no me sorprende haber visto en las puertas de las casas de ciudades populosas, como Nueva York, Chicago, Pittsburgo, etc., individuos de caras afeitadas, no mal parecidos y en buen estado de carnes, con un chico en los brazos esperando la vuelta al hogar del ilegítimo jefe de la familia, que lo es esta vez la nueva Juana de Arco, triunfadora en la curiosa revolución social americana.

De todo lo anterior, muy original, muy hermoso para los optimistas si se quiere, surge una reflexión. ¿Qué porvenir le estará deparado á la mujer sudamericana? ¿Conviene, por sus tradiciones de raza, dedicarla á todas las ocupaciones que son propias y genuinas de la actividad y competencia del hombre? ¿Podría en previsión reglamentarse ó

limitarse el trabajo de la mujer, para que éste no resulte un peligro social?

¿Es posible permitir que las madres fecunden, en el ambiente malsano de las fábricas, hijos enfermos y decrépitos?

La mujer, abandonada por entero á sus fuerzas, como en los Estados Unidos, y con una libertad de acción desenfrenada en su vida privada, la conceptuamos una aberración.

La mujer, abandonada á las expoliaciones del capital, martirizada, aniquilada en el trabajo rudo de las fábricas, la conceptuamos también una injusticia.

El problema es por sí solo complejo, pero nos inclinamos á que la mujer luche por conservar en la sociedad el sublime cargo de esposa y madre. Y célibe, batallando contra las herejías de la suerte, concrete sus aspiraciones á aquellos trabajos donde pueda ejercitar su actividad, sin provocar la antipatía del hombre, conservando así la perfecta armonía de los dos sexos llamados á complementarse en la idealización más hermosa de la vida.

---

# FILADELFIA

---

El home.—La «City Hall».—Fairmouth Park.  
La vida del obrero y el barrio amarillo

Al escribir sobre Filadelfia viene á mi mente el recuerdo de la vida tranquila del hogar de mis padres en los días inolvidables y gratos de la infancia, antes que desapareciera del mundo aquel ángel bondadoso que irradió con la santa custodia de su magna autoridad de madre el saludable ejemplo que edificó en nuestra alma, y que hoy vigila aún, dirigiendo la inflexible rectitud de nuestros actos con el hermoso é imperdurable recuerdo de sus virtudes.

Filadelfia ha sido, y lo es aún, la ciudad modelo de los hogares y de las buenas madres, donde ellas brillan en su *home* con todos los suaves resplandores de un iris de paz, en una perpetua concordia, poseídas de la misión grande y sublime que les ha confiado la Naturaleza.

¡La consagración santa del hogar! ¡Hacer de él la perfección de lo humano, casi un sagrario! ¡Hay tanta poesía en esta faz encomiable de una de las más nobles tendencias de aquella raza injustamente tachada por algunos de áspera y terca, que, á pesar de todo su positivismo, va conquistando cada día dulzuras y exquisiteces, que harán muy pronto de su pueblo uno de los más perfectos de la tierra!

En el *home* americano se practican todas las virtudes humanas, desde el amor hasta la caridad, desde la lectura honesta que educa y moraliza hasta la música que dulcifica y modela los caracteres, enunciando los más puros sentimientos de nuestra alma.

En él encontraréis aún á la octogenaria abuela presidiendo desde el trono de su silla señorial las largas veladas de las noches de invierno, y sobre cuya frente, al ir á descansar como al despertar, se posan respetuosos los labios de los hijos y de los nietos.

Y este gran pueblo cimenta así en forma sólida y perenne como los siglos el edificio de su nacionalidad, porque comprende que para edificarla con bases incommovibles, es necesario principiar por fundar el hogar con todas las idealizaciones posibles dentro de la frágil perfección humana, haciéndolo duradero una vez que ha sido formado y tratando de mantenerlo siempre fuerte y unido, sin flaquezas de pasiones que lo destruyan.

Así tenemos el saludable ejemplo de la sencilla y pulcra joven obrera de la fábrica ó de la modesta empleada del *magazin*, personificando la austeridad de su *home* con la severa conducta de una vida intachable consagrada por entero al trabajo y al cariño de los suyos, para después ser la fiel compañera de un obrero y formar así este hermoso engranaje de miles de hogares que viven con la regularidad de la maquinaria de un reloj, fortaleciendo el vínculo de la familia, que es el todo del progreso de aquel pueblo feliz y laborioso.

Filadelfia es, en mi opinión, una de las ciudades de temperamento más latino de los Estados Unidos, á excepción de Nueva Orleans y de San Francisco: tal vez la juzgue así por el contraste que me produce al compararla con Nueva York, tan netamente americana á pesar de su cosmopolitismo.

La considero de un gusto artístico superlativo al lado de la gran ciudad neoyorkina. Posee la *City Hall*, reputada como uno de los edificios más hermosos del mundo. No tiene las extravagancias de esas babeles de alturas inconmensurables, luciendo en cambio la artística línea arquitectónica en todos los órdenes, en todos los estilos imaginables, desde los múltiples edificios que forman la amplia y espléndida Universidad de Pensilvania con sus quince hectáreas de parques y cómodos pabellones, hasta el clásico *Penna Museum*, de impecable corte griego, el *Masonic Temple* y la *Terminal Station*, con-

siderada como una de las más confortables y mejor distribuidas de la Unión.

La primera impresión que se recibe al descender de la *Pensilvania Station* al penetrar en la calle más concurrida, la alegre *Chestnut Street*, es la de la graciosa y coqueta Bruselas, con sus elegantes casas de comercio, su pavimento de asfalto siempre limpio y sus amplias y cómodas aceras.

Esta impresión se ratifica aún más, cautivándonos siempre Filadelfia cuando se cruzan las arboladas avenidas que conducen del centro de la ciudad á *Fairmonth Park*, con los bonitos y bien construídos chalets habitados por familias pudientes, en los que no se ha extremado tanto como en Nueva York la nota del lujo, pero sí cuidado mucho la del confort.

Es hermoso el espectáculo que presentan estas cómodas viviendas, en las apacibles tardes de verano, en que se reúnen, en las pequeñas terrazas que preceden la entrada de la casa, todos los miembros de aquellas buenas familias, leyendo los diarios unos, en amena charla los otros.

Lo mismo acontece con la confortable morada del obrero, allí cercana: menos grande, pero no por ello menos limpia y ordenada que la del rico, donde se le ve también rodeado de su familia retornado á su *home*, contento tal vez y satisfecho de la nueva jornada de labor transcurrida, nunca muy larga y fatigosa, como acontece en algunas ciudades sudamericanas, pues en Filadelfia, como en

casi todas las ciudades de la Unión, está severamente reglamentada la tarea tanto del empleado como del obrero, aparte de que el patrón es hoy allí casi un aliado del trabajador.

¿Cómo vive el empleado, el simple obrero en Pensilvania? Diríase que la consagración del hogar allí en aquellas ciudades hospitalarias ha hecho una entidad hasta del más humilde y modesto jornalero.

Si bien es cierto que Filadelfia está conceptuada como una de las ciudades más prósperas y fabriles de los Estados Unidos, sorprenderá, no obstante esto, el dato sugerente de que el número de pobres y criminales sólo llegue á la proporción de medio por ciento sobre el total de habitantes.

El obrero allí no es aficionado al ahorro como en otras ciudades; vive con toda la comodidad que le es posible, contando algunos hasta con piano en su casa. Bien es cierto que la vivienda, aparte de ser cómoda, es económica en sus arrendamientos, disponiendo de varias habitaciones para subarrendar, lo que les facilita aún más la vida. De este relativo bienestar del obrero, que lo deseo para Sud América, se han encargado las numerosas compañías de construcción de casas de obreros, fuera de la estricta reglamentación que para edificarlas se ha dispuesto por leyes especiales en cada Estado.

El proletariado no vive en el detestable acumu-

lamiento á que está condenado en algunas ciudades de Sud América, en casas-cuarteles, antihigiénicas, mal distribuidas é inconvenientes para despertar en el trabajador el estímulo de mejorar más adelante.

Reglamentar con minuciosidad la construcción de casas de obreros, es algo que se demora entre nosotros con toda imprevisión, sin pensar que entraña esta demora todo un gran problema social á resolver, y que se complicará en el futuro.

Filadelfia trabaja, pero también se divierte; y se divierte con esa sobriedad que la hace destacarse entre todas las otras ciudades de la Unión. El pueblo ha declarado una ruda lucha contra el alcohol, hasta el punto de que casi lo ha desterrado.

Otra de sus fases características, es el gran concepto que el obrero ha conquistado tanto por su competencia, cuanto por su contracción en el trabajo y la protección eficaz que le prestan las leyes. Esta es indiscutiblemente la suprema aspiración actual del pueblo norteamericano. Anhela en primera línea la defensa espontánea y franca de parte del gobierno, de los derechos del empleado y del obrero, por lo que estos principales factores que forman la vida orgánica de Filadelfia, no están ni agobiados ni mal compensados.

Todas estas ventajas las van obteniendo los obreros por mediación de las numerosas asociaciones de defensa admirablemente organizadas. Agré-

guense á estas asociaciones intermediarias entre el capital y el trabajo, los múltiples de otro orden á que el obrero está ligado por un espíritu y tendencia marcada entre los norteamericanos á la asociación, ya sea mutualista ó recreativa, procurándose por este medio comodidades y goces que le serían difíciles obtener aisladamente, y se comprenderá cuán diverso es el pasar cómodo y tranquilo del obrero americano, comparado con la lucha constante y enervadora del obrero en Europa y en algunas ciudades sudamericanas.

Mucho ha influido en verdad la cultura en estas conquistas de alta civilización, que pueden ostentar con orgullo los americanos; mucho han contribuido las bibliotecas populares, la difusión del diario económico, la prédica evangélica de los pastores y, en una palabra, la prosperidad relativa de aquel pueblo tan amante del trabajo como parco en el placer.

Modifiquemos también nosotros, los sudamericanos, el ambiente popular. Legislemos oportuna y eficazmente en bien del pueblo trabajador; fomentemos el mutualismo siguiendo el ejemplo de la Francia, de la Bélgica, de la Alemania, de la Italia, y haremos un pueblo que sabrá bendecir desde sus hogares felices á los precursores de estas necesarias cuanto preciosas reformas.

Filadelfia, como Nueva York, como Chicago, como la mayoría de las ciudades yanquis, tiene su conglomerado de razas diversas estacionadas

en barrios diversos, conservando los hábitos y tendencias de origen, lo que les da el aspecto de pequeñas ciudades dentro de las grandes ciudades.

Esto acontece con el barrio chino, japonés y el de los judíos, muy inmundos por cierto, y que afean á Filadelfia. Barrios faltos de higiene, de aire, de luz, y con habitantes sucios en su indumentaria como antihigiénicos en sus usos y habitaciones. Los chinos y japoneses resisten al amalgamamiento peculiar á otras razas; la judía, por ejemplo, está más conteste con las costumbres y hábitos europeos y americanos. Su comercio ocupa barrios enteros de la bonita ciudad, y en el caso de epidemias han constituido éstos los principales focos de infección.

Tenemos entendido que el gobierno americano toma serias medidas contra estas pacíficas invasiones periódicas, que amenazan con un trasplante oriental, imposible é ineficaz, en la antítesis evidente de dos civilizaciones que no podrán nunca complementarse.

Tal peligro, aunque remoto aún para Sud América, debe preocupar á los gobiernos respectivos. Como no es posible prohibir en absoluto estas aglomeraciones de razas en barrios determinados, deben en cambio reglamentarse restrictivamente, obligándolas, con una tenaz vigilancia, á sujetarse á las ordenanzas que establezcan las comunas con respecto á higiene, moralidad, etc. En esta forma

se aminorará el peligro, fuera de que opinamos que jamás se debe pensar en fomentar la inmigración de estas razas, que resultan estériles con su cooperación limitadísima para el progreso general de ningún otro país que no sea el de su origen.

---



# El norteamericano y el sudamericano

---

## El hombre de negocios, el de la campaña y el industrial.—Cómo se educa á los jóvenes

El hombre de Norte y de Sud América son dos tipos diametralmente opuestos. Prescindamos, al estudiarlos, de las leyes atávicas que han influido para determinar rumbos distintos en estas dos razas, llamadas á fundirse en una sola con los años, é indiquemos sus puntos de contacto, estableciendo los posibles trasplantes de hábitos y tendencias en beneficio mutuo: lo que podría considerarse exagerado en los Estados Unidos, lo que tal vez pueda conceptuarse deficiente en Sud América.

Ante todo, observemos al yanqui, eligiendo el tipo predominante, lo que no es difícil encontrar en un pueblo en que hay una igualdad de costumbres tan perfectamente determinada, que casi podríamos decir obedece á una inveterada costumbre de prácticas inflexibles, que importan casi leyes so-

ciales que indican un sistema común é invariable de vida.

He aquí un tipo: la cara afeitada, perfectamente raspada hasta el último pelo del bigote; no siempre gordo como nos lo pintan las crónicas, sobre todo en los grandes centros, donde las necesidades de la vida obligan á una sobriedad mayor, sin que por ello estén condenados á flacura perpetua. Hoy predomina el tipo delgado. Los higienistas sostienen, con tenaces campañas moralizadoras en los diarios, que el hombre debe alimentarse según el trabajo que deba ejecutar, proclaman la temperancia en todas las circunstancias de la vida y desparraman en esta forma una santa resignación evangélica, que el pueblo acata y practica resueltamente.

Después de la cara, digámoslo en honor de la verdad, por lo general sonriente y simpática, se observa el traje casi igual en todos, hasta en la elección de la tela, pues, por lo general, la moda la impone el *magazin* de ropa hecha y con una uniformidad abrumadora, el mismo estilo, el mismo corte, se ve reproducido al infinito en todos los transeuntes. Después del traje, el hombre exterior, la legendaria urbanidad enseñada en otra época en los colegios de los viejos puritanos, relegada al olvido, pues el americano, para ser esencialmente moderno, debe reunir estas tres condiciones apreciables por sus semejantes: ser extremadamente sencillo, manifestarse despreocupado por todo, aun

por lo que le interesa, sentarse mal y pararse peor.

Hombre ante todo de negocios, emprendedor y audaz como ningún otro del mundo, el yanqui se complace más en lo difícil que en lo fácil, y prescinde las más de las veces de las iniciativas del gobierno para tomar para sí la gloria de haber beneficiado á su patria y haberse enriquecido á sí mismo. Por eso se le ve lanzado á la conquista del desierto, ofreciendo nuevas tierras á la civilización y al comercio, construyendo líneas férreas, y sobre todo, desafiando con una valentía muy digna de tenerse en cuenta por los sudamericanos, afectos á la empleomanía y al calor de los clubs en los grandes centros, todos los rigores del clima, el peligro de los asaltos de hordas de bandidos, levantando su tienda de campaña, que custodia con su rifle y con su perro.

Así se ha poblado la Unión.

Este es el hombre de campo, cuya temeridad supera á la del sudamericano, que teme á la soledad del desierto y pide garantías al gobierno, cuando el yanqui comienza por procurárselas á sí mismo. Analicemos ahora al hombre de la ciudad. El norteamericano no tiene la tendencia, como el sudamericano, tan exclusiva de hacerse profesional, y cuando ha llegado á obtener un título, si es abogado no abandonará la inclinación propia de raza, de aventurarse en los negocios, y por eso no es extraño encontrar muchos *lawyers* en la Bolsa neoyorkina, famosos por sus especulaciones.

Eminentemente industrial, ha colocado á su país á la cabeza de las naciones industriales del mundo y se ha complacido en modificarlo todo, llevando su ingenio á tan alto grado de perfeccionamiento, que ha asombrado á la humanidad con sus múltiples invenciones, devolviéndole á Europa año por año sus maquinarias simplificadas ó sustituidas por otras, que importan una economía industrial bastante apreciable.

Tenaz en este sentido, ha sacrificado los días de la juventud persiguiendo un descubrimiento científicamente práctico, como es valiente para lanzarse á los grandes negocios, no siempre prósperos, pero recogiendo la amarga enseñanza como una inolvidable lección provechosa para el futuro. Todo esto á base de una independencia que anhela conquistarse desde el primer momento en el hogar. Por eso es común en los Estados Unidos encontrar un hombre joven ya con una posición hecha, labrada exclusivamente por sí mismo, sin intervención ni dirección de sus padres, y cuando atendiendo las insinuaciones cariñosas de éstos resuelve quedarse á su lado en las fábricas, es muy común entre los que hemos dedicado nuestro tiempo á conocer industrias en los Estados Unidos, el ser presentado á un joven obrero de blusa azul trabajando á la par de los demás de la fábrica, y el cual resulta ser hijo del propietario, que desea que su vástago se entere del mecanismo inferno de lo que más adelante puede llegar á per-

tenecerle. Éste, como otros jóvenes, debe hacer el aprendizaje durante largos años en las diversas secciones de la manufactura. Los conocimientos que va adquiriendo le sugerirán innovaciones que indicará á los capataces de sección.

Encontrándome en una fábrica de máquinas de imprenta en Filadelfia, tuve oportunidad de asistir al ensayo de un tipo de Marinoni, reformada por el hijo del propietario, joven de veinte años. Excuso decir que era un día de fiesta en aquella importante manufactura.

¡Cuán lejos estamos nosotros los sudamericanos de este día de triunfo!

El joven nuestro es, por lo común, un mimado de la madre, es el hijo varón, el primero ó el segundo; siempre se le cree delicado de salud, se le contempla demasiado, se le afemina, se le labra su desgracia, en síntesis.

Llegamos, pues, á estas simples conclusiones: el hombre del futuro en Sud América será un resultado de la práctica educativa que adopten los gobiernos respectivos, con la cooperación en primera línea del hogar, á quien le estará encomendado el primer trasplante del hombre fémína al hombre en el alto concepto del conscripto industrial ó laborador, que es necesario preparar para la larga y penosa campaña de la dura lucha por la existencia.

Inculcar desde los primeros años de la niñez el ideal de la independencia, como el don más pre-

ciado á cuya conquista decisiva debe ir el hombre, es preparar la grandeza industrial y el progreso general del país; significará concluir de una vez para siempre con los sometimientos incondicionales, que nos han procurado fatalmente tan malos hombres públicos como ciudadanos sin ideales levantados; es acabar de una vez con la reducida aspiración del adolescente, que el primer paso que da en el mundo es procurarse un empleo en una oficina del gobierno, donde muchas veces á las órdenes de un dispéptico aprende tan sólo á deprimirse moralmente para llegar á humillaciones indignas y bochornosas.

Otra consecuencia del fruto de la educación americana, el bastarse á sí mismo, la caracteriza esta marcada tendencia del pueblo americano á no permitir que el hijo dilapide bienes que aun no le pertenecen. El hijo del rico popularmente conocido en Sud América por sus aventuras fáciles, tirando el dinero á manos llenas, casi no se encuentra en la Unión. El que así procediera obtendría fácilmente el desconcepto de sus demás amigos y el aislamiento de aquellos que proceden en forma diametralmente opuesta, que son la mayoría. El mejor título que puede ostentar un americano, es el ser un incansable trabajador, ejercite sus energías en las múltiples formas del comercio, de la industria ó de los negocios.

Hay también una inclinación marcada entre los americanos al altruismo altamente edificante,

que debe tenerse más en cuenta en las naciones sudamericanas, donde el hombre inutiliza muchas veces sus esfuerzos, batiéndose á menudo con el destino solo y aislado ó en medio de egoísmos ó ruines envidias.

En el yanqui predomina la idea del colectivismo, desde la simpática leyenda de su escudo *Et fluribus unum*, y el esfuerzo de uno ó de muchos reunidos alcanza siempre para ofrecer un pedazo de pan al vecino, al que no se trata de aplastar, sino que se le tiende fraternalmente la mano y se le invita al trabajo dignificador.

¡Este es tal vez uno de los resortes de la prosperidad de aquel gran pueblo!

---



# CHICAGO

---

**Monumentos y parques.—El «Press Club».—  
La ciudad fabril.—Una reunión deportiva**

Chicago es, indiscutiblemente, la ciudad menos aseada de los Estados Unidos. Así lo dice su prensa, que fustiga por esto á diario á sus poderes comunales. Pero con desaseo y todo, Chicago es una ciudad no exenta de esplendidez en ciertos barrios de corte genuinamente europeo, como la Avenida Michigán, situada frente al lago del mismo nombre, la cual, muy bien asfaltada, conduce, entre dos filas de magníficas residencias, hasta el hermoso y extenso parque Lincoln.

Es la admiración de nacionales y extranjeros que la visitan, con la singular extrañeza de contemplar el portentoso desarrollo de una ciudad construida en el breve tiempo de cincuenta años, y que, á pesar de haber sido destruída no hace mucho tiempo completamente por el fuego,

cuenta hoy con la friolera de dos millones de habitantes, profusión de parques, jardines, grandes y costosos palacios, el segundo Hotel de la Unión, el *Aquarium Hotel*, que ocupa dos manzanas con sus anexos respectivos, teatros, restaurants, peluquerías, sastrerías, oficinas de correos, telégrafos, oficina de informes, etc., etc.; toda una pequeña ciudad dentro del hotel, y con una hermosa perspectiva frente al lago, el admirable lago Michigan, cuya obra de saneamiento cuesta ya tantos millones á los americanos.

Tiene la ciudad también grandes monumentos de correcta arquitectura, como asimismo varias esculturas de indiscutible mérito artístico. Merecen indicarse la nueva Casa de Correos, el *Palmer House*, la catedral de San Pablo, los monumentos erigidos á Humboldt en *Humboldt Park* y la estatua y el monumento levantados á la memoria del buen Lincoln, en *Lincoln Park*.

Pero Chicago, en lo que atañe á estética edilicia, sigue la ruta de Nueva York, su rival, á la que trata, si no de superarla, de igualarla por lo menos en sus originales elucubraciones arquitectónicas, y ha levantado también colosales *buildings* de veinticinco y más pisos, concentrando así en esta forma descabellada sus negocios en un limitado radio, cuando á muy poca distancia del centro empieza la ciudad á achatarsé en un contraste tan desigual de alturas, que afea enormemente el conjunto.

Fuera de estas imperfecciones de su *city*, vienen después los inmundos y detestables barrios de razas, de chinos, japoneses, etc., cuyos inconvenientes hemos señalado al ocuparnos de Filadelfia. Después la pobre y desmantelada ciudad de madera, con malas aceras, pésima higiene, desastrosa pavimentación y muy escaso alumbrado; antros de piratería, que sirven de pasto para la crónica espeluznante de sus diarios, que los anuncian con cierta complacencia, haciendo notar muchas veces que en pocas partes de la Unión se ha cometido un asalto ó crimen de la temeridad del que menciona la crónica. ¡Cuestión de gusto periodístico!

Visito después más detenidamente la ciudad y algunas de sus principales manufacturas, y tengo el convencimiento de que Chicago es una gran fábrica de conservas alimenticias de toda clase, y especialmente de carne de cerdo. ¡Producción favorita, y de la cual se vanagloria el buen ciudadano! «Trabajamos más, mi amigo—me decía un redactor de *Tribuna*—que toda la América del Sud junta.» Me pareció algo exagerada esta afirmación, ¡pero es indiscutible que son muchos los cerdos en Chicago que diariamente pasan á mejor vida!

Centro de temerarias empresas, ha batido el *record* de las fortunas improvisadas en brevísimo tiempo.

Dará una idea de la importancia del capital empleado y del radio de acción de una de aquellas fábricas, el hecho sólo de estar instalada en cinco

hectáreas de terreno, y tener todo un cuerpo de estenógrafos y copistas á máquina, casi un pequeño ejército, á cuyo cargo está confiada la contestación de la correspondencia, que fluctúa entre cinco ó seis mil cartas diarias.

Como manifestación de su cultura, entre lo mucho que he admirado en la floreciente ciudad yanqui, debo mencionar al *Press Club*, modelo entre las asociaciones similares de la Unión, y en el cual he pasado gratos momentos departiendo con muy buenos amigos. Mr. Johnson, su activo y diligente secretario, enterado de que el Círculo de la Prensa de Buenos Aires me había confiado su representación en la Exposición y el Congreso Internacional de la Prensa celebrado en Saint-Louis, y que escribía también mis impresiones de viaje sobre los Estados Unidos, puso á mi completa disposición la biblioteca del Club, ofreciéndose para procurarme todos los datos que necesitara para mi libro. Agradecí á Mr. Johnson sus amables ofrecimientos y le manifesté que en las ligeras impresiones que publicaría sobre mi viaje, había tomado la inquebrantable resolución de desterrar por completo toda fastidiosa y pesada erudición de viajero novicio, siendo muy parco en detalles, limitándome á breves observaciones, de las cuales trataría en lo posible de deducir algo que fuera útil y de provechosa enseñanza y fácil aplicación ó radicación en Sud América. «Por lo pronto—agregué—observo este Club franco y hospitalario para

cualquier periodista del mundo, ajeno á ceremonias estúpidas y á reglamentaciones y estatutos de ninguna especie, y en el cual, en vez de rencillas y mezquinos egoísmos, que tanto deprimen al que los alimenta, reina la más campechana confraternidad. En él veo que viven como en familia y se tratan con la llaneza peculiar á esta raza, el director y propietario del *Chicago Press*, del *Record Herald*, del *World*, etc., con el más modesto de los repórters, en el cual el talento práctico del americano ve el posible éxito, tal vez todo un proceso de un triunfo periodístico futuro de grandes beneficios para su diario.»

Casa abierta para todos, como lo estuvo siempre el gran corazón yanqui, centro de iniciativas fecundas, á las cuales las autoridades prestaron toda la acogida de su apoyo decisivo y práctico. Las bibliotecas populares, que tanto bien han hecho al pueblo, como la difusión de la hoja periodística reducida al minimum de su precio, son la obra patriótica del *Press Club* de Chicago.

Recorro las colecciones de diarios y revistas de la Unión, y me encuentro con algunas de vastísima y prolijísima información. Entre ellos *Tribuna de Chicago*, *Chicago Press*, *Chicago Record Herald*, *Tribuna de Nueva York*, *New York Herald*, *Public Ledger*, de Filadelfia, *The World*, y entre las revistas anoto entre una infinidad *The North American Review*, *The Harper's Magazine*, *The Century*, *The New York Review*, *The Scribner's*

•

*Magazine*, todas ellas de una nitidez de impresión que supera á las mismas revistas y diarios alemanes.

Es conocido en todo el mundo el carácter y el espíritu de la publicación americana, para que tenga que repetirlo en estos breves apuntes. Empresas eminentemente comerciales, el diario queda reducido á una simple maquinaria, cuyo mecanismo debe traducir la impresión en tantos céntimos ó dollars por línea, según la importancia del asunto que motiva la publicación.

No siendo la prensa en los Estados Unidos ni cátedra, ni dogmática, ni teniendo los caracteres de un sacerdocio, como lo es la prensa francesa y aun alguna parte de la prensa sudamericana, limitase entre los yanquis á ser eminentemente informativa. No puede, no obstante esto, negársele una influencia decisiva en los asuntos políticos y en la marcha económica del país, sobre todo en los grandes diarios, á quienes da autoridad, después de muchos años de lucha, el triunfo de diversas y complejas campañas terminadas con éxito.

La mayoría de las empresas periodísticas mencionadas poseen su edificio propio, consistente en grandes y cómodos *business buildings*, en los que se limitan á ocupar sólo un piso ó dos, arrendando los restantes á establecimientos bancarios ó compañías ó empresas particulares, lo que les produce muy buena renta.

En una palabra, la parte más culminante de un

gran diario la constituye su prolija y hábil administración, como acontece en todas partes.

Invitado á una reunión esportiva en *Washington Park*, la encuentro por cierto muy diversa á la de nuestros clásicos premios. Nada del estiramiento y de la exagerada fastuosidad porteña, la que, al lado de la extrema sencillez y costumbres democráticas de que se hace aquí ostentación y gala, resultará tal vez demasiado *aristocrática*.

Pero de ambas reuniones, francamente, con toda su *mise en scène* de un teatrismo tal vez excesivo, prefiero siempre la nuestra, que tiende hacia el perfeccionamiento social, y que á pesar de ser exagerada, educa y estimula en bien de la cultura general á aquellos que enriquecidos fácilmente entran á formar parte del *elenco* siempre nuevo que desfila en el escenario de la tan estropeada aristocracia porteña.

Algo que no molesta y que es soportable en sociedades nuevas como las de Sud América, para llegar á una cierta homogeneidad de cultura.

---



## Estados Unidos intelectual

---

**Universidades, colegios, museos.—Sus principales hombres, poetas, historiadores, novelistas y artistas.**

Empiezo este capítulo transcribiendo las hermosas palabras de Teodoro Roosevelt, presidente de los Estados Unidos, contenidas en el exordio de su libro *La conquista del Oeste*, que dice así: «La lengua que tanto dudaba Bacón de emplear en sus escritos por temor de que quedasen desconocidos para todos, excepto para los habitantes de un reino insular de poca importancia relativamente, es al presente la lengua de dos continentes. La ley común que Coke prohibía en la mitad meridional de una isla separada de Europa, es ahora la ley del país de vastas regiones de Australia y América al Norte del Río Grande. Los títulos de obras que compuso Shakespeare son hoy palabras corrientes en la boca de poderosas naciones, cuyas vastas posesiones le parecían más quiméricas que el reino del Preste Juan. Más de la mitad de los descen-

dientes de sus compatriotas de dicha época habitan hoy países que en tiempos del nacimiento de esas obras inglesas no contenían ni un blanco. La raza que en la época en que ellos llegaron á ser hombres estaba encerrada en el mar del Norte y el mar de Irlanda, extiende hoy su dominio sobre mundos cuyas costas son bañadas por las olas de tres océanos.»

En efecto, seiscientos millones de hombres viven en el mundo, unos bajo el pabellón inglés, otros hablando su idioma y siguiendo la orientación puritana de sus viejas tradiciones; muchos bajo el prestigio de su influencia, y la humanidad, conjuntamente con la admiración que la preponderancia de la raza sajona le produce, deja escapar de sus labios algo así como una expresión de protesta por no haber seguido su derrotero. Bien dice el genial presidente americano: «La lengua que Bacón dudaba emplear en sus escritos, es al presente la lengua dominante en el mundo», y si bien es verdad que con su silabario se cuentan más monedas que romances y se cantan menos ensueños con que el latino engaña su espíritu, debemos reconocer que la literatura americana tiene cosas muy bellas también, llenas de amor y de poesía.

Los americanos, en la difusión de su literatura, de las ciencias, de las artes, son inmensamente admirables. Tanto más cuando escuchando de lejos el rumor de grandeza de aquel poderoso pueblo, que vive entre el ruido que produce el martilleo de sus

fraguas, se ha creído siempre que vivía ajeno á los dulces encantos de las eternas armonías de la música y de la literatura.

Cuando se ha permanecido algún tiempo entre ellos, tratando de sorprender las ocultas bellezas de aquel gran pueblo, puede afirmarse que tal vez va demasiado de prisa detrás del ideal de su raza, engrandeciendo cada día su augusta herencia literaria. Los norteamericanos, como los sudamericanos, estamos formando nuestra música, como laborando también nuestra literatura, y en la común tarea nos halaga la grata sorpresa de verla surgir con caracteres propios, independizándose poco á poco de ajenas influencias.

Y lo que decimos de la música, de la literatura, podemos afirmarlo de la pintura, con paisajistas eximios, como también en su proceso científico y en sus artes industriales.

Ningún pueblo como el norteamericano, desde John Harvard, ha dado los nobles ejemplos al mundo de las fastuosas donaciones para fundar sus colegios, universidades y museos. Hoy la renombrada Universidad de Harvard constituye el orgullo de los bostonianos, y su influencia intelectual ha sido tanta desde 1638, en que fué instituída, que ha hecho de Boston el centro tradicional de la cultura del pensamiento americano.

Y después de Harvard los nobles ejemplos podrían citarse por docenas. Miss Caldwell donando dos millones de francos para fundar la Universidad

católica de Wáshington; Carneggie, otros dos millones para organizar en Pittsburgo una gran biblioteca pública; la *Newberry librari de Chicago*, también por donación particular, y la *Jhon Hopkins University*, fundada en la bonita ciudad de Baltimore personalmente por Hopkins.

Podría citar, como he dicho, muchas otras importantes donaciones, que los diarios americanos publican continuamente, algunas de ellas que importan sendos millones de dollars. La mayor parte de las universidades que tuve el placer de visitar en mi excursión por los Estados Unidos, tienen su origen en grandes donaciones particulares, y las que han sido fundadas por iniciativa popular se han visto enriquecidas más tarde con valiosos legados, lo que se complacen sus directores en hacer presente á los visitantes.

De estas fundaciones arranca el proceso científico y literario de la Unión, sobre todo de las que dieron lugar á la organización de los centros científicos de Virginia y Massáchusetts. El bien que estas instituciones reportó al pueblo americano, puede deducirse de las palabras de Lewis Pattee, al referirse al gusto estético en el período colonial. «La belleza, así en arte como en literatura, como en el mundo exterior, era mirada con recelo. La novela y el drama se condenaban como vanos pasatiempos; la poesía, excepto los himnos y cantos religiosos, era un simple derroche de palabras; la escultura y la pintura se miraban con horror, como

la violación directa de uno de los mandamientos, y la afición al adorno, lo mismo en la arquitectura que en el vestido, se suponía que emanaba directamente del diablo.»

La cultura popular bebió, pues, en las fuentes de la *Harvard University* los primeros sorbos de su perfeccionamiento futuro, y de sus claustros han surgido los grandes genios americanos, entre los que debemos recordar á Tomás Hutchinson, al inmortal Franklin, de quien David Hume dice: «El primer filósofo y el primer gran hombre de letras que debemos á América.» Samuel Adams, más tarde, en 1742, famoso por su notable oratoria. Jorge Wáshington y después Tomás Jefferson, conceptuado uno de los filósofos más eminentes de su tiempo; Jacobo Madison, venerado en toda la Unión, á quien se le llama el *Padre de la Constitución*.

Viene después la época literaria, que se refiere á la poesía y la novela en los comienzos de la Revolución, y los nombres de Juan Trumbull, de Dwight, de Freneau, Carlos Brockden Brown, los hallaréis llenando los claros de las bibliotecas y salas de lectura de la Unión.

Á la época revolucionaria sigue lo que Pattee llama el primer período creador, con Irving á la cabeza, quien hizo conocer los temas españoles en América; entre ellos se recuerda su famoso libro *La Alhambra*, cuyos apuntes recogió personalmente en Granada en los meses de verano del año 1829. Le siguen Jacobo Kirke Paulding, Jacobo Fenlmo-

re Cooper, Juan Neal, Juan Pendienton Kennedy, novelistas también de la época revolucionaria. Viene después Guillermo Cullen Bryant, de quien su biógrafo dice: «Las poesías de Bryant son serenas y majestuosas. No hay en ellas nada del fuego y de la pasión que caracterizan á gran parte de la obra de Whitier de Longfellow y de Poe. Todo está modelado en ellas clásicamente, como un friso griego de frío mármol, pero de arte intachable. Manejaba magistralmente el inglés, y ningún americano ha comprendido mejor la técnica de su arte. Su verso suelto no ha sido superado nunca; augusto y melodioso, recuerda á Milton.»

Después de Bryant, está indicado como buen poeta Filtz Greene Halleck.

Pero los bostonianos tienen un íntimo orgullo, que terminan por exteriorizarlo cuando les hacéis comprender que amáis la literatura, ó que poseéis simplemente un título universitario. Visitando la *Harvard University*, un joven que me servía amablemente de cicerone, me dijo: «Veréis una curiosidad, un autógrafo de Poe, pues debéis saber que nació en esta ciudad.» En efecto, Edgardo Allan Poe, el poeta predilecto de muchos sudamericanos, nació en Boston el 19 de Enero de 1809. El autógrafo era una simple carta de Poe.

Entre los grandes intelectuales americanos, se cita también á Calhoun, Clay y Webster, y dice de ellos Everett: «Clay, el gran guía; Webster, el gran orador; Calhoun, el gran pensador.»

En la misma Harvard, ese crisol donde se purificaron tantos intelectos yanquis y donde surgieron los primeros albores de su aurora literaria, se formó también el gran Rodolfo Waldo Emerson, autor de tantas buenas obras filosóficas, instructivas y beneficiosas para la juventud. Mucho ganarán los jóvenes de Sud América frecuentando á Emerson.

Viene después, en los años de 1835 á 1862, Enrique David Thureau, conocido como el poeta naturalista. De él dice Burroughs: «Un estoico yanqui, devoto de los más altos ideales y ganoso siempre de reducir la vida á sus más sencillos términos.»

Á Thureau siguen Margarita Fuller Ossoli y Jorge Guillermo Curtis, crítica notable la primera, novelista el segundo. Nathaniel Hawthorne, de quien tanto se enorgullecen los americanos, conceptuándolo el genio imaginativo más grande después de Shakespeare. Posteriormente viene el gran Longfellow, de quien Stedman dice: «Creo que el poeta mismo, leyendo sus dulces cantos, sentía la naturaleza apostólica de su misión, que obra religiosa era, en el sentido etimológico de la palabra, volver á asociar el mundo americano al gusto y á la imaginación del mundo antiguo. Nuestro florecimiento en poesía puede decirse que data desde que Longfellow supo excitar el interés por ella.» Este poeta nació en 1807 y murió en 1882.

Entre los poetas de Cambridge, Pattee indica á Wendell Holmes y James Russell Lowell.

Entre los principales historiadores, se indica también á Jorge Bancroft, Francisco Parkman, Juan Lothrop Motley, Justino Winsor, y por último, los poetas, novelistas y escritores de la época nueva, que arranca desde la guerra civil y llega hasta nuestros días, muchos de ellos famosos en el mundo de las letras americanas y ventajosamente conocidos por nuestros intelectuales. Se cita á Bayardo Taylor, Ricardo Enrique Sttodard, Tomás Balley Aldrich, Pablo Hamilton Hayne, Juan Jacobo Piatt, Francisco Brett Harte, Joaquín Miller, Alicia Cary, Lucía Larcón, Enriqueta Prescott Spofford, Isabel Stuart Phelps Ward, Enrique James, Francisca Hodgson Burnett, y entre otros muchos, al insuperable Mark Twain, conceptuado el rey del humorismo yanquí.

Tal es, ligeramente esbozado, el proceso intelectual norteamericano, que sorprenderá á más de uno de los que ateniéndose al concepto pesimista que juzga á la Unión como un país puramente industrial, no se han molestado en estudiarlo, ó por lo menos en sorprender con un poco de paciencia las secretas bellezas de su diversa complexión orgánica.

De los Estados Unidos artísticos he tenido ocasión de ocuparme en *La Nación*, de Buenos Aires. Lo haré, pues, muy brevemente en este capítulo.

En conjunto, la Unión americana impresiona gratamente con sus monumentos artísticos, con sus hermosos edificios públicos, de corte ateniense, que recuerdan los clásicos templos de los grie-

gos. Los hay en Wáshington, en Baltimore, en Filadelfia, en Nueva York mismo, en Boston, en San Francisco y en muchas otras ciudades americanas, de un impecable gusto artístico. Es cierto que en muchas de ellas se ha tenido el concurso de artistas nacionales y extranjeros para su construcción, colaborando algunos europeos. Pero hay otros que han sido construídos exclusivamente por arquitectos americanos.

Lo que decimos de los edificios públicos puede afirmarse de algunas esculturas célebres que adornan los parques y sus principales plazas. Muchas de estas esculturas se deben á firmas europeas, que los yanquis han pagado á muy buen precio, pero en obsequio á la verdad, los americanos del Norte han progresado mucho artísticamente en estos últimos años. Tienen escultores muy buenos, como también en pintura pueden complacerse en la ostentación de sus eximios paisajistas, que el Salón de París ha elevado á la categoría de celebridades mundiales.

Contribuyen mucho al progreso artístico de su pueblo los archimillonarios más conocidos, como los Asthor, Stewart, Havermeyer, los Vanderbilt, etcétera, que pagan á muy buen precio las telas de los americanos que se distinguen en los museos y academias europeos, á la vez que haciendo valiosas é importantes donaciones que van á enriquecer las Academias y Museos: de ahí que sorprende á muchos turistas el encontrar en

en los museos de Nueva York, Boston y en el mismo Chicago, cuadros de Meissonnier, Rubens, Velázquez, Rafael, Murillo, Rembrandt, Teniers, Van Dyck, Vinci, Detaille, Bouguereau, Vernet, Corot, Fromentin, etc., etc. Pueden verse la mayoría de las firmas citadas y otras muchas más importantes de artistas contemporáneos en el *Metropolitan Museum* de Nueva York, en el *Museum of Fine Arts* de Boston y de Chicago, fuera de las galerías particulares, enriquecidas en estos últimos años con adquisiciones de gran importancia.

Se recordará que no hace mucho tiempo un agente del gobierno americano fué encargado de adquirir un *César Borgia* de Rafael, cuya subasta había sido anunciada en París, entre la colección de cuadros de una aristocrática residencia de Saint-Germain. Muchos fueron los gobiernos interesados en adquirir esa obra del Renacimiento, y el dollar americano triunfó sobre todas las ofertas.

Como también los buenos precios que se han pagado por los cuadros de Thorne, de Wiles, y lo que valen las ilustraciones de Gibson, todos artistas americanos, cuyo nombre ha traspasado ya las fronteras de la Unión.

Y á propósito de arte, ya que este libro tiene, más que carácter descriptivo, el de comparación de tendencias de los pueblos del Norte y del Sud de la América, recordaré la forma discreta con que algunas repúblicas sudamericanas se condu-

jeron en un torneo de Bellas Artes, al que fué expresamente invitado el Continente Sud.

Todas las Repúblicas sudamericanas se prepararon á enviar su contingente de cuadros, con más ó menos esperanzas de hacer un buen papel en aquel concurso, donde habían de encontrarse al lado de Francia, de Italia y de Alemania.

Si mal no recuerdo, esto acontecía el año 1904, con motivo de la Exposición de Saint-Louis. Y si la memoria no insiste en serme infiel, recordaré también que, en efecto, concurren muchas repúblicas de Sud América, y que algunas, como Méjico, fueron discretas, enviando las obras de sus principales artistas en un número muy limitado, pero selecto. No creo que en la sala dedicada á Méjico hubieran más de doce telas, pero todas buenas: entre ellas llamó la atención *La ladrona de Favier*.

En cambio, nosotros tuvimos el insuperable *gusto artístico* de llenar dos salas, desde el techo á los zócalos, de cuadros tan interesantes y tan irreprochablemente hechos, que las salas permanecían siempre solitarias. No exagero si afirmo que se transportaron á los Estados Unidos trescientas telas argentinas, sin selección, como nuestros criollos compran á veces el ganado.

Con todo, nos llenamos de medallas.

Sea en buena hora esto último como estímulo para los noveles pintores, pero sirva también la lección recibida en la piedad artística que tuvieron los jurados, como enseñanza para el futuro,

por si este perpetuo amanecer del arte entre nosotros, que aun no deja llegar al sol, fuera algún día una realidad é hiciéramos á nuestra vez un Salón de Bellas Artes en alguna Exposición Internacional en la Argentina.

No olvidemos la suma discreción de los americanos del Norte y de algunas repúblicas sudamericanas, que entienden quizá que si hubiese de juzgarse la belleza artistica compasivamente, la aniquilaríamos.

Y como epilogo de estas líneas, preguntamos á los archimillonarios sudamericanos: ¿cuántas universidades han fundado? ¿cuántos colegios, bibliotecas, academias y museos?, por si el ejemplo de los hombres del país del Tío Sam les procurara esa satisfacción, que debe ser incomparablemente hermosa entre todas las complacencias humanas.

---

# BÚFFALO

---

**Una elección presidencial.—Main Street.—Las mesas electorales.—Triunfo de Roosevelt.—Los festejos populares.**

El trayecto de Chicago á Búffalo lo hago cómodamente alojado en un confortable *express*, de la Wabash C.<sup>a</sup>, una de las empresas ferrocarrileras de mayor importancia de la Unión, con buenos caloríferos, salones de dormitorio, de comedor, de fumar, etc., etc.

Marchamos á regular velocidad, unos ochenta kilómetros por hora, y al amanecer del día siguiente llegábamos á los arrabales de Búffalo.

El efecto que la pequeña pero bien delineada ciudad yanqui me produce después de dejar Chicago con sus calles mal pavimentadas y sucias, es el de una brillante tacita de plata.

Búffalo presume con su indiscutible aseo é higiene, y lo primero que os pregunta un amigo, es

si se ha visitado y paseado *Main Street*, ancha arteria muy parecida al bulevar Asspach de Bruselas, con sus grandes hoteles, elegantes teatros y amplios almacenes, que le dan una excepcional animación.

Atrae en seguida la curiosidad del viajero la glorificación algo exagerada que se ha hecho de Lafayette, cuyo nombre se han disputado casi todas las grandes casas de negocios, en particular los hoteles, bars y restaurants. El simpático general francés está también reproducido en mármol, en bronce, en madera, en terracota, etcétera, con una prodigalidad como no lo está Washington. Hay plazas, bulevares y edificios del Estado que ostentan su estatua ó se llaman General Lafayette.

Me encuentro en Búffalo impensadamente el día señalado para que tenga lugar en la Unión la elección de presidente de la República.

Los diarios que consulto, dan como seguro el triunfo de Mr. Teodoro Roosevelt para ocupar la más alta jerarquía política de su país, y agregan que la elección será, como las anteriores, igualmente tranquila y ordenada.

Á pesar de todo, tiene para mí especiales atractivos. Es la primera vez que presenciare una elección presidencial en los Estados Unidos.

Conforme á lo anunciado por los diarios, nada anormal ocurre durante las horas consagradas á la elección.

Búffalo no ha modificado una línea su vida habitual, metódica de todos los días; sus fábricas funcionan con la exactitud y regularidad de siempre; el comercio marítimo sigue su cabotaje á través del apacible lago Ontario; las calles con el mismo movimiento de siempre, y las diversas oficinas públicas concurridas con el total de sus empleados.

Observé algunas mesas electorales, á las que se me dejó aproximar, sin mayores inconvenientes, y pude ver que la gente, obreros de manufacturas muchos de ellos, sin ningún aparato electoral de los que se estilan en Sud América, depositaban tranquilamente su voto y se retiraban después nuevamente á la fábrica, de la cual habían faltado sólo quince minutos, para continuar la jornada interrumpida, con una visible satisfacción en el semblante por haber dado su voto al amigo Roosevelt, que tan valientemente defiende su fábrica de la maldad de los *trusts*, garantizando así su trabajo y el pan de sus hijos.

Por informes que tomo, la elección continúa pacíficamente en toda la República.

Á eso de media tarde, algunos grandes diarios que tienen sus oficinas en *Main Street* comienzan á preparar sus telones de papel, consistentes en largas fajas de metro y medio de ancho, arrolladas en sus extremos á dos tornos, lo que permitirá escribir sobre una extremidad el resultado que se vaya conociendo telegráficamente y comunicarlo

al público en forma fácil al hacer ascender la tela hacia el extremo opuesto.

El público comienza á agruparse al caer la tarde, después de dejar su trabajo, alrededor de los edificios de los principales diarios, ávido de noticias del resultado de la elección.

Indago, y Búffalo es partidario en gran parte del presidente Roosevelt.

Las últimas ediciones de los diarios han circulado ya; queda, pues, entonces sólo por conocer del público la información telegráfica de última hora.

El entusiasmo del público, que se posesiona de las aceras al principio, de toda la calle después, es verdaderamente simpático, y desea uno para su país igual interés y despertamiento de tal entusiasmo cívico.

Entre la concurrencia observo que llegan tantas mujeres como hombres, empleadas muchas de ellas en las manufacturas.

Son las seis de la tarde. Al poco rato el local del *Búffalo Press* se ilumina, y el público invade el frente del diario, deseoso de conocer los últimos resultados de la lucha.

Los telegramas llegan hasta de los más lejanos confines de la Unión. El servicio teleográfico, amplio y debidamente ratificado, presenta al público el proceso electoral completo con los más insignificantes y á veces risueños incidentes del acto cívico.

El público, á cada cifra que se anota, á cada información que anuncia un probable triunfo de su candidato ó su derrota en algún Estado, aplaude ó silba, á medida que estos datos van llegando á su conocimiento.

Junto á los hombres gritan, aplauden y rien las mujeres. Algunas de éstas lloran de alegría.

A eso de las diez y media de la noche, poco más ó menos, el último despacho telegráfico, proveniente de Nueva York y visado en Wáshington, da el resumen del total de las cifras electorales correspondientes á cada Estado de la Unión, las que evidencian el triunfo de Mr. Teodoro Roosevelt para la presidencia de la República, sobre su contrincante Mr. Packer, por una gran mayoría de votos.

El diario informante felicita á la ciudad de Búfalo por este triunfo, que afianza el bienestar y el progreso creciente de la patria.

Entonces la escena cambia por completo. Aquella muchedumbre aparentemente reposada, lanza á los aires un *hurra* atronador, comparable sólo al grito de triunfo de Esparta, y acto continuo, como arremetida de un acceso de locura, se organiza en grandes comparsas y emprende una carrera desenfrenada por *Main Street*.

Hay que llevar la noticia del triunfo á todos los hogares. Debe saberlo hasta la abuela.

Otros grupos provenientes de los otros grandes diarios, más retardados en las noticias, se incorpo-

ran á los anteriores, y así progresivamente *Main Street* es teatro de una inusitada é indescriptible animación.

El carnaval más estruendoso y animado de Buenos Aires, resulta pálido ante el espectáculo de Búffalo. Grupos de mujeres y de hombres, ancianos, jóvenes y niños se organizan en grandes comparsas presididas por miembros de diversos clubs políticos. Van todos provistos de largas cornetas adquiridas de antemano en previsión del triunfo, ó que el público compra en ese momento á los numerosos vendedores ambulantes. Otros adquieren pitos disonantes, de notas finas ó de contrabajo, galeritas de clowns, monstruosas dentaduras de cartón, grandes narices y multitud de aparatos y juguetes americanos que tienen la rara virtud de aturdir al vecino. Y así, transformados en máscaras improvisadas, aquel público enloquecido por el entusiasmo, prosigue su desfile en medio de la calle entre los aplausos y los gritos del público que á su vez pasea por las aceras.

Llama la atención una comparsa como de cuatrocientas *girls*, elegantemente vestidas, detrás de un numeroso grupo de caballeros, probablemente gente conocida en la política, á quienes dan una estruendosa serenata.

Más allá un enjambre de muchachos con estandartes y banderolas, marchando al son de un canto popular en Búffalo.

En la acera, frente al Hotel Lafayette, veo un

matrimonio que ha celebrado seguramente sus bodas de oro: son dos viejos que caminan con alguna dificultad. Cada uno empuña su corneta. Lo mismo hace un caballero correctamente vestido de levita, sombrero de pelo y guantes. Las comparsas, entretanto, se suceden interminables unas á otras: aquello parece el desborde de un río. La circulación se hace con suma dificultad á eso de las once y media de la noche, hora en que las expansiones han llegado ya á su colmo; se juega con serpentinatas, papeles de colores, y hay quien prodiga besos inocentes en plena calle, diríanse besos de triunfo.

Esta animación se prolonga hasta la media noche, un poco más, y los grupos se desarticulan por diversas calles, en perpetua algazara aún, camino del *home*.

La noche es fría; un poco de nieve empieza á blanquear las calles; la ciudad comienza á recobrar su tranquilidad, y un rato después parece como si se hubiera soñado. El escenario teatro de aquel animado acto de *Bohème* está solitario y tranquilo.

El pueblo se ha retirado á descansar, contento y satisfecho de haber consagrado con sus risas y alegrías casi infantiles la victoria de su candidato.

En cuanto á mí, debo confesar que no estaba preparado para estas emociones.

Había leído mucho sobre las prácticas cívicas

norteamericanas, conocía la forma pacífica y regular en que se desenvuelven estos actos trascendentales en la Unión, pero ignoraba esta otra de la consagración de sus triunfos.

Pero hoy, esta novedad me deja el convencimiento de la sinceridad y de la franqueza del pueblo norteamericano.

En lo que respecta al acto político, que lo que en otras Repúblicas sudamericanas es causa hasta de derramamiento de sangre, de hechos procaces, en los Estados Unidos es un mero accidente de su vida política.

Despojemos nuestras elecciones de solemnidades ridículas, al fin siempre latinas, que son indiscutiblemente las generadoras de tantas perturbaciones, y haremos elecciones yanquis, modelo de elecciones.

Felizmente, en la República Argentina vamos reaccionando.

Encariñados ya con el trabajo, base de nuestra riqueza futura, orientamos los anhelos populares con sanas propagandas, incitamos á la juventud por medio de la prensa á que aspire á un gobierno impersonal, de principios, de probada é indiscutible honradez, tutelador de los intereses y bienes del pueblo, y á no hacerse profesionales políticos ni empleomaniáticos.

Este es el concepto predominante que en estos asuntos se tiene en los Estados Unidos, y el hombre joven, cumplidos sus deberes cívicos, se com-

place más en continuar en un puesto industrial que le abra horizontes para el porvenir, que en hacer de la política una profesión, que el pueblo americano comprende que envilece é inutiliza para la noble lucha por la vida.

---



# NIÁGARA FALLS

---

Para visitar con comodidad las cataratas conviene ir directamente á Búffalo. De esta ciudad á Niágara Falls es asunto de cuarenta y cinco minutos de tranvía eléctrico. El visitante llega hasta el puente de peatones, desde donde se divisa parte del torrente, el cual se ha anunciado durante el trayecto como un lejano y prolongado cañoneo de una ciudad sitiada.

Se descende del tranvía, y previo pago de un billete de tránsito para la orilla opuesta, apenas se han caminado unos cuantos pasos sobre el puente, el espectáculo único, indiscutiblemente maravilloso, se presenta repentinamente ante nosotros.

Fascina ó anonada, no sabría explicarlo, pero recuerdo sí que callamos largo rato buscando tal vez, si no una frase, por lo menos una palabra que expresara nuestro asombro, sorpresa ó admiración ante aquel prodigio que supera á todo lo que la mente humana puede imaginar.

El Niágara compensa, es cierto, sobradamente la molestia de un largo viaje para contemplarle y ofrecerle como virtuoso tributo algunas horas de beatífica y tranquila meditación, orando así una vez siquiera en la vida ante este Dios orbe, creador inimitable de todo lo bello.

Y en verdad, ¡cuánto nos aproxima á la divinidad y nos hace pensar en ella este suntuoso templo de las santas consagraciones de la Naturaleza, donde cabemos holgadamente ateos y creyentes, y en el cual creyentes y ateos nos vemos infinitamente pequeños!

Es que el Niágara hace estremecer el alma hasta disipar la duda, y os procurará el supremo consuelo con la imponente majestad de su grandeza de alejar, por un momento al menos, de vuestro espíritu, quejas ó rencores, tal vez muy justas imprecaciones, de los que algo de dolor ó de sus negras injusticias tenemos que reprochar á la vida.

Es un momento de olvido y de tregua á las miserias y debilidades humanas; verdaderas miserias y debilidades, que su voz de trueno os impide escuchar mientras se permanece á su lado.

En cuanto á su mayor elogio, lo ha hecho hermosamente el poeta americano, llamándole «el trono de Neptuno cedido á la diosa Naturaleza».

Y á él, en piadosa contemplación, como los peregrinos de la leyenda, concurren gentes de todo el mundo que visitan los Estados Unidos.

¡Lástima grande que tanta belleza se profane

con tan intolerable y ya exagerada especulación!

El visitante del Niágara está obligado, no sé por qué disposiciones ridículas, antes de complacerse á sí mismo en la contemplación de las cataratas, á satisfacer primero el insaciable bolsillo de las compañías, que le explotan inhumanamente.

Al regio prisionero lo tiene cercado el ingenio yanqui entre un círculo de hierro, de puentes, plataformas, terrazas, torres, tranvías y subterráneos en tal forma dispuestos, que el visitante, seducido por el murmullo de las aguas y la impenetrable bruma que ve elevarse á distancia, tiene que transigir forzosamente con todas las exigencias de las compañías expoliadoras: la *tournee* en tranvía eléctrico, el tránsito por los diversos puentes, el asiento en las terrazas, el descenso por el túnel y el paseo en el vaporecito, todo esto insoportablemente caro.

Rodea al Niágara un bonito y pintoresco pueblo, con cómodas y elegantes residencias y muchas importantes manufacturas, que utilizan la fuerza motriz de su poderosa corriente, y allá en el fondo, detrás de las grandes caídas, un espléndido paisaje de selvas y colinas.

El paseo en el tranvía eléctrico consiste en una jira alrededor de la catarata y luego á lo largo del cauce del río, pasándose revista á todas las residencias y fábricas situadas en ambos márgenes del río, como asimismo á los atrevidos puentes de hierro, algunos de ellos de una audacia temeraria.

Refieren los americanos naturales ó vecinos de Niágara Falls, que mucho han mermado las cataratas, perdiendo en parte la magnificencia de otra época, á causa de las diversas concesiones hechas por el Congreso á las empresas particulares, para utilizar la corriente como fuerza motriz.

Otra de las excursiones favoritas de los visitantes es la que se efectúa en el vaporcito, el mismo que exhiben las muchas fotografías que circulan por el mundo entero. En el vapor se llega hasta el pie de las cataratas, y el pasajero, provisto de un impermeable que se le procura á bordo, puede contemplarlas ampliamente, desafiando la llovizna que produce el agua al chocar sobre los peñascos. Desde la cubierta del pequeño barco se domina todo el imponente cuadro en conjunto, viéndose aquellas moles de agua lanzarse al precipicio, vencedoras del espacio, y matizarse al recibir la luz del sol con todos los colores del arco iris.

El ruido que producen las aguas al caer en aquel profundo cajón que forma el lecho del río, es horrendo, ensordecedor, como si la tierra entera se estremeciera.

Visitando el Niágara he complacido uno de los más grandes anhelos de mi espíritu. Niño aún, cuando hojeaba mi libro de geografía, en las inolvidables horas del aula, me sentía subyugado con este portentoso prodigio de la Naturaleza. Más tarde, mis ímpetus de incansable turista recrudecieron, y en mi país y fuera de mi país poco me

quedaba que ver, y justo era, pues, que completara el libro íntimo de mis recuerdos y de mis viajes con una visita á las lindas cataratas.

Y así lo he hecho, y he saciado con ello aquella intensa curiosidad, visitándolas y admirándolas repetidas veces: en las primeras horas de la mañana, al nacer la luz entre la suave nitidez del celaje; en las hermosas tardes otoñales bañadas de lleno por el sol, y al morir el día, cercana casi la noche, las he visto destacarse con una blancura imponderable, como grandes cortinajes de gasa, sobre el fondo obscuro del horizonte y del bosque que las rodea.

Y he recordado así á cada instante el grandioso Iguazú de la patria lejana, como si á estos dos grandes pueblos en su similitud de tendencias, que se encaminan hacia un uniforme predominio de progreso y de cultura en el Norte y en el Sud de América, les fuera dado ostentar á cada uno su enorme catarata, símbolo de fuerza, de impulso, de corriente civilizadora, sin que nada les detenga en la realización de los grandes ideales humanos.

---



## Sociabilidad americana

---

**El gran mundo.—Familias patricias.—Los matrimonios yanquis.—La vida en los clubs, teatros y playas.**

Los norteamericanos, tienen su agrupación de familias, en cuyos apellidos hay toda una tradición de glorias, que el pueblo se ha habituado á respetar, como la historia viviente de un pasado de luchas, coronado con la victoria en cien batallas en su cruenta guerra por la independencia.

Esta tradición se guarda como una reliquia patria, particularmente en Virginia, cuna de tantos hijos ilustres, y que ha dado más de un presidente á la Unión americana.

Allá, como en Sud América, no son hoy las más ilustres familias, las que más figuran, si bien es cierto que, no obstante el silencioso retiro, se les considera cariñosamente y el gobierno ha compensado los sacrificios de los abuelos pensionando á sus descendientes.

Pero si bien es cierto que estas pensiones bastan para atender necesidades apremiantes de la vida, no es extraño encontrar empleadas en oficinas públicas, *magazines* ó manufacturas á muchas señoritas, hijas, sobrinas ó nietas de hombres ilustres de la Independencia, y acontece también que algunas de ellas, de blanca aristocracia, han conocido en sus modestos empleos á millonarios americanos, concertándose curiosos matrimonios, como el celebrado por el Rey del Acero con una nieta de un general de la Unión.

Surge desde que se menciona este hecho común en los Estados Unidos, de la forma en que la mujer se independiza del hogar, el eterno problema educativo que se practica en Norte y Sud América.

¿Conviene conceder esa amplia libertad de vida á la mujer en Sud América?

En los Estados Unidos el origen de raza, inglesa y alemana en su mayoría, ha permitido esta singular educación: que una' niña de diez y seis á diez y ocho años abandone el hogar, buscando en un Estado inmediato ó lejano al de su nacimiento un empleo, para no ser gravosa á sus padres. Estas resoluciones inmediatas las toma la mujer sin consultarlas previamente con los suyos. Y así la mujer se encuentra alejada del hogar, entregada á su trabajo y respetada siempre por el hombre.

¿Y cómo han conquistado los americanos este gran triunfo del sexo débil, tan poco considerado en Sud América?

Han comenzado por sus formas educativas. Por eso no sorprende en la Unión ver salir de los colegios y universidades las parejas de *distinto sexo*, compañeros de aula, que se consultan respetuosamente alguna duda ó discuten algún punto difícil de los tratados en clase. En esta forma, la mujer se acostumbra á ver en el hombre un amigo, á la inversa que en Sud América, donde huye del hombre ó le trata en un círculo de formulismos sociales, entre los cuales la mujer resulta una simple esclava de las exigencias sociales que está obligada á guardar en todos los momentos de su vida.

No somos partidarios de estas implantaciones rápidas en nuestro sistema educativo, difíciles por el momento, pero necesarias de aclimatar más adelante, desde que en Sud América la intensidad de población de algunas grandes capitales obliga ya á la mujer á buscarse la vida en las fábricas, oficinas públicas ó *magazines*, y goza ya de una relativa libertad, que determina ciertas consideraciones de parte del hombre, que algunos gobiernos sudamericanos se han visto obligados á encauzar con disposiciones severas de policía, á la vez que siguiendo una torcida senda, se instalan liceos exclusivos de señoritas, desvinculando así á la mujer de esa corriente de respeto que debe modelar en el hombre para un futuro no lejano de una ruda lucha por la existencia.

El cosmopolitismo de algunas capitales sudame-

ricanas permitiría ya por lo menos pequeños y limitados ensayos en lo que respecta al colegio: en cuanto al hogar, la educación americana en muchas de sus prácticas se impondrá sin duda alguna en Sud América.

Á la mujer, aun á la que tiene medios de vida, se la prepara en los Estados Unidos para ser una buena madre de familia. Todo el complicado mecanismo de una casa debe conocerlo dentro de la más estricta economía.

Y la madre comienza por inculcar á la hija la costumbre de una graciosa sencillez en el sombrero, en el peinado, en el vestido, que termina por hacer de la mujer americana un ideal como esposa.

Nos referimos en tesis general. No negamos que existan americanas millonarias que derrochan fortunas en París, reinas de la moda y á la pesca de títulos nobiliarios.

En cambio de estas escasas excepciones, hay americanas hijas de millonarios que se casan con modestos empleados, jóvenes distinguidos muchos de ellos, sin aportar un solo centavo de dote al matrimonio, radiantes de felicidad y de dicha.

No sucede esto en Sud América, donde resulta un problema el matrimonio, cuando se medita sobre las exigencias futuras de la consorte.

En cuanto á las formas matrimoniales, son indiscutiblemente exageradas en los Estados Unidos. Una señorita ha convenido, sin anunciarlo á su

familia, en contraer matrimonio con un joven: bastará que se presente á un juez ó al cura más próximo, solicitando se la case inmediatamente. Terminada la ceremonia, va con su esposo tranquilamente á dar esta grata sorpresa á sus respectivas familias.

Este caso, aunque muy común, no implica que á algunas familias les agrade llenar ciertas formalidades, en uso en Francia, y que tienen muchos puntos de contacto con las observadas en Sud América.

El matrimonio, en cambio, en los Estados Unidos tiene para algunos un perpetuo enemigo, para otros un simpático aliado. Este es el divorcio. Por eso no es difícil encontrar muchachas jóvenes que han tenido ya cuatro maridos, y viceversa, individuos que se han entretenido en casarse varias veces.

No obstante esto, en general la sociedad americana conserva un gran respeto por el matrimonio.

Con respecto á la libertad de la mujer en Sud América, opinamos que bien se podría ir despojando al bello sexo de los pesados grillos coloniales, que le han condenado hasta hoy á una voluntaria reclusión, que se traduce en una perjudicial inacción en la sociedad en que vive, á la que la mujer célibe podría prestar muy importantes servicios sin claudicar con sus virtudes. Tal vez en esto estribaría la resolución del problema industrial del futuro en Sud América, buscando prudentemente sin

exageraciones que hemos criticado, incorporar á la mujer al trabajo, convirtiéndola, de parasitaria, en un elemento útil á la sociedad, á la familia y á sí misma.

En cuanto á la vida de la gente del gran mundo, que habita sus suntuosas residencias en las afueras de Nueva York, de Filadelfia, Boston, et-cétera, en los *country sead*, por lo menos la mitad del año, para ir después á ocupar sus magníficos palacios de invierno, tiene, como en todas las grandes ciudades del mundo, sus hábitos y sus inclinaciones, que poco difieren entre sí con las usuales en Europa como en Sud América, ó sea el teatro, el parque, las playas, el *sport* y las sociedades de beneficencia, con una particularidad: que la dama neoyorkina, por ejemplo, es muy afecta al club, existiendo algunos admirablemente instalados y exclusivos para las señoras. En estos clubs, donde se dan también suculentas cenas, se ha desterrado, como en muchas casas aristocráticas, toda bebida alcohólica, incluso el *champagne*. Se limitan al té ó el café con leche ó el agua helada en vez de vino en la comida. Un *gentleman* del gran mundo neoyorkino no bebe tampoco otra cosa.

La vida del club es entre los hombres aun más corriente que en París y que en cualquier nación europea. Los hay por cientos en todas las grandes ciudades, sobre todo en Nueva York, donde el domicilio habitual de los neoyorkinos es el club,

única dirección que encontráis en la tarjeta que os ofrecen.

Tributarios hasta no hace mucho las norteamericanas de las modas de Francia, hoy son ellas en París las que imponen sus modelos, y los modistos yanquis han surgido como por encanto, y pueden verse sus impecables *toilettes* en las playas y en las noches de la Gran Ópera. La corrección del vestido en la mujer forma *pendant* con el traje del hombre, cuyo corte impecable es ya de fama mundial.

Pero donde encanta más la alta sociedad yanqui, sobre todo á los latinos, es en los centros de *sport*, que los hay admirablemente instalados, tanto en Nueva York como en Filadelfia. El *lawn tennis*, el *golf*, en que toman parte también las damas, son los más favoritos de la aristocracia, como lo es el *basse ball* entre los caballeros, tan higiénico como necesario para el metódico desarrollo de las fuerzas musculares.

Incansables las *girls* para el *sport*, se las ve cruzar la pradera, compitiendo victoriosamente un *match* de *golf*, ligeras, alegres y con una elegancia de formas y de movimientos, que hace pensar en los encantos futuros de esta raza, que ha conquistado ya el cetro de la belleza y de la gracia.

Enemiga del formulismo latino, tanto en la vida de playas como en sus paseos favoritos del campo, la americana exagera tal vez un poco sus hábitos sencillos y sus costumbres *sui generis*, y el espectáculo de ciertas playas cercanas á Nueva

York haría sonrojar á más de una severa é intran-  
sigente madre de familia de Sud América.

Con todo, lo repetimos, las costumbres del gran mundo en Sud América, con esa estrictez de exigencias que tienen aún el cariz colonial, son la admiración de cuantos extranjeros visitan las grandes capitales sudamericanas. Tal es el encanto del modo de ser latino, que hace de una arrogante y ardiente morocha la delicia contemplativa de más de un sajón, acostumbrado á las marmóreas bellezas de su raza.

---

# WASHINGTON

---

**Sus palacios y monumentos.—Oficinas públicas.—Hombres y cosas**

Debo llamarle la ciudad tranquila y silenciosa, la que, aun siendo la capital de la gran República del Norte, se ha independizado de los grandes negocios y de las actividades del comercio y de la industria, optando por la vida sosegada y feliz, que la envidian los excitados habitantes de Nueva York y de Chicago. Wáshington es el gobierno de los Estados Unidos, el centro de aquella gran máquina administrativa y política que se mueve con la matemática exactitud de un reloj.

Es la ciudad más linda de la Unión por su trazado y por la severidad artística de sus espléndidos monumentos y edificios, muy hermosos algunos de ellos, como el Capitolio, la Biblioteca del Congreso, el Departamento de Estado, la Oficina de Patentes, etc., colosos de la arquitectura, que en

la capital yanqui proyectan las líneas suntuosas de sus fachadas con toda la impecable belleza de que es generador el arte griego.

Y aquellos espléndidos palacios, donde trabaja una colmena de empleados de una vasta y complicada administración, ofrecen al estudioso ancho campo de observaciones útiles, comenzando por la simplicidad y orden con que están reglamentadas las oficinas públicas. La exacta noción que de sus funciones tiene el empleado del gobierno en los Estados Unidos, respetuoso y dispuesto siempre al servicio del público, desde que allí en la Unión el que ha tenido la poca fortuna de verse obligado á aislarse en una oficina nacional, piensa que esclaviza para siempre tal vez actividades que en aquel pueblo de empresas y negocios podrían ejercitarse posiblemente en otro trabajo con promesas más halagüeñas que las de una modesta jubilación.

De ahí que en Wáshington, desde el ministro secretario de Estado, mejor dicho, desde el presidente de la República al último empleado, se encontrará siempre la más buena disposición y celo en atender cualquiera gestión que entable ante sus oficinas respectivas el más modesto ciudadano de la Unión. Por eso nos causó grata sorpresa al visitar el Departamento de Estado y preguntar por el ministro, para quien teníamos una tarjeta de presentación, que un empleado nos lo indicara trabajando en una mesa de una sala contigua, abierta como las demás, para que el público que transita por los

corredores pudiera hablar con el ministro cuando lo creyera oportuno.

—Esta sencillez es péciliar en los hombres públicos de la Unión—nos decía nuestro acompañante—: Cleveland instituyó el *shake hands*, y cualquier obrero ó criada de paso á su trabajo tenía el derecho, acordado por el presidente, de dejar un momento en la puerta de la Casa Blanca sus herramientas ó cestas, é ir á estrechar la mano del primer jefe del Estado.

—En Sud América—le contesté—sucede todo lo contrario: cada jefe de oficina tiene un portero, con quien hay que gestionar largamente la entrevista con su superior, aunque en esa conferencia, muchas veces aplazada indefinidamente, se hubiese deseado tratar algún asunto conveniente para el progreso general del país. Y lo que sucede en las reparticiones públicas, llega al ridículo en el Congreso.

—Aquí—insistió mi acompañante—puede usted ver ahora mismo si quiere al presidente de la República. Esperará usted dos minutos en una sala no muy lujosa, donde el presidente atiende tanto á sus amigos como á los diputados ó senadores, con la particularidad de que Mr. Roosevelt no le ocasionará á usted ninguna molestia de esperas inútiles y á veces depresivas, sino que irá hacia usted é inquirirá el motivo que le lleva á la Casa Blanca, ofreciéndose á atenderlo lo más satisfactoriamente que le sea posible.

—Y los trámites de expedientes, ¿cuánto tiempo duran?

—Cuando no requieren informes técnicos especiales, un máximo de seis días, y cuando aquéllos sean requeridos, no más de dos semanas. Tome usted nota de que en la oficina de Patentes tenemos quincenas en que se anotan dos mil nuevos inventos.

—Y en política, ¿cómo andan ustedes?

—En política hay cosas un poco más perfeccionadas. En esta ciencia debemos convenir que si no hacemos revoluciones con la frecuencia de ustedes, hemos inventado algo completamente desconocido en el mundo; por ejemplo, la *Tammany Society*, famosa institución acaparadora de votos (una máquina electoral de invención yanqui). Fué fundada en el año 1805. Su auge comienza en 1863, en que bajo la dirección del conocido político William Freed, tomó una activa participación en los asuntos electorales. Hoy se la llama sarcásticamente *Tammany Ring*. Esta máquina comenzó por fabricar magistrados, llegó á tener una participación activa y decisiva en las elecciones municipales de Nueva York y dejar expedito el campo, para que sus principales afiliados pudieran participar de los pingües negocios relacionados con las necesidades edilicias de la ciudad. Estos abusos, que costaron á la población neoyorquina sendos millones, fueron descubiertos y denunciados en 1871 al *New York Times*. La campaña que emprendió entonces este diario fué eficaz, nombrándose para re-

primir estas defraudaciones un Comité de Vigilancia, formado por los ciudadanos más respetables de Nueva York. Se han repetido en otros años estas desastrosas manipulaciones del *Tammany Ring*, pero fueron igualmente reprimidas, y el *Tammany* está hoy fiscalizado directamente por el gobierno de Washington, y el pueblo honrado ya no le teme.

—Y el hombre político profesional, ¿es común en los Estados Unidos como lo es en Sud América?

—No tal — me respondió mi acompañante —. Aquí un profesional político es un desconceptuado, casi un inútil, un holgazán á quien el país mira con desprecio. La actuación de nuestros hombres públicos es accidental; por eso usted verá desfilar hombres nuevos en el gobierno del país, en el Congreso sobre todo. No acontece lo que he oído sucede en Sud América, donde se considera un gran hombre público al que ha comenzado su carrera desde escribiente en una oficina nacional, hasta llegar á un alto empleo. He visto que ustedes dedican sendos artículos necrológicos á esta clase de parásitos, completamente desconocidos entre nosotros. Nuestro presidente actual vino al gobierno después de una breve actuación accidental. Hizo la campaña de Cuba, fué senador, electo vicepresidente, ocupó la presidencia por muerte de Mac Kinley, fué electo nuevamente y se retirará á sus posesiones del Oeste el día que termine. Volverá á ser un simple ciudadano, como lo fueron todos los presidentes americanos.

—¿Y en materia de justicia?

—En esto no andamos mal. Comencemos por establecer que no corremos el peligro de que el juez se nos convierta en legislador, entrando á interpretar la ley ó su espíritu, dejando á merced de su criterio, á veces muy elástico, los bienes y el honor de los que reclaman justicia. Entre nosotros, nuestros jueces conocen de la ley el texto solamente, y así la aplican, sin elasticidades inconvenientes. Una justicia burda si usted quiere, pero sana y pareja para todos, y sobre todo muy breve. Y cuando la ley no es suficiente para amparar los derechos de los ciudadanos, el pueblo tiene su ley suprema en su momento supremo. Y esto nos ha hecho célebres ante el mundo, y muy grandes y poderosos entre nosotros.

—Y los jueces, ¿cómo se conducirían aquí, en el caso de un litigio entre un particular y el Estado?

Á esto se me respondió:

—El Estado deberá tener dos ó tres veces razón, para que el juez se atreva á fallar en contra del particular.

—¡Qué distinto á Sud América, mi amigo! Allí, tenemos jueces tan dignos, que algunos han debido sufrir el bochorno de encontrarse en la vía pública delante de un ciudadano á quien habian contribuido á despojar de su fortuna, ganada honradamente. Estos ejemplares de la justicia, con un falso relieve de puritanismo, existen en abundancia en los grandes centros sudamericanos, donde la corrup-

ción política es positivamente mayor que en los Estados Unidos. Nuestra grandeza, en cambio, estriba en la aplicación estricta de la justicia, sobre todo en la campaña, donde se ha perseguido al delincuente con todo el rigor de la ley, y en algunas ocasiones haciendo abstracción de la ley: á la vez que vamos tratando de incorporar al Derecho civil una legislación más conteste con la nueva faz económica y social, hacia la que el mundo evoluciona, solucionando así los intrincados problemas sociales que con tanta humanidad han emprendido Alemania, Francia é Italia.

—¿Y el gobierno no ha tratado de reprimir los abusos á que da lugar la aplicación, á veces injusta, de la ley de Lynch?

—El gobierno ordena en todos los casos el sumario, pero no es posible establecer las más de las veces las responsabilidades... No le negaré la barbarie de la ley de Lynch, pero en las soledades de los campos, donde más fustigan los criminales, asesinando á indefensos colonos, la ley de Lynch es moralizadora y hasta necesaria. En tales circunstancias, habido el delincuente, no se le envía á manos de los jueces ordinarios, para dar tiempo á que se ejerciten influencias. El expediente es sumamente breve. Se constituye un tribunal de vecinos, y la sentencia que él dicte será inapelable. Pero pocas veces suelen equivocarse.

Tuve oportunidad en Wáshington de frecuentar el estudio de uno de los más reputados abogados de

la Unión, al que conocí en el viaje de Amberes á Nueva York. Pude enterarme de la forma en que se tramita un expediente en los tribunales de Wáshington, y por la clase de juicios, apreciar que duran los litigios menos de la mitad de tiempo que en Sud América.

Esto se debe á la actividad de los negocios entre los americanos, que les ha hecho reducir por conveniencia el procedimiento al minimum de simplicidad en algunos de sus Estados.

En resumen, la impresión que deja Wáshington en el ánimo de un hombre de estudio que se consagra á avalorar minuciosamente sus instituciones, es tan grata, que las ligeras imperfecciones, que son propias no sólo de determinados pueblos, sino de la humanidad entera, nos parecen tan insignificantes, que terminamos por creer que los yanquis han hecho ya la República Modelo, la que modifican y corrigen de día en día, en cuanto observan los inconvenientes que van surgiendo en la práctica, sin atarse á ridículas tradiciones del pasado.

---

# En la campaña de los Estados Unidos

---

Abbeville.—La industria azucarera.—El algodón.—La zona agrícola.—Dacotah.—El “Homestead”.—Los bosques forestales.—El “ranch”.

Completo mi programa de breves y ligeras impresiones sobre la Unión, visitando también sus prósperas colonias é industrias pastoriles en la vasta región del Sud y del Oeste, en sus zonas más ricas de producción. Me dirijo primero al Sud, pues sus váliosos ingenios de azúcar y las plantaciones de algodón, reclaman más mi curiosidad. Dejo para después la zona del trigo y del maiz, que no ofrecen para mí la utilidad de la observación provechosa, dada la importancia y perfección relativas que ha alcanzado esta siembra en Sud América, especialmente en la República Argentina. Visito, pues, los plantíos de caña y el cultivo algodouero, fuente de inagotable producción que aporta sendos millones de dollars á la na-

ción norteamericana. Hago escala en el importante centro agrícola denominado Nueva Iberia, en la Louisiana, á cuyo alrededor se agrupan las grandes refinerías de azúcar con sus dilatadas plantaciones de caña, que van empalmando con una sucesión interminable de importantes ingenios, hasta llegar á Nueva Orleans, hacia el Norte de Abbeville, en una extensión no menor de doscientos kilómetros.

En la industria azucarera debo señalar, con gran satisfacción en lo que atañe al progreso y perfeccionamiento adquirido en la Argentina, que lo mejor que he visitado en la Louisiana no superó á nuestros perfeccionados ingenios dirigidos por los *pioners* Hileret, Guzmán, Posset, en la espléndida región tucumana. Nada podríamos señalar ni en lo que respecta al personal empleado en la faena, pues es ya indiscutible la superioridad del indio sobre el negro, como peón sumiso é incansable en el trabajo, máxime hoy que rivalidades de raza obstaculizan constantemente la faena en el Sud de los Estados Unidos.

En una de nuestras excursiones nos aproximamos á la *Rosa Hill Sugar C.º*, donde se ofrece á presentarme Mr. Leguenec, *Mayor* de Abbeville, que nos acompaña.

Fuimos recibidos por Mr. José B. Chaffe, su activo é inteligente administrador, quien enterado de nuestra curiosidad nos invita á visitar todas las instalaciones. Mr. Chaffe es un encariñado con la

refinería encomendada hoy á su custodia, y que en mejores tiempos perteneció á sus antepasados. Con la singular satisfacción de todo buen americano que ama su trabajo, indica los progresos que ha hecho la refinería y se complace en recalcar repetidas veces esta cifra enorme de producción: ¡cinco millones de libras de azúcar se elaboran al año!

Visitamos la maquinaria, francesa en su mayor parte; la distribución de su amplio servicio de ramales ferrocarrileros facilitando el transporte directo á los puertos de embarque; las diversas instalaciones y agrupaciones del obraje, peones, etcétera, distribuidos en el campo en casas separadas, donde las familias viven con relativo *comfort*; pero en lo que respecta á la parte técnica del ingenio, como he dicho antes, nada superior á lo que se conoce en la República Argentina.

Visitamos en los días siguientes tres ó cuatro establecimientos de más ó menos importancia, y me ratifico en mis impresiones anteriores. Nada es dable señalar que impute una modificación conveniente en las prácticas económicas observadas en nuestro país.

Volvemos, pues, grupas al Sud de Nueva Orleans y decido visitar el principal centro productor de algodón. La producción en la zona Este, Oeste y Sud de Abbeville es enorme; las cifras de sendos millones de producción anual exceden á las exigencias de los mercados extranjeros y

del país, y debe quemarse á veces parte de la producción, dejando para exportar lo mejor de ella.

Entero á Mr. Leguenec del propósito del gobierno argentino de proteger la implantación de esta industria en mi país, y el activo americano me procura folletos, libros y datos estadísticos sobre la producción, como igualmente las indicaciones del modo más perfeccionado de la siembra que se aconseja á los colonos. Todo es enviado oportunamente á nuestro ministerio de Agricultura.

Mr. J. R. Leguenec, socio de la más importante firma cosechera de Abbeville, de la casa E. P. Putnam y C.<sup>a</sup>, me pide informes de las posibles zonas de producción de la Argentina y datos estadísticos sobre el resultado obtenido en los ensayos hechos hasta hoy, prometiendo visitar mi país, donde le fascina la baratura del jornal que gana el peón de nuestra campaña, creyendo que podría competirse en esta forma ventajosamente con la producción mundial. «El algodón—nos dijo—es una fuente de inagotable riqueza en los Estados Unidos. Más de las tres cuartas partes de la población total de la Louisiana, que suman varios millones de habitantes, viven de la siembra del algodón. La República Argentina, pues, país nuevo, con zonas apropiadas por su clima á este cultivo, con jornales económicos, ofrece un poderoso aliciente y no es aventurado asegurarle un buen éxito en los ensayos á que ha dado principio.»

Visitamos grandes zonas de cultivo algodonero fraccionadas en pequeñas granjas, unas convenientemente cercadas, otras á campo abierto, atendidas por inmigrantes franceses en su mayoría, siguiendo algunos los hábitos americanos, los más prolongando en tierra extraña sus añejas costumbres del país de origen, y en cuyas familias no ha germinado la indiferencia, sencillez y excesiva libertad yanqui, criticada principalmente por las mujeres. La impresión que dejan estas pequeñas viviendas, en las que todo está ordenado y limpio, es, como se comprenderá, sumamente grata. Interrogados algunos colonos sobre los beneficios del año transcurrido, no se muestran muy satisfechos: si bien el rendimiento fué abundante, el mercado no fué bueno. Con respecto á la faena del algodón, que despertó desde el primer momento mi curiosidad, se me manifestó que era completamente sencilla, diferenciándose muy poco de la del maíz. Después el colono, como en Sud América, comienza por ser arrendatario de un lote determinado de hectáreas, para al cabo de algunos años adquirirlas ya en propiedad é ir después paulatinamente ensanchando su fundo.

Pero no es esta la forma común, y oficial diremos, en que se ha colonizado la Unión: el gobierno concede desde tiempo inmemorial el derecho de primer ocupante en las zonas fiscales de la Unión. Se establece, como es natural, una fecha en que el terreno puede adquirirse en esta forma sujeto á cier-

tas obligaciones. De ahí los conflictos á que estas disposiciones dan lugar con los *zooners*, ó individuos que se han adelantado á ocupar dichos terrenos, pleitos que se fallan por lo general en favor de los buenos colonos, de los que en tiempo oportuno y de conformidad con la ley ocuparon las tierras.

Así se han fundado los centros agrícolas de la Unión. Después vienen los ferrocarriles, que pertenecen á empresas particulares, ó á las mismas empresa colonizadoras, á cuyas líneas férreas el gobierno no les concede privilegio alguno, limitándose solamente á cederles una fracción de tierra próxima á sus estaciones de término, distribuyendo estas donaciones en forma que se facilite la colonización.

He conocido algunas de estas estaciones de término en regiones de Oeste, donde había apenas una agrupación de cincuenta colonos que habían ya comenzado á trazar las calles de la futura villa. No sorprende, pues, encontrar á cada paso pueblos de cuatro ó cinco mil habitantes, con ocho ó diez años de fundación solamente.

De Nueva' Orleans, retrocedo nuevamente hacia el Este, visito la región del Missouri, con sus dilatadas siembras de maiz y de trigo, no menos importantes indiscutiblemente que la zona de trigo y maiz en la Argentina. Debía visitar la región del Colorado en Dacotah del Norte. Aquí en esta región se practica, como en algunas colonias de la provincia de Santa Fe, el gran cultivo por

administración, y pierde, como es consiguiente, el encanto de la pequeña granja, como las existentes en Dacotah del Sud, á pesar de que hay también algunas hasta de ciento cincuenta hectáreas, tres chacras comunes de las nuestras, ocupadas en su mayoría por colonos americanos.

El agricultor netamente americano prospera, es tenaz en su empresa y fácilmente triunfa. No conocemos nosotros desgraciadamente al agricultor netamente sudamericano. ¿Vendrá con los años? Me refiero al colono de pequeñas zonas, pues ha habido y existen en Sud América sembradores de maiz y de trigo en grandes zonas, por administración, algunos que han transportado familias extranjeras desde Europa, como ha acontecido en varias de nuestras colonias del Sud de la rica provincia de Buenos Aires, dándole al colono desde los bueyes y el arado, hasta la manutención; sistema que se considera fracasado hace muchísimos años en los Estados Unidos, habiéndose optado con éxito por el del arrendamiento de la tierra en pequeñas fracciones, ó la adjudicación de la misma en forma hipotecaria pagadera á plazos.

Habiendo interrogado á un colono de Dacotah sobre la producción de trigo por hectárea, me manifestó que un buen año daba hasta veintiocho ó treinta hectolitros, y que habían ya aprendido, por indicaciones de las comisiones agrícolas ambulantes, á obtener con el perfeccionamiento de la siembra el mayor rendimiento posible. Estas comisiones,

como es sabido, dan sus clases agrícolas desde el vagón del ferrocarril, y prestan en esta forma increíbles beneficios á la colonización.

Podría nuestro ministerio de Agricultura utilizar los conocimientos de tantos jóvenes agrónomos que salen de nuestras escuelas prácticas de Agricultura, en estas productivas conferencias al aire libre, que nuestro colono utilizaría en beneficio propio y en bien de la producción agrícola total del país.

Las tierras del Oeste están ya, como algunas de la provincia de Santa Fe, en la Argentina, algo cansadas, y conviene, pues, indicar la forma más conveniente del abono, á la vez que la mejor selección y preparación de la semilla para la siembra.

La escuela agrícola ambulante la conceptuamos, repetimos, necesaria y beneficiosa ya en Sud América.

Visitamos también parte de Minnesota, y después—invitado gentilmente por su propietario—una hermosísima granja del Colorado, uno de los valles más hermosos de la Unión. En esta granja nos hospedó con todo el *comfort* apetecible su dueño, Mr. Georges Smith. Nos encontramos con una granja modelo, en la que la agricultura llevaba la mejor parte, compartiendo el éxito pecuniario de su dueño con una instalación maestra de lechería, en la que se utilizaba para manutención de las lecheras parte de la producción agrícola, obteniéndose abundante leche y buena manteca, que se

vendía á excelente precio, garantizando así hábilmente la prosperidad de la granja, que ya había comenzado á vender á muy buen precio también hermosas lecheras, dado que no siempre el año agrícola podría resultar igualmente remunerador.

Hay en esta parte del Colorado mucha inmigración de escandinavos, que resultan notables, casi diré excelentes colonos, que comienzan por ser simples chacarreros, tomando en arriendo cien ó ciento cincuenta hectáreas, para terminar por ser propietarios de fracciones que algunas veces llegan hasta dos mil hectáreas. Es un colono laborioso que se americaniza fácilmente, tiene muchos y robustos hijos, y es bondadoso padre de familia, como ordenado y prolijo en su casa, que resulta verdadero *home*, en plena campaña.

### El «Homestead»

Otro de los sistemas empleado con éxito en los Estados Unidos, para facilitar la colonización, es el conocido con el nombre de *Homestead*. En esta forma puede el colono ser propietario de un terreno no menor de sesenta y cuatro hectáreas en un término de seis meses, pagando al gobierno un precio que fluctúa entre cuatro y ocho pesos de nuestra moneda por hectárea. Puede adquirirse sin ningún desembolso la misma área en el término de cinco años, probando por medio de dos testigos há-

biles que ha construído un edificio de acuerdo con la ley y cultivado en parte la finca, ó bien plantando árboles en una extensión de la misma no menor de cuatro hectáreas, por lo cual, en retribución de este trabajo, que se conceptúa como de utilidad pública, el gobierno le concede sesenta hectáreas más en propiedad. Todas estas facilidades, hábilmente planteadas y llevadas á cabo por los poderes públicos, son las que han hecho de la República del Norte el coloso que tanto admiramos.

La plantación de bosques forestales, tan descuidada entre nosotros, aproximando la madera á las zonas aptas para la colonización, ha influido en mucho en la población de los Estados Unidos, donde la casa habitación primitiva y única aun en la actualidad en las regiones agrícolas, es sencillamente de madera, construída con un agradable *confort* y hasta con cierta elegancia.

Muchos de los pueblecitos de las líneas ferroviarias del Sud de Louisiana, del Este y Oeste, y aun en el mismo Colorado, que he tenido ocasión de visitar, son construídos casi exclusivamente de madera, algunos de ellos con una población hasta de quince á veinte mil habitantes. Sirven estas pequeñas poblaciones para surtir á los *farmers* y á los *ranchmen* de todo lo que es necesario para su vida, y como en nuestras poblaciones de la campaña, hay en la Unión gran cantidad de espaciosos almacenes, especie de bazares, donde el colono encuentra lo que desea.

Daremos ahora al lector una idea aproximada de las zonas de producción de la carne en los Estados Unidos, que tanta fama como dinero ha producido á la Unión. Las más conocidas, son las de los campos que rodean á Chicago, Kansas City y Omaha, señalándose como mercados productores á Ohio, Indiana, Iowa, Missouri, Illinois, Minnesota, que es también agrícola, Wisconsin, Michigán, Kentucky y Tennessee.

En los Estados Unidos, como en Sud América, se llama también en la campaña modestamente rancho á una finca rural cuando no es de grandes proporciones, y me sucedió en Minnesota que un caballero americano me invitó á conocer su rancho, donde decía tener algunos animalitos, y me encontré con una cabaña instalada con todos los adelantos modernos. La faena rural que presencié en dicho establecimiento la encuentro con muchos puntos de contacto con la que se practica en Sud América, y el *ranchmen*, como el *cow boys*, en plena faena, impresiona como cualquiera de nuestros estancieros y peones de alguna estancia de Pergamino ó 25 de Mayo. Ágiles y diestros como nuestros más hábiles hombres del campo, en forma tal vez un poco más práctica, ejecutan su difícil y laborioso trabajo.

El *cow boys* ya es conocido en Buenos Aires, y se ha de convenir en que no exagero al indicarlo como gente práctica que conoce y domina su faena.

El engorde de los animales, la invernada, como se le llama en Sud América, en potreros alfalfados algunos ó de heno ó pastos naturales, llamando la atención la forma del engorde artificial, en grandes y prolongados establos que contienen maiz molido y afrecho, aparte de grandes provisiones de heno, que los animales comen á discreción.

Para el engorde, según informa el *ranchmen*, bastan seis meses. Las razas que predominan son el *hereford* y *durhan*.

La mayor parte del maiz y pastos seleccionados se cosechan en el mismo establecimiento en chacras debidamente alambradas.

Como en nuestras buenas estancias de Sud América, estos establecimientos criadores exclusivamente cuentan con algunos buenos reproductores. Hay también próximos á la finca que visitamos varios cabañeros. La vida rural tiene tanta analogía con la de Sud América, que á veces se cree estar en un establecimiento de campo de la Argentina, con cómoda casa, frondosos bosques, jardines y todo el *comfort* necesario para pasarlo lo más agradablemente posible.

Los buenos precios que se obtienen en Kansas City, y mejores aún de Chicago, permiten efectuar los considerables gastos que demanda un *ranch* en Minnesota, con los engordes artificiales que he indicado.

Como producción de lanas, me informa el *ranchmen* que tiene noticias de que la República Argenti-

na las produce abundantemente, de más variedad y mejores, como también que hay cabañas de tanta ó mayor importancia que en los Estados Unidos.

En resumen, la impresión que deja un *ranch* en la Unión es de prolijidad y orden en la distribución del trabajo, sin esas intermitencias de vida sedentaria que se observan en nuestra campaña, utilizándose el tiempo en múltiples faenas y todo sujeto á la más estricta economía.

---



# NUEVA ORLEANS

---

Una ciudad francesa.—Clubs.—Templos.  
Prácticas religiosas.—Teatros.

Aquí se vive en plena Francia. Es esta la primera impresión que recibe el viajero que viene del Norte de los Estados Unidos, donde se hace la vida íntegramente americana, con todas las excéntricas y peculiaridades yanquis llevadas hasta la exageración, que significa vivir con todo el desorden posible. Dormir y comer cuando á uno le da la gana, á veces á horas imposibles, y vivir con esa actividad neoyorkina que convierte la existencia en un perpetuo relámpago.

En el Sur se nota un poco más de tranquilidad, más método, más *confort* y hasta mejor *savoir faire*, que se traduce en un mayor apego á disfrutar de las exquisiteces de la vida.

Un americano, hijo de Nueva Orleans, á quien fui presentado en el *Boston Club*, me decía: «Usted

viene de los pueblos de los millones, donde se persigue un solo ideal, el dinero. Aquí encontrará gente muy rica también, pero que entiende un poco mejor la vida. Nadie se desespera por acumular más moneda que el vecino, no nos extenuamos en el trabajo. Nos levantamos no muy temprano, almorzamos á las doce del día y comemos á las siete y media de la noche, y frecuentamos mucho el teatro. Somos amantes de los buenos libros, de la buena música, del buen drama, y muy católicos, mi amigo; la religión tradicional de nuestros padres, la de casi toda la Louisiana, fundadora de estas colonias ricas y prósperas, en las que el algodón, como la producción azucarera, constituyen un preciado don del cielo; llenas todas de gente honrada y laboriosa, pero con una sola anomalía que usted habrá tenido ya ocasión de observar: se odia y se repele al negro, que los hay en cantidad, cientos de miles, y que conceptuamos el causante de muchos de nuestros males é imperfecciones.»

Se hace en Nueva Orleans una agradable vida social. He tenido ocasión de visitar algunos espléndidos clubs, á los que fuí galantemente presentado, y en todos ellos, en diversas horas del día, encontré siempre grupos de personas en grata lectura ó departiendo sobre asuntos de negocios, de política, etc.

Además de los clubs, el extranjero es introducido en las lujosas y confortables residencias de *Saint-Charles Avenue*, donde se es recibido por la

dama aristócrata, llena de distinción y con aquel espíritu sutil y delicado que caracteriza á la mujer francesa.

Se dice en Nueva Orleans, para explicar estas raras transiciones de civilización y de cultura en la Unión, que en la época del Terror de Francia emigró á aquella zona de los Estados Unidos mucha gente noble. De ahí que os impresione tan gratamente el *chic* de la mujer como la impecable corrección del hombre, siempre gentil y caballeresco, sin esa ridícula sencillez cercana á la guaranguería de que se hace gala en algunas ciudades del Norte y de la que abusa sobremanera el *falso yanqui*, el *parvenu*, que tal vez no ha nacido siquiera en América, pero que se ha afeitado el bigote, ha aprendido regularmente el idioma y quiere echárselas de legítimo americano en toda la línea, poniéndoos cerca de la nariz un botín sucio ó un pie descalzo en el respaldo del asiento que ocupáis en el coche del ferrocarril, ó bien salivando ruidosamente en la calle, en el teatro, en el restaurant, etc.

No se imaginan los americanos qué triste impresión causan al extranjero estas cosas, que nada tienen que ver con la tan decantada sencillez yanqui y su democracia, y que sorprenden en cambio desagradablemente por tratarse de un gran pueblo que aspira y se esfuerza por llegar á un perfeccionamiento relativo.

Recuerdo á la Argentina, al Perú, á Chile, al

Brasil, con sus ciudades cultas por excelencia, donde hasta el humilde hijo del pueblo se esfuerza en mostrarse educado y correcto, reservándose sus costumbres sencillas para cuando se encuentra en el círculo íntimo de sus amistades.

Es también Nueva Orleans la ciudad de los templos y de los teatros.

Tiene en la actualidad no menos de cincuenta iglesias, unas veinticinco comunidades religiosas de mujeres y otras tantas de hombres. Su catedral, al igual de los demás templos, es de una severa ornamentación artística, que impone é invita al recogimiento, como son serios y hermosos en las líneas arquitectónicas de sus fachadas.

El templo católico norteamericano lo conceptúo único en el mundo, por la práctica de su culto ordenada y sencilla, sin esas pompas y suntuosidades casi teatrales de nuestros templos sudamericanos. Nada de cortinajes, banderolas y ornamentaciones profanas en los interiores. El templo casi desmantelado si queréis, dejando ver la línea insuperable de belleza del más puro gótico, usado con preferencia en todos los templos norteamericanos, pertenezcan indistintamente á cualquier culto. Nada de complicadas *mise en scène*, ni aun en las más solemnes ceremonias religiosas, reducidas al minimum del esplendor, edificando así en el corazón del pueblo lo modesto y lo humilde, conforme á la verdadera doctrina. Y esta doctrina eminentemente cristiana, transportada al medio que debe

beneficiar, la he escuchado exponer al público en forma de una amable conversación por el sacerdote, insinuando el consejo sano y cariñoso, sin esas amenazas y escenas casi trágicas de algunos de nuestros predicadores de Sud América. Y lo que acontece en el templo católico sucede igual, tal vez aun más inflexiblemente, como sobriedad de prácticas y costumbres, en todos los innumerables templos de las numerosas y diversas religiones y sectas de la Unión.

Allí, la Iglesia es una nueva escuela de provechosas y sanas enseñanzas. El culto pagado directamente por el pueblo, identifica al sacerdote con el obrero en tal forma, que es el compañero más asiduo y eficaz en todas las iniciativas que tienden á fomentar el espíritu de asociación.

Separada la Iglesia del Estado por una razón de justicia y equidad en pueblos eminentemente cosmopolitas, donde, como en Sud América, no sería justo hacer pagar á los que profesan otras creencias un culto que no practican, el ciudadano de la Unión abona su billete de entrada y su asiento en las iglesias, y da espontáneamente la limosna que desea.

El templo es para él un sitio de oración y recogimiento, y las escenas peculiares á los sudamericanos paseándose en las iglesias, son por completo desconocidas en los Estados Unidos.

El más adicto concurrente es el obrero, para quien teniendo en cuenta su limitada instrucción,

son los sencillos consejos, invitándole á la virtud y á la práctica del bien por medio de la razón, de la conveniencia social de ser bueno, y no usando de la amenaza como medio de convicción.

En los Estados Unidos va la Iglesia, pues, acercándose por fin, por el verdadero derrotero, hacia la inteligencia y el corazón del hombre, dejándole la libertad de pensar y de colegir entre la bondad ó el mal, é inculcando el amor como prolegómeno de la felicidad, y es así más fácil que entre ellos triunfe antes que en la misma Inglaterra, aquella hermosa oración que Campbell, célebre congregacionista del *City Temple* de Londres, sintetizaba en estas bellísimas palabras: «La misión de la Iglesia no es llevar los hombres al cielo, sino traer el cielo á este mundo.»

Tal es la obra futura del sacerdote americano.

No incurramos, pues, en Sud América en los errores que otras naciones han consentido durante años, retardando indefinidamente su momento de incorporación al proceso evolutivo del mundo. Lo que acontece en España, tal vez no por el consentimiento general de la nación, pero sí obedeciendo á una causa política, á la que quizá no es ajena la influencia que sobre ella ejerce la corona de Austria.

Todos los extremos fueron siempre viciosos, y los pueblos que han pasado del buen uso de sus instituciones ó prácticas religiosas al abuso, han podido palpar el desastre.

La separación de la Iglesia del Estado será para España toda una hora gloriosa de su historia política, como tendrá que serlo para Sud América, donde el cosmopolitismo, que es el *alma mater* de su progreso, lo exige, pues, repetimos lo que hemos dicho anteriormente, no es propio de un pueblo libre dedicar las contribuciones de sus ciudadanos al sostenimiento de un culto que no es el de su religión, porque en este caso viene á pesar sobre él la doble contribución del culto propio y del ajeno. El caso no requiere mayores argumentos.

Y permítasenos de paso una salvedad. Si señalamos á España como la antítesis del ejemplo de las prácticas americanas en materia religiosa, no se nos vaya á creer prevenidos ni contra su clero ni contra el simpático pueblo español, al cual nos ligan vínculos de sangre y un grande y profundo afecto. Desearíamos, sí, que esto que señalamos, se acepte como un voto más que se incorpora á los muchos que á diario formulan sus buenos hijos, y contribuya en algo á la realización de los justos anhelos de la gran nación española.

Hecha esta salvedad, continuemos. Decíamos que la separación de la Iglesia del Estado es para España y para Sud América una necesidad. Pensamos también que esta medida en nada afectaría á los intereses materiales del catolicismo, y que ella iniciaría una época de verdadera reacción en las prácticas de la fe. El culto, sostenido directamente por el pueblo, será menos gravoso para éste, la ca-

rrera eclesiástica dejará de ser un privilegio de los protegidos por los gobiernos respectivos, y el sacerdote se quitará entonces de encima el peso de odios tradicionales en el pueblo, de aquellos que los contemplan viviendo llenos de comodidades, mientras que ellos sufren los estragos mortificantes del hambre y privaciones de todo género.

Cada ciudadano pagaría voluntariamente su entrada al templo, y éste dejaría de ser un refugio de la holganza y de la pereza, para convertirse en sitio de meditación.

Desaparecería así la prepotencia del clericalismo, y á la soberbia de los más sustituiría la humildad, la hermosa humildad que predicó Cristo, y con esta última el sacrificio de los goces terrenales, á los que parece que el sacerdote español no ha renunciado, pues más que en Sud América, se le ve concurrir á sitios inconvenientes de ciertos espectáculos públicos que les están vedados por el alto magisterio que desempeñan.

Y el día que la Iglesia consagre otra vez el matrimonio de los sacerdotes, que es el criterio dominante entre los católicos españoles, será un día de triunfo para la Iglesia romana: entonces España, como Sud América, como el mundo, habrán proyectado sobre el catolicismo la más evangélica consagración de la obra encomendada á la Iglesia sobre la conciencia de la humanidad, y el soldado de su Iglesia, reducido así á la igualdad de condiciones y de lucha como el último ciudadano,

habrá llegado más pronto hacia el corazón del pueblo desde que estará más compenetrado de sus aflicciones y necesidades.

Esperemos esta nueva hora, en procura de la cual el mundo marcha hacia la resolución de los graves problemas sociales que se ha propuesto reducir á la exacta verdad de lo que en realidad conviene para mejorar sus instituciones.

Entretanto, en Sud América no olvidemos encauzar y reglamentar, dentro del espíritu de nuestras leyes, la acción de los sacerdotes católicos, que tanto han abusado de la bondad del pueblo en estos últimos tiempos, reprimiendo los desmanes del malo sin contemplaciones, y haciendo que se ejercite la acción del bueno dentro de los límites que las constituciones liberales de los Estados sud-americanos permiten, sin perjudicar ajenos intereses y herir ajenas susceptibilidades.

No se olvide que cada creyente piensa que su religión es la más perfecta de la tierra. Dentro de este ideal, sostiene su culto con su peculio. No le obliguemos, pues, si no profesa el catolicismo, á una doble contribución, que resulta toda una injusticia.

Conjuntamente con el templo, los buenos clubs y bibliotecas, tiene Nueva Orleans también excelentes teatros, como complemento civilizador. Predomina el teatro francés, como la *French Opéra House*, donde llegan todos los años grandes compañías líricas.

Ostenta también la hermosa ciudad del Sud, es-

pléndidas avenidas y parques, como *Canals Street* y el *Rosa Park*, poético nido de enamorados egoístas, donde se han construido regias residencias, en medio de una selecta profusión de lirios y de rosas de todos colores y tamaños.

Nueva Orleans constituye así un grato oasis para los latinos que visitan la Unión, donde encontrarán una civilización más de acuerdo con sus tendencias, pues es indiscutible que en Sud América predomina la cultura de la inolvidable Francia, de la cual Nueva Orleans es un retazo con mucho de su alma, de su amor y de su vida.

---

## El problema negro

---

**El odio de razas.—Un huésped del presidente Roosevelt.—El Congreso Dental Americano.—La estafeta de Correos.**

Me encuentro en Memphis, ciudad próxima á Nueva Orleans, en el Sud de los Estados Unidos, donde es sabido existen algunas ciudades en las que los negros son más numerosos que los blancos.

El viaje de Nueva Orleans á Memphis lo hice en un *express* del Illinois Central. En uno de los frentes del salón que ocupo, leo lo siguiente: «Compartimento reservado para pasajeros blancos.»

Esto no es una sorpresa para mí, pues desde Saint-Louis tenía ya noticias de los grandes antagonismos de raza entre el elemento blanco y el negro en el Sud, que tuve ocasión de ver en Nueva Orleans, y conocía también algunas anécdotas interesantes, á las que resuelvo consagrarles un capítulo de mi libro, que indico con el epigrafe de

«El problema negro», porque creo que la gran República del Norte se encuentra ante un gravísimo problema, por tratarse de algo anormal que afecta á la tranquilidad y á los intereses de más de quince millones de sus habitantes. Para resolverlo, pensamos que tendrá que imponerse el gobierno federal una vez más al Sud, á fin de iniciar una reacción más favorable al negro y facilitar la solución de este intrincado asunto, que molesta mucho y preocupa en la actualidad al presidente Roosevelt.

Un ciudadano francés domiciliado en Nueva Orleans, con quien converso sobre estas excepciones odiosas que hieren tan profundamente el alma del negro, me informa de que tales medidas adoptadas por el Illinois Central, las ha impuesto el público blanco, como lo ha hecho igualmente con las compañías de tranvías de Memphis, Nueva Orleans y demás ciudades del Sud, en cuyos coches se les permite tan sólo que ocupen los dos últimos asientos, los cuales llevan este vejatorio letrero: «Reservados para gente de color.»

Y es, sin embargo de todo este odio inconcebible, el negro, la riqueza y la vida del Sud. Sin el negro no obtendrían las compañías azucareras y los plantadores de algodón las ganancias y la prosperidad de que el Sud tanto se vanagloria. El negro es el más hábil y paciente cosechero de algodón, como es el más módico y sumiso trabajador en las plantaciones de caña de azúcar, la más importante producción de Louisiana.

Pensaban algunos prohombres americanos que impusieron al Sud el principio de autoridad, que terminada la guerra que originó la cesación de la esclavitud negra, éstos recuperarían en un todo los derechos inherentes al ciudadano de la Unión, ó sea, conjuntamente con los privilegios cívicos, el privilegio de una vida tranquila, sin persecuciones y afrentas que les amargarán el pan que llevan á la boca.

Desgraciadamente no ha acontecido así. El Sud no olvida los millones que pagó por el esclavo que transportó de África, como no se cree aún suficientemente resarcido de su desembolso con los largos años durante los cuales el negro les centuplicó en beneficios lo poco que pagaron por su pellejo. Y cuando el negro, por una ley natural y muy humana en las legítimas aspiraciones individuales, ha querido levantar la cabeza, el Sud ha visto en él nuevamente al esclavo rebelde.

El presidente Roosevelt, que es un hombre que ama y que conoce á su país como el que más y que sabe las cifras que ingresan en el Tesoro de la Unión, provinientes del peculio negro, hospeda en su palacio á una persona influyente del Sud, don N. N., un negro que con su trabajo ha redondeado una envidiable fortuna y con su prestigio y buenas obras ha hecho también su capital político. Al día siguiente el mayordomo de la casa presidencial observa que eran más de las dos de la tarde y que el cuarto del huésped permanecía sin arreglarse.

Llama á la segunda camarera encargada de aquellas habitaciones, le pregunta el por qué no se había acomodado aún ese departamento, y ésta le responde: «La hija de un general del Sud no se rebaja á servir á un negro.» Efectivamente, se trataba de la hija de un general del Sud, á quien un buen hombre del Norte había dado aquel empleo para protegerla en sus últimos años. La hija del general fué, como era consiguiente, separada de su cargo.

El Sud entonces se levantó en masa y premió la acción de la heroína de esta debilidad humana con la suma de veinticinco mil dollars, que se recolectaron en menos tiempo que el necesario para que llegara el giro á poder de la agraciada.

Es esta una de tantas anécdotas recientes en los Estados Unidos, y que en nada perjudicarían la condición del negro ni afectarían á su tranquilidad, si no estuviera su vida pendiente de la terrible justicia del blanco, que lo lyncha muy á menudo, muchas veces sin haber comprobado la culpabilidad del delito que se le imputa.

Se argumenta que el negro es sanguinarjo, que no reúne tan siquiera las condiciones del indio, que es inferior, por lo tanto, dos veces al blanco para el trabajo; que los barrios de negros se destacan por la negligencia en la higiene y los desórdenes frecuentes.

Nada de esto está en tela de discusión. Los hombres dirigentes dicen: «¿Ha conquistado, sí ó no,

el negro el derecho á la tranquilidad? ¿Es ó no un elemento de trabajo que aporta una riqueza considerable en sendos millones al Estado? ¿Es ó no el primero en ofrecer su brazo para defender el pabellón de su patria? ¿Cuántos soldados negros han regado con su sangre la tierra de Filipinas?»

Pero al Sud nada le impresiona todo esto, y ha dictado, entre otras muchas leyes, disposiciones severísimas para el negro que tome por esposa una blanca, y viceversa. Para este delito, el más humano de todos, si debe clasificarse de delito, el castigo es nada menos que la horca. ¿No habría sido suficiente la invalidez del matrimonio y una pena corporal ó pecuniaria?

La razón de esta medida, se argumenta, es evitar la degeneración de la raza blanca. Respetamos la argumentación siempre que se pruebe la inmunidad del blanco en miles de vicios y enfermedades que le degeneran incesantemente.

Por último, citaré otro caso de la susceptibilidad blanca contra el negro, que tomo de mis memorias durante mi estancia en Saint-Louis. En el pasado Congreso Médico Dental, celebrado en la Exposición, se incorpora á sus sesiones el doctor Ventle, de Chicago, profesor en aquella ciudad de uno de los más renombrados colegios médicos en la sección de Odontología.

Apercibidos los congresistas del Sud y algunos del Norte de la presencia del doctor Ventle, se pone á discusión esta ofensiva y lacerante propo-

sición: «Si los negros podrían ser admitidos en el Congreso.»

El doctor Ventle hace una brillante réplica á la moción, que clasifica de deprimente é indigna de la civilización americana, y que no estando ésta comprendida en el programa del Congreso, debía ser desechada, como lo fué, en efecto, para bien de la ciencia odontológica, de la cual el doctor Ventle era un laborioso é inteligente profesional.

Los derrotados en aquel mezquino propósito tenían que vengar la victoria de Ventle, y para ello esperan que los miembros del Congreso pertenecientes á la Federación Dental Americana, den su anunciado banquete para hacerle un desaire; pero un amigo le indica que no le convenia concurrir, pues tenía conocimiento del nuevo complot contra él; que esperara que los delegados dieran su otro banquete, al cual podría asistir sin temór alguno. En efecto, el doctor Ventle es invitado á esta fiesta y concurre confiado á ella, pero al presentarse en la sala, muchas mujeres y hombres se levantan de sus asientos y amenazan á la comisión con retirarse de la mesa si se permite la asistencia del negro.

El doctor Ventle se retira, pero el elemento latino protesta de este acto de incultura y se convoca para el día siguiente á discutir el enojoso asunto, lo que se lleva á cabo, bajo la presidencia del doctor Godon, de París.

Se trata detenidamente el punto y se escribe un

acta en términos muy honrosos para el doctor Ventle, declarando los firmantes «que se complacían en confraternizar con un hombre del concepto científico y de la conducta caballeresca del doctor Ventle, haciéndose un honor en invitarle al futuro Congreso de Berlín, donde no se haría cuestión de razas ni de colores.»

Tal es el bochornoso asunto del Congreso Médico Dental celebrado en Saint-Louis.

Y si estos antagonismos encuentran eco en personas que salen de las universidades, ¿qué puede esperarse del pueblo?

Hay una villa de importancia en el Sur, cuyo nombre no recuerdo en este momento, con una población no menor de dos mil habitantes, los cuales prefieren hacer dos leguas de camino hasta la estafeta de Correos más próxima, antes que consentir que sea ocupado el puesto de administrador de Correos de la villa de sus residencia por un ciudadano negro que el presidente Roosevelt ha nombrado.

Ante esta resistencia, la estafeta ha sido suprimida por orden superior.

Y muchos casos como este, y aun peores, podríamos mencionar.

Entretanto, el elemento negro se civiliza y aprende en los colegios. Muchos de ellos surgen de las universidades con una aureola de luz en la frente, y hoy los Estados Unidos cuentan con cabezas dirigentes como la de Wáshington Booker,

aparte de otros muchos á quienes la fortuna del talento y del dinero ha sonreído, los que desean levantar el concepto de su raza, terminando de una vez con esta dura cadena de afrentas, más pesada y áspera que la esclavitud, que al fin y al cabo obedecía á una ley evolutiva de la humanidad, á la vez que tratan de conquistar el derecho á la vida tranquila, conforme á su carácter de ciudadano, sin frecuentes ultrajes que afectan y hieren su dignidad, los que se le prodiga sin tasa, por el sólo delito de llevar en el color el estigma abrasador de los trópicos. En Sud América, en cambio, hemos dado á la gente de color el lugar y la estimación que ha conquistado con su digna conducta, y como si no bastara el afecto que le profesamos como á leales y buenos servidores del hogar y de la patria, hemos levantado en la Argentina un monumento á Falucho, soldado negro de nuestra guerra de la Independencia, muerto en la fortaleza del Callao abrazado á su bandera, que es hoy símbolo del sincero reconocimiento de todo un valiente pueblo hacia los que con su brazo y con su sangre han contribuído á fundar aquella patria próspera y feliz.

---

## SAINT-LOUIS

---

**La ciudad.—La «Merchant's Exchange».—El «Prophete Dance».—La reina del Amor y la Belleza.**

Recorro la ciudad, y á poco doy con *Broadway Street*, gran bulevar lleno de grandes almacenes. Le sigue en importancia la calle Cuatro, también con muy hermosos edificios, muchos de ellos pertenecientes á instituciones bancarias, como asimismo las calles Seis, Siete y Ocho y sus transversales Olive, Locus, Chesnut, Pine, Wáshington hasta la calle Diez, todas marcando el radio central de la ciudad, con su fisonomía característica de una arquitectura que se asemeja algo á las antiguas ciudades francesas.

Se la considera en la Louisiana como la ciudad del algodón y del trigo, y ostenta con justo orgullo su *Cotton Exchange*, donde se hacen las grandes operaciones del algodón del Sud, y la *Merchant's Exchange*, especie de Bolsa de comercio, utilizada en transacciones en general, uno de los edifi-

cios más amplios y costosos de Saint-Louis, que mide sesenta y seis metros de largo por veinte de ancho, hermoso salón de una altura no menor de diez y nueve metros. Predominan las transacciones de cereales, que en ciertas épocas del año adquieren una importancia inmensa, especialmente el mercado de algodón y los trigos.

La prosperidad de Saint-Louis parte desde la guerra de Secesión, después de la cual se trazaron las nuevas líneas férreas, si bien es cierto que de tiempo inmemorial ya hacía el comercio de la zona Sur y del Oeste por el caudaloso Mississipi, sobre cuya ribera está construída la ciudad. Saint-Louis, como es sabido, fué el centro de operaciones del ejército del Sud.

La vida en la ciudad se hace grata para el que la visita, pues todos sus habitantes son amables y atentos con el extranjero. Tiene muy cómodos hoteles, buenos restaurants y excelentes teatros, y entre ellos sobresalen el Odeón, el Imperial y el Ópera House. Algunos espléndidos templos, siendo digno de visitarse la catedral católica.

Ostentan también con cierta satisfacción los louisianos el antiguo hotel de Saint-Clair, donde se alojó el general Lafayette, en el año 1820.

Posee hermosos parques, y entre ellos por su amplitud y belleza merece citarse el *Forest Park*, trazado en una extensión de terreno no menor de quinientas cincuenta hectáreas, con amplias avenidas, construcciones de recreo, lagos y bosques de

una flora variada y admirablemente distribuidos en las sinuosidades de un terreno quebrado.

Próximo al *Forest Park* se divisa la ciudad nueva, cuyos amplios bulevares perfectamente pavimentados con hermosas y confortables residencias, no exentas algunas de cierta esplendidez.

En los días que permanecí en la próspera ciudad del Oeste debía celebrarse la fiesta tradicional de Saint-Louis conocida con el nombre del Baile de la Ciudad, ó también el Baile del Profeta, que lleva ya unos veintinueve años desde su primera celebración. Es esta tradicional fiesta la consagración popular del *Amor y la Belleza*, coronando como reina á la muchacha más bonita de Missouri.

La fiesta se anuncia con muchos días de anticipación, revolucionando especialmente al elemento femenino, que asiste con preferencia y en mayor número al baile.

Galantemente invitado por Mr. William H. Thomson, presidente de la comisión, concurre acompañado de los esposos Ritter.

Comienza esta fiesta por una brillante procesión de carros alegóricos, representando naciones ó costumbres medioevales. Van estos carros ocupados por gente de buen humor, vecinos en su mayor parte de la ciudad, con trajes de la época que se ha querido recordar y cubiertos por una careta.

Recorre la procesión las principales avenidas, siguiendo un itinerario anunciado de antemano, en medio de los aplausos y vítores del pueblo. Com-

pletado el recorrido, se dirige hacia la *Merchant's Exchange*, el amplio *hall* de la Bolsa de Comercio á que nos hemos referido en otro lugar, donde la futura reina de la belleza y su corte son recibidos á la entrada del palacio por una comisión especial de vecinos, que simbolizan al pueblo rindiendo homenaje á su reina.

Tras de ellas, los sacerdotes que siguen al Profeta, quien ha de proceder á iniciar la ceremonia de la coronación. Ésta resulta una parodia que tiene algo de las fiestas latinas de las épocas medioevales.

Terminada esta ceremonia, la concurrencia que llena el amplio *hall* de la Bolsa aplaude frenéticamente con una sencillez é ingenuidad superlativa de pueblo laborioso y bonachón que se divierte con estas insignificancias carnavalescas. Y es el pueblo de la ciudad el que aplaude, confundidos los grandes del dinero con los humildes hijos del trabajo, embajadores con carniceros y colonos, gobernadores con modestos empleados de la manufactura, la simple modistilla con las damas de mayor alcurnia en Saint-Louis, toda una *masacre* de lo que en Sud América habría sido predominio de un cierto grupo de favoritos de la fortuna.

Mr. Thomson me explica este raro fenómeno social y me dice que sólo en Nueva York el pueblo americano se permite el lujo de estar formando una aristocracia, en germen aún, á la cual contribuyen familias de origen sumamente modesto, procedentes

de poblaciones ricas y laboriosas como Chicago, Saint-Louis, Cincinnati, etc., etc., que van paulatinamente radicándose en la opulenta ciudad neoyorkina, pero que en síntesis, estas tentativas de falso aristocratismo no prosperan en la Unión, siendo la masa del pueblo eminentemente democrática.

Á poco viene hacia nosotros la reina coronada, que lo es miss Stella Wade, la que me presenta Mr. Thomson, presidente de la comisión de fiestas.

Á éste correspondía iniciar con la reina aquel animado baile, al cual se entregó con inusitado entusiasmo el elemento joven, presentando en esos momentos el salón un espectáculo imponente de alegrías, de flores y de luces, digno de las fiestas imperiales, si no tuviéramos la grata convicción de que habíamos asistido al *Baile de la Ciudad*, al que no faltó ninguna de sus encantadoras *girls*.

---



## La ciudad mormónica

---

El lago Salado.—La ciudad de Brighan Young.  
¿Qué es el mormonismo?—Sus leyendas.

Se le llama la *Salt Lake City*, y un visitante de los Estados Unidos no habría completado su itinerario de viaje sin incluir, por lo menos, esta curiosidad extraordinaria, entre las muchas que encierra la excentricidad americana: la ciudad mormónica.

La *Salt Lake City* fué fundada por el jefe de la secta mormónica, Mr. Brighan Young. Cuenta la tradición, hoy ya casi una leyenda, que el profeta Brighan Young, buscando, como Moisés, un sitio donde instalar á su pueblo, una divina visión celeste, con todos los atributos del ángel orlado de una aureola de inmaculada blancura, se le presentó durante su sueño y le indicó el lugar donde debía echar los cimientos de la actual gran metrópoli del lago Salado. Fué así como el profeta, atendiendo las indicaciones de la Providencia, á la

cual él había vinculado á su pueblo, ubicó la ciudad entre el lago Utah y el lago Salado.

Comenzada la construcción de la ciudad, hubo que pensar en hacer productivos los terrenos estériles que la circundaban, y sus habitantes, con Brigham Young á la cabeza, dieron principio á la fertilización de sus tierras, empleando en esta difícil obra el sistema de canales, que al cabo de poco tiempo convirtieron aquellos terrenos en hermosas chacras, que hoy ostentan una vegetación admirable, con grandes praderas de pastos artificiales y espléndidos bosques.

La ciudad poco se diferencia de los grandes centros de población yanqui, y sorprende sólo al viajero la magnificencia de algunos de sus templos y lo ridículo de varias construcciones dedicadas algunas á oficinas públicas.

En una pintoresca situación, al pie de poética colina, circundados de espeso bosque, destácanse el templo, el tabernáculo y la asamblea, y por otro lado, hoy casi el centro de la ciudad mormónica, una aglomeración de hoteles, almacenes y diversas casas de negocios, han invadido el sitio reservado en otra época á las residencias de Brigham Young, Kimball y Wells, los principales jefes de la tan discutida como ridiculizada secta.

¿Y qué es el mormonismo?

Sintetizando, responderemos que es la inmola-  
ción del amor de la mujer, de ese amor que, para  
condensar la aspiración de toda una vida, debe ser

único, consagrado por entero al ser que se hubo elegido como compañera de la vida. El mormonismo es la sanción sectaria de la poligamia, practicada en una forma moderna, con todos los formalismos simulados del hogar, llenando el fin único, exclusivo, de la reproducción, pero sin los encantos de la familia, alejando del corazón de los concubinos todos los ideales que hacen más llevadera la vida, identificando la existencia de dos seres en un amor único y exclusivo.

Y fué con esa promesa de una poligamia sin freno como el profeta organizó su caravana que, como la de los hebreos, peregrinó durante meses, al través del desierto, pasando mortificaciones indecibles, hasta dar con la tierra prometida. Lo último en que hubo pensado el profeta fué en la oración, en la adoración de la Divinidad, á tal punto, que sus templos no se distinguen entre los consagrados á otras religiones por la afluencia de creyentes, y en cambio éstos llenan los parques, los teatros y los salones dedicados á bailes públicos.

Son en verdad grandes trabajadores, complaciéndose en ostentar como emblema la *abeja*, y la tradición refiere también que fueron los profetas los primeros en dar el ejemplo en el trabajo, enseñando á amar así la vida, con esta santa expiación del mal, por medio del fatigoso cultivo de la tierra, de la ruda y cruenta labor con que el hombre está condenado á pagar en el mundo la inefable dulzura de una sonrisa.

Refiere también la leyenda que fué fundador del mormonismo un tal Smith, quien titulándose enviado del cielo promulgó el evangelio de la nueva ley en un libro de hojas de metal, inspirado por el Espíritu Santo y escrito por un profeta llamado Mormón. La nueva ley fué enterrada en una colina del lago Ontario para esperar allí que naciera el predestinado que debía ponerla en práctica. Smith, que se creía llamado á predicar este nuevo evangelio, murió sin haber podido llevar á cabo su intento, y tocóle por fin á Brigham Young su realización en la forma heroica y sugestiva con que guió á los sectarios hasta las riberas de Utah.

En los pocos días que permanecemos en la *Salt Lake City*, nos atrajo por su verbo, casi diremos elocuente, un fanático, ciudadano francés en su origen, según nos manifestó, que practicaba el mormonismo empalmándolo á un productivo negocio de hotel. Este fanático, creyente especulador, nos refirió curiosas anécdotas de creencias mormónicas, y entre muchas recordamos la siguiente:

El evangelio mormón tiene escrito en las tablas de oro de su excéntrica doctrina el curioso versículo que promete á las bellas que se acogen bajo la tutela de sus mandamientos una vida futura excepcional en compañía del esposo que se dignen escoger en este mundo, siempre que esta elección sea hecha entre los príncipes eminentes del mormonismo.

Es así como los mormones prolongan los encantos de su sensualismo exagerado, sustrayendo de

los goces materiales de este mundo un otro supremo deleite del espíritu, de una promesa eterna de soñados amores, bordados por la imaginación de perpetuas auroras boreales, de barcas de oro navegando dulcemente sobre lagos y mares de leche, con sus playas de arenas doradas por un suave rayo de sol, que tiñe de oriente las perlas que sirven de alfombra á los diminutos pies de las prometidas, andando el camino de la dicha y de la felicidad infinita en brazos de sus elegidos.

¡Oh suprema ilusión de cabezas febricitantes! ¡Oh fe, que tienes, del opio, el poder misterioso de hacer soñar á los hombres placeres incomparables! Es así como José Smith vive en el pensamiento de las angelicales mormonas, quienes le consagran sus deseos, recordándole en la soledad de sus alcobas, con la beatífica dedicación de sus éxtasis; y me refiere el simpático ciudadano francés que son muchas las bellas que llegan de puntos lejanos de la Unión hasta la *Salt Lake City* para prosternarse ante los sacerdotes mormónicos y pedirles quieran concederles el supremo don de ser unidas en matrimonio á algunos de los profetas muertos, indicando cada una el de su predilección; matrimonio que, como he dicho anteriormente, debe consagrarse en el otro mundo por toda una eternidad.

Y mientras la muerte llega, no se niegan á unirse en matrimonio terrenal á uno de esos heliogábalos del placer. Aumentan así el harén de

sus concubinas, formado con todos los preceptos que dan sanción social á una poligamia que han ridiculizado los escritores europeos que visitaron la Unión, y combatido tenazmente los escritores puritanos, que forman la mayoría del pueblo yanqui.

Y las mormonas viven vida de hogar plácida y tranquila, pero ajenas á castas é íntimas impresiones, habitando algunas hermosos chalets, donde crían una abundante prole que asoma sus cabecitas rubias al paso de los curiosos que transitan por la anacrónica ciudad americana.

Y mientras tanto el Congreso de la Unión, justamente alarmado ante la amplitud que toma la secta, dicta leyes prohibitivas de esta inmoral forma de organizar la sociedad, sin recordar tal vez que este raro pueblo, abandonado á sí mismo, fecundó el desierto árido y salado, que en cincuenta años de labor ha convertido en tierras ricas y féculdas, y que aun continúa sin desmayar, volviendo á la vida del trabajo á regiones que estaban muertas, abriendo zanjas y ordenando riegos para desalar aquellos campos, que mañana serán hermosas chacras dedicadas á las siembras.

Ellos eluden la ley en forma legal también, amparados por la suprema Carta fundamental, y la sanción matrimonial, desconocida por el Congreso, la convierten en la unión voluntaria que no mortifica á los contrarios á sus creencias desde que no impera como obligatoria, haciendo de la mujer una esclava por voluntad propia.

El mormonismo es otra exteriorización de esa única y admirada libertad de los americanos, que no emana sólo de sus códigos, sino que está en la sangre de sus hijos, y como la brisa sobre sus campiñas, corre libremente, llevando el pensamiento de todas las conciencias á todos los ámbitos de su pueblo.

---



# Concepto de Sud América en los Estados Unidos

---

**El mensaje Roosevelt.—Los policías internacionales.—Publicaciones de Mr. Hoskin.—El doctor Pellegrini.—El viaje de Mr. Root á Sud América.**

En los últimos meses de permanencia en los Estados Unidos, recojo una serie de impresiones con respecto al concepto que Sud América merece al pueblo americano, que me deciden á consagrarle un capítulo de este libro, que tal vez, meditado tranquilamente, nos procure el amargo convencimiento de que nos hemos preocupado muy poco de mejorar nuestra vida institucional sembrando á mansalva nuestro desprestigio exterior, con las continuas turbulencias políticas de estos últimos años.

Una consecuencia de estas agitaciones revolucionarias, que tanto afectan á nuestra riqueza, originó en los Estados Unidos las declaraciones, poco oportunas si se quiere, de Mr. Teodoro Roosevelt,

presidente de la Unión Americana, sobre las tan sonadas «policías internacionales en las repúblicas sudamericanas». No entraremos á estudiar en estas breves líneas la impremeditación que envuelve esta tentativa de homicidio hacia las soberanías territoriales, y la que más aún al amor propio nacional de las naciones sudamericanas, tentativa que resulta toda una aberración, en las relaciones que vinculan á los pueblos entre sí, como resultaría ridículo en el mismo orden interno de las naciones si fuéramos á averiguar la vida íntima de los individuos, invadiendo el hogar con paternidades odiosas, que en nada mejorarían el desenvolvimiento armónico de las sociedades, como en el presente caso, ideado en un mal momento por mister Roosevelt, no se consigue otro objeto que incitar el patriotismo de los sudamericanos, produciendo una indignación justísima, que por fortuna se ha orientado por el camino del ridículo, con el desplome de una teoría que ha afectado con el desprestigio la seriedad del primer magistrado americano.

Esta teoría, ó propósito irreflexivo de Mr. Roosevelt, que pasará á la historia, ha tenido el don de poner en tela de juicios más ó menos apasionados la actualidad política, social y económica de muchos de los Estados sudamericanos, involucrando con una ignorancia supina, en grado máximo, rudimentarios conocimientos geográficos é históricos, con conceptos injuriosos y deprimentes, á naciones chicas y grandes, retrógradas y progresistas, mu-

chas de ellas que se diseñan ya en el continente Sud como futuras rivales de la gran República del Norte.

El célebre mensaje de Roosevelt, que tuvo la insólita pretensión de imponer una conclusión determinada en contra de la soberanía de aquellas naciones americanas, encubierta con una mentida paternidad, á los hombres dirigentes de la Unión, comenzando por el Congreso, ha hecho que escritores politiqueros más ó menos afectos á complacer á los presidentes, hayan llenado sendas cuartillas, aconsejando medidas radicales prácticas contra el insólito pensamiento presidencial, resucitando por milésima vez, en un empalme desgraciado de teorías, la antigua y discutida doctrina de Monroe, inaplicable en su espíritu práctico.

Sin embargo, debo hacer notar que entre los muchos firmantes de artículos, folletos y elucubraciones de todo género, algunos de ellos netamente ridículos, he anotado pocos nombres que sean una autoridad en el mundo pensante norteamericano, y que puedan rozar siquiera la epidermis de algunas naciones sudamericanas, conscientes de su valer y del empuje de sus esfuerzos, cercanos á un futuro esplendente de prosperidad y de grandeza, por más que algunas agitaciones internas periódicas siembren su desprestigio exterior y la alarma en individuos que ignoran la incontrastable fuerza económica de algunos de sus países.

El periodista William Curtis, á quien visité en

Wáshington en su oficina del *Record Herald*, y al cual interrogué sobre aquellas intempestivas publicaciones de los diarios y revistas, comentando la nota antipolítica del mensaje Roosevelt, como asimismo las declaraciones posteriores del presidente, se limitó á contestarme: «Cosas del presidente; ¿quién sabe qué camino pretende abrirse hacia el Sud?» Se ve, pues, que el mensaje presidencial había producido una especie de sugestión, de perspectivas acariciadoras en el pueblo norteamericano, y que hasta personas de notoriedad intelectual sueñan que el presidente Roosevelt pueda tener un plan trazado de política internacional sudamericana para el futuro.

Si se examina el mensaje presidencial de aquel entonces, se encontrará fácilmente que el cúmulo de aclaraciones con respecto á la doctrina de Monroe, la interpretación y alcance que le da el presidente, como á la vez sus manifestaciones con respecto á la integridad sudamericana, hacían sospechar una posible intervención de la gran República del Norte en asuntos nimios de política interior de las Repúblicas sudamericanas, cuidando de la tranquilidad interna de aquellos Estados, para evitar así su debilitamiento y encaminarles por una senda de buen gobierno propio y de un progreso fácil y eficiente.

Envolvía la tal paternidad norteamericana toda una amenaza agresiva á la soberanía de las repúblicas de Sud América, amenaza que han analiza-

do curiosamente los comentaristas officiosos, llegando á la conclusión de que el pensamiento de Roosevelt acabaría con las injusticias que se cometen á diario en los países sudamericanos por gobiernos autócratas, que á fuerza de imponer su voluntad arbitrariamente, provocan ese cúmulo de revoluciones, que son la causa del estancamiento industrial y comercial de la repúblicas de Sud América.

El presidente Roosevelt, según otros, no hace más que adelantarse á una política internacional regeneradora, que traerá como consecuencia, si ésta se lleva á cabo, la gratitud de los pueblos protegidos, colocados así por la eficacia de esta tutela en un camino recto de adelanto y de perfeccionamiento, que los convertirá de turbulentos en laboriosos, pacíficos y civilizados.

Y este cúmulo de sandeces se publicaban frecuentemente en los Estados Unidos, comentadas ingenuamente por los miles de lectores.

Con este motivo, los juicios deprimentes sobre la cultura sudamericana producían al principio cierto estupor, para terminar por la hilaridad entre los sudamericanos que visitamos la Unión.

Esperamos que la visita de Mr. Root habrá modificado en algo aquellas injustas y mortificantes apreciaciones.

Uno de aquellos curiosos trabajos, revestido de cierta seriedad informativa, me llamó la atención. Se trataba de un diario de Saint-Louis, que preten-

día interesar la atención de la colonia sudamericana, algo numerosa en aquella época. De más está decir que los juicios emitidos por el articulista eran deprimentes y agresivos para Sud América.

En lo que se refiere á las informaciones que se daban sobre la República Argentina, me sorprendió la uniformidad de las cifras estadísticas publicadas, como también las referencias históricas, por el orden cronológico de su inserción, todo lo que dejaba mal parado el concepto exacto que debíamos en justicia merecerles á los norteamericanos. Apersonado en la redacción del *Saint-Louis Republic*, se me comunicó que los datos estadísticos é históricos habían sido tomados de fuente insospechable, y se me indicó la *Enciclopedia Británica*, en su última edición, reeditada en Ohio el año 1904.

Anoto la fecha, y en la biblioteca más próxima solicito la obra, y me encuentro con una edición impresa por la *The Werner C.º*, y con la siguiente sugestiva nota: «Reeditada con los últimos datos estadísticos, referencias históricas, geográficas», etcétera, etc.

Busco la letra que corresponde á mi país, y en su segunda página, después de las indicaciones geográficas, veo un lujoso mapa con la siguiente desgraciada inscripción: «*República Argentina de La Plata*», en el cual se han equivocado la mayor parte de los nombres de nuestras ciudades y provincias. En cuanto á los datos á que hace referen-

cia el colaborador del *Saint-Louis Republic*, son del año 1873.

¡De 1873! Repito la fecha, porque aun no salgo de mi asombro, al ver que en forma tan hábil hagamos los argentinos una tan benéfica propaganda sobre nuestro país.

Chile, Brasil, Uruguay y otras repúblicas de Sud América, han corregido sus estadísticas en la publicación mencionada, por intermedio de sus legaciones y cuerpos consulares.

¡Y nosotros hemos tenido la fatalidad de que nuestra diplomacia, tan excelente en el extranjero, no haya notado durante el *breve* tiempo de treinta y dos años que en la obra de consulta de preferencia en Europa y en los Estados Unidos, la República Argentina ofrezca una tal calidad de datos estadísticos, que dan la deducción de que nuestro país es inferior á Chile, al Perú, al Uruguay y al Paraguay actual!

No nos admiremos entonces de que el concepto sobre Sud América, y esta vez sobre la República Argentina, sea equivocado y hasta dañino á sus grandes intereses.

Los norteamericanos han desplegado en este punto, que ellos llaman *réclame internacional*, una actividad sin límites, llegando á veces hasta la falsedad, agrandándolo todo hasta tal punto, que el visitante de la Unión nota las exageraciones, pero al yanqui no le preocupa esto, pues tiene el convencimiento de que, descubierta la mentira, como

sucede por lo general, resulta una mentira simpática, inspirada por un sano patriotismo de engrandecer su país ante los extraños para despertar su curiosidad é incorporarlo posiblemente así á su envidiable progreso.

Esto ha contribuído en parte al engrandecimiento de los Estados Unidos.

Muy próxima á la Casa Blanca, en Wáshington, está la oficina de Publicaciones y de Propaganda, que es costeada por el gobierno. Esta oficina mantiene una correspondencia diaria con las legaciones y consulados, transmite las últimas cifras estadísticas de la Unión al mundo entero, y envía á sus cónsules todos los informes que interesan al comercio y á la industria norteamericanos, á la vez que todas aquellas noticias que puedan llamar la atención en Europa y constituyan una propaganda saludable sobre la marcha política y económica de la República.

Algo análogo debía de hacerse en nuestro país, pero tenemos que comenzar por preparar un buen cuerpo consular con su escuela respectiva.

No hace mucho publiqué en *La Nación* algunas líneas sobre la importancia de estas escuelas en los Estados Unidos y sus incalculables beneficios en pro del progreso de la Unión, dando un detalle del plan de estudios en vigor actualmente en la *Columbia University* de Wáshington, ocupándome ahora sobre este asunto extensamente en otro capítulo de mi libro.

Insisto en la conveniencia, algo más, en la necesidad de proceder á organizar en todo Sud América estas escuelas, para desarrollar un plan armónico de propaganda internacional, siguiendo la senda feliz recorrida por la América del Norte, é imitándoles una vez más en este difícil problema, solucionado por ellos con tanto éxito, ó sea obtener por aquel medio buenos y competentes diplomáticos, cónsules hábiles, conscientes de sus deberes, que puedan siempre constituir una formal fuente informativa sobre la legislación, producción y riqueza de sus naciones respectivas, atrayendo así inmigración y capitales al Continente Sud, que tanto aliciente ofrece al capital y al brazo extranjeros.

Otra publicación algo novelesca, y que trata de *Los pueblos protegidos por la teoría de Monroe*, se debe á la pluma de Mr. Theoderic J. Hoskin, caballero norteamericano que la dirección de *La Prensa* hospedó galantemente en su palacio de la Avenida de Mayo.

El señor Hoskin habla con cierta paternidad y hasta con algo de lástima de la República Argentina y de otras repúblicas vecinas, que están—dice—bajo el acecho de la ambición desmedida de algunas naciones europeas, pero felizmente garantidas en su integridad por la teoría de Monroe, que los Estados Unidos están resueltos á hacer respetar.

La forma en que el articulista juzgaba á Sud América, era por demás deprimente, hasta el punto de que muchos sudamericanos residentes en los

Estados Unidos, se apresuraron á contestar á dicha publicación, aclarando algunas falsas apreciaciones y rectificando datos históricos y estadísticos.

Mr. Hoskin, con una ingenuidad que lo hace dañino y molesto como escritor, entra en una multitud de detalles sobre la República Argentina, de una nimiedad tal y de tan superficial importancia, que sus artículos huelen á chismografía de aldea. Sus impresiones, en resumen, sobre las repúblicas sudamericanas que ha visitado, son malas, con el agregado de que interpreta equivocadamente muchas cosas, acusando á veces una supina ignorancia en sus deducciones, que le dan poca autoridad de hombre estudioso.

El artículo de Mr. Hoskin, en la parte que se refiere á nuestro país, fué contestado por un argentino con tal energía y minuciosidad de datos, que tengo entendido desanimó un poco al escritor yanqui en publicaciones posteriores.

Entre otras cosas, decía el doctor X que para dilucidar interpretaciones erróneas que pudieran radicarse alrededor de la más eficaz aplicación de la teoría de Monroe de parte de los Estados Unidos en Sud América, tres repúblicas, la Argentina, Chile y Brasil, pueden poner fácilmente sobre las armas, y en poco tiempo, un millón de soldados perfectamente equipados y municionados; mil quinientos cañones de último sistema y doscientos barcos de combate, que se irán renovando á medida que el arte de la guerra lo hiciera necesario.

El punto quedó así un poco aclarado para Mr. Hoskin, quien creyó buenos los argumentos y evitó discretamente su contestación.

La tendencia imperialista de los Estados Unidos venía así diseñándose, y los diarios sudamericanos le dedicaron su preferente atención, comentándola en forma risueña y pintoresca. Algunos diarios norteamericanos, entre ellos el *New York Herald*, se preocuparon de transcribir aquellós comentarios, pero fuera de este gran diario y de algunos pocos de Nueva York, Filadelfia y Boston, se ignora generalmente en los Estados Unidos la existencia de órganos de publicidad importantes en la Argentina, forjándose una idea de su prensa por los diarios que ven la luz en Méjico y en otras repúblicas próximas, más conocidas por los yanquis que las publicaciones del extremo continente Sud.

No es extraño, pues, que en este orden de ideas, con un desconocimiento completo de nuestras instituciones, hombres y cosas, é involucrando todo lo de Sud América en un sólo concepto, sin establecer diferencias entre las diversas civilizaciones é ignorando cuáles son las repúblicas que se destacan por su cultura y por su progreso, se hagan tantas afirmaciones erróneas y que la fantasía yanqui se haya desbordado en forma novelesca para atribuirnos enormidades de incultura, de las que muchas naciones de Sud América y algunas de sus grandes capitales son la antítesis, se-

ñalándolas, en cambio, como modelos entre las grandes ciudades del mundo.

Encontrándose el doctor Carlos Pellegrini en Saint-Louis en momentos en que se hacían algunas publicaciones sobre Sud América y se exhumaba por la milésima vez la tan mentada doctrina de Monroe, fué interrogado sobre la probable aplicación de la indicada doctrina en las Repúblicas de Sud América, y en qué forma miraría la República Argentina una probable intervención de los Estados Unidos.

El doctor Pellegrini desdeñó entrar en largas consideraciones sobre los tópicos que se le señalaban en el referido interviú, y después de marcar en forma clara y terminante el grado de progreso y de afianzamiento en sus instituciones de la República Argentina, manifestó al periodista que la teoría de Monroe preocupaba tanto á la Argentina como podría molestarle al Japón ó á la China.

No obstante esto, á nadie se le oculta que la teoría de Monroe es un *medium operandi* que los yanquis utilizarían en momento oportuno, y que les hace soñar en una perpetua tutela ejercida *motu proprio* sobre las repúblicas sudamericanas.

En lo que respecta á su expansión, basta comparar la extensión territorial de los Estados Unidos en la actualidad, con la superficie que los yanquis poseían en el año 1783, y estudiar, aunque no sea más que por curiosidad, el proceso de su diplomacia en los asuntos en que ha debido intervenir en

Sud América, desde sus cuestiones con Méjico hasta el ruidoso asunto del Panamá. Se llegará por este medio al convencimiento de que se ha sustituido el procedimiento antiguo por la forma moderna inventada en los asuntos relacionados con el Acre, pero sin abandonar, según pretenden algunos políticos sudamericanos, el propósito bien definido de buscar la expansión hacia el Sud.

También se afirma que el viaje de Mr. Root á Sud América no tiene la significación que nuestro espíritu optimista le ha atribuido; se reduce á un simple paseo de exploración, con propósitos que la discreción de aquel eminente hombre de Estado ha cuidado bien de hacerlos conocer, desde que ha de aspirar á que resulte en todo lo posible beneficioso á los intereses políticos, industriales y comerciales de su país.

Norte América tiene hoy un exceso de producción y necesita nuevos mercados, como á la vez sus grandes capitales nuevas aplicaciones en la variedad infinita de sus industrias.

En cuanto al desenvolvimiento económico y político, que Mr. Root había tenido ocasión de apreciar de cerca, pensamos que la grata impresión recibida durante el tiempo que duró su inspección ocular en Sud América, se habrá ya modificado desgraciadamente ante las reincidencias tumultuosas de algunas de las naciones que él ha visitado, en las cuales el virus revolucionario, inyectado en la sangre de sus habitantes, ha vuelto á poner en

tela de juicios malevolentes á las repúblicas sud-americanas en los diarios y revistas yanquis, perjudicándonos por la centésima vez en el crédito exterior ante las naciones europeas.

Un país revolucionario es una nota de barbarie hoy en la humanidad. Por otras sendas puede llegarse al desiderátum á que aspiran los revolucionarios. Para corregir las oligarquías locales, en los centros en que se violenta la libertad de los ciudadanos, ofrecen mayor eficacia para el bien común las prácticas cívicas, perseverando en ellas hasta exterminar los gobiernos de camarillas y de caudillajes.

Sobre todo en nuestro país, donde hemos palpado con amargura la inutilidad de algunos de estos movimientos, casi de su mayoría, viendo á los puritanos ó á los ambiciosos caer también en el fango, pensamos en una evolución más de acuerdo con las exigencias actuales del progreso general del país.

Tal vez convendría seguir orientaciones prácticas como las de la Unión Americana, comenzando por una ley de nacionalización de extranjeros análoga á la ley yanqui, que incorporaría un elemento sano y conservador á la marcha política del Estado, desalojando por este medio á las camarillas de los profesionales políticos, parásitos é inútiles á quienes sólo la revolución puede algunas veces desalojar de sus posiciones. El país ofrece mejores horizontes para el hombre de sanas

aspiraciones, y es penoso ver personas jóvenes vegetar á la sombra de círculos políticos haciéndose cómplices de estas notas de desprestigio y de desconcepto.

Es tiempo ya, pues, de reaccionar en Sud América: lo exigen las conveniencias propias y lo impone la civilización.





## El espíritu de asociación en los Estados Unidos

---

Las «Young Men's» y «Young Women» Christians Associations.—Los «Athletic Club».—Los «Ladies Exchange», Sociedades Mutuales, etc.

Es indudable que gran parte del progreso y de la prosperidad industrial de los Estados Unidos se debe al marcado espíritu de asociación difundido entre sus habitantes. Podría afirmarse, sin exagerar, que en las ciudades populosas de la Unión se tropieza á cada paso con una sociedad, ya sea de socorros mutuos, de temperancia, recreativa, literaria, científica, etc., etc., con el agregado simpático de que, según los recursos de sus habitantes, algunos están inscritos en dos ó tres de ellas, en las que se abona un término medio de cincuenta centavos oro mensuales, indicándose al dorso de cada recibo ó en los estatutos de las mismas los beneficios ó comodidades que se conceden á los

asociados mediante el pago de aquella exigua suma.

El hecho de pertenecer á alguna de estas sociedades impone ciertas restricciones en la vida moral de los individuos, como la de ser exclusivamente católicos ó protestantes en algunas de ellas, encontrarse en edad de poder ganarse fácilmente su subsistencia, no hacer uso de bebidas alcohólicas ó fermentadas, etc., etc.

Puede citarse entre estas sociedades, por su gran prosperidad, en primer término la *Young Men's Christian Association*, ya difundida felizmente en la mayor parte de las Repúblicas de Sud América, con fines morales tan elevados, que tienen por principal objeto la dignificación de sus socios, guiándoles con consejos útiles y provechosos, inculcándoles el sentimiento del trabajo y ayudándoles en toda forma.

Igual espíritu y móviles anima á los directores de la *Young Women Christian Association* (Asociación Cristiana de Mujeres Jóvenes), que tuve oportunidad de visitar en Búffalo, galantemente atendido por su ilustrada y activa secretaria. «En nuestra asociación—me dijo—tienen cabida todas las señoritas jóvenes, de cualquier nacionalidad que sean: las niñas honradas, se entiende, y abrimos el corazón y las puertas de la casa también á las arrepentidas. Sin el pecado no habría sido posible distinguir la virtud. Y así, las desesperadas de la vida, que habrían terminado despiadadamente con su existencia, encuentran aquí un refugio, como la

la honradez un amparo. Contando con la bondad de todas nuestras asociadas, les procuramos trabajo, instrucción, y mantenemos llenas de confianza en la nueva senda á las iniciadas, haciendo una buena propaganda para que perseveren en la obra santa de la ayuda mutua á los que con su inteligencia y con su bolsa sostienen esta hermosa institución, tan grata á toda alma cristiana.

Confieso que he debido conmoverme ante esta noble caridad, y como tantas veces en los Estados Unidos, he sentido las lágrimas llegar hasta mis ojos en un bálsamo acariciador de bondad, de esa bondad humana de la cual hemos dudado tanto en nuestra vida.

Igualmente se asocian los americanos, y con preferencia, para sostener instituciones esportivas, como los *Athletic Club*, tan divulgados en toda la nación, contándose más de cien en Nueva York solamente. Estas sociedades lo primero que organizan es su salón de lectura, procurándose una buena biblioteca. Después en sus estatutos reglamentan las condiciones requeridas para tener el derecho á ser socios, indicando á éstos los beneficios ofrecidos, prefiriéndose el ejercicio practicado al aire libre, felizmente tan en uso en la actualidad en las naciones sudamericanas.

Iguales beneficios que la *Young Women Christian Association*, ofrece la sociedad *Ladies Exchange*, análoga á la fundada en Buenos Aires con el nombre de *Women Exchange*.

Los *Ladies Exchange* se han difundido en toda la América del Norte, haciendo llegar á todos los hogares los hermosos beneficios de esta otra noble institución. Como se acostumbra en Buenos Aires, los *Ladies Exchange* hacen todos los años su Exposición permanente de trabajos femeninos, que la mujer puede efectuar sin dejar su casa ni distraer la vigilancia y educación de la familia.

Como la anterior, cuentan los Estados Unidos con miles de otras sociedades de protección mutua, de socorros médicos, esencialmente americanas: entre ellas puedo citar la *Order of the King's Daughters*, dedicada á las prácticas de la caridad y á levantar el espíritu y la moral de la clase obrera, tan numerosa en los Estados Unidos, y la que más frecuenta esta clase de asociaciones.

Podríamos continuar citando muchísimos otros nombres de sociedades de socorros, recreativas, científicas, etc., pues tenemos anotadas en nuestro libro de memorias cientos de ellas, superándose en fines útiles y morales las unas á las otras, en una rivalidad cristiana, cuidando de ofrecer mayores beneficios á sus asociados con el menor desembolso por parte de éstos.

Hacemos notar, para que sirva de saludable ejemplo en Sud América, que las asociaciones norteamericanas llamadas recreativas, no han olvidado la organización de su biblioteca, la publicación de su revista llena de consejos útiles, y aun la mutualidad. Tienen organizada hasta la *Mutua-*

*lidad escolar*, cooperando así á la más eficaz acción de los gobiernos en los Estados respectivos, habiendo obtenido muchas de estas asociaciones subvenciones especiales de las Cámaras, las que á su vez han legislado en muchos de los Estados confederados, garantizando su existencia con leyes previsoras y altamente humanitarias. Así se explica la envidiable condición del obrero en los Estados Unidos.

Sobresalen, como en la Argentina, Perú, Brasil, Chile, Uruguay y otras repúblicas sudamericanas, las asociaciones mutuales extranjeras, en primer término las italianas de *Socorros mutuos*, tan difundidas en todo el mundo.

En Nueva York existen sociedades mutuales con veinticinco ó treinta mil asociados cada una, haciéndose, no obstante el gran número de socios, sus servicios con toda regularidad.

En este sentido se ha progresado bastante en la América del Sud, sobre todo en la República Argentina, donde en la ciudad de Buenos Aires existen no menos de ciento cuarenta sociedades mutuales, con un porcentaje de ciento cincuenta mil asociados próximamente, existiendo algunas como la *Unione é Benevolenza*, *Italia Unita*, *Cristóforo Colombo*, etc., que tienen cada una un número inmenso de afiliados, llegando en la primera de éstas á la respetable suma de cinco mil socios próximamente, y datando su antigüedad de fundación de cincuenta años más ó menos, con escuela propia,

biblioteca, servicio médico, consultorio jurídico gratuito y todos aquellos otros beneficios de socorros en dinero y medicamentos á que tienen opción sus asociados.

Durante mi estancia en los Estados Unidos y Europa, en las diversas ocasiones que he visitado las principales capitales y ciudades europeas, sobre todo en Francia y Bélgica, me he preocupado de estudiar la organización mutualista, cuyas observaciones, recopiladas prolijamente hasta hoy, constituirán un otro libro que oportunamente publicaré, cooperando así en la medida limitada de mis modestos esfuerzos á la difusión de estas instituciones benéficas en todo Sud América y en nuestro país, á las cuales estoy ligado desde hace muchos años, desde la organización de mi consultorio de *Sociedades mutuales*, fundado el año de 1901, y en el cual están inscritas no menos de cincuenta asociaciones, teniendo la satisfacción de poder decir que he contribuido con mi grano de arena á llenar uno de los primordiales fines de la mutualidad en la Argentina, cooperando con el consejo jurídico desinteresado á la mayor prosperidad de aquellas instituciones y de sus asociados.

Pienso, hoy como ayer, que el gobierno argentino debía preocuparse, como lo han hecho los Congrésos de las naciones europeas más adelantadas, de dictar leyes protectoras de la mutualidad, contribuyendo así, en forma directa y eminentemente patriótica, al mayor bienestar del obrero y del tra-

bajador, directamente beneficiado por el *Mutualismo*.

Tendrán oportunidad, tanto el gobierno argentino como los gobiernos de las demás repúblicas sudamericanas, de hacer algo práctico en el sentido que dejamos apuntado, cuando constituida la *Federación Internacional Mutualista*, cuya organización nos ha sido encomendada en Sud América por la Federación Internacional de París, haya iniciado sus trabajos en pro de la mutualidad en toda Sud América y se dirija á los Congresos respectivos, recabando su cooperación en pro de tan útiles asociaciones, á las que hasta hoy han favorecido con su cristiana propaganda los grandes pensadores sudamericanos, si bien las autoridades públicas no les han prestado la atención preferente que deben merecerles.

El fomento del espíritu de asociación como de la mutualidad en Sud América, mejorando en lo que sea posible por este ú otros medios la condición del obrero, pensamos que es obra humanitaria y patriótica, arraigando así á la familia obrera y aclimatándola á ambientes más propicios á sus reducidas, pero legítimas aspiraciones de mejoramiento colectivo.

Así, Francia ha llegado á la idealización de la República, comenzando por fomentar estas asociaciones, de cuya prosperidad dan fe sus estadísticas, acordándoles por ley una subvención que no baja de un franco por cada persona y por año, á

cuyo subsidio tiene derecho toda asociación que tenga por objeto socorrer á sus asociados en caso de enfermedad ó de vejez. Igual disposición contienen las leyes análogas votadas por las Cámaras Legislativas de algunos Estados norteamericanos. Como en Francia, los depósitos que se hagan en nombre y destinados á sociedades de socorros mutuos, ganan un interés del cuatro y medio por ciento, más ó menos, según la ley respectiva á cada Estado.

En Sud América, principalmente en Buenos Aires, el mutualismo se ha arraigado ya y ofrece múltiples servicios á los asociados. Falta solamente perfeccionar las prácticas mutualistas, estableciendo la Federación de la Mutualidad como se ha hecho en Francia, Bélgica, Alemania y en algunos Estados de la Unión; de modo que una sociedad de socorros mutuos, que presta únicamente servicios reducidos por el número limitado de sus socios, comienza por constituir la Unión Departamental y extender entonces sus servicios hasta establecer la mutuación y el reseguro, dispensarios y Cajas de Pensiones.

De estas uniones departamentales, de cuya organización, como he dicho, me ocuparé ampliamente en un próximo libro, se forma la Federación Nacional Mutualista, que tiende á reglamentar los servicios comunes, determinando las relaciones que deben existir entre las indicadas uniones departamentales. Para este objeto, se constitu-

ye un Consejo permanente, formado por sesenta miembros.

Estos Consejos son los principales colaboradores para el éxito de los Congresos Internacionales Mutualistas, desde que conocen perfectamente la eficacia de los servicios de las diferentes sociedades mutuales, á cuyo perfeccionamiento han cooperado, contribuyendo á la vez á la creación de nuevas fases de la mutualidad, entre ellas las maternales, familiares, escolares, militares, locales, industriales, agrícolas, profesionales, etcétera, llegando á su máximum de protección, hasta construir asilos para huérfanos, hospitales, sanatorios, etc.

Tanto en Francia como en Bélgica, en Alemania, en Italia y en los Estados Unidos, los gobiernos respectivos han comprendido la necesidad y la obligación por parte del Estado de contribuir al mejoramiento de la condición del trabajador, conforme á la evolución social contemporánea, con la que el mundo, como en una hermosa aurora de redención, quiere reparar injusticias, dedicándose á rodear de mayores halagos la vida del obrero, esa *alma mater* de la riqueza de las naciones, abandonada ayer á sus infortunios y á sus sacrificios estériles.

Venga, pues, en buen hora este nuevo derecho social, que llamaremos el supremo derecho de esta hermandad de las colectividades, y reaccionando y orientándonos hacia nuevos derroteros, ordenemos una legislación previsora y útil, de acuerdo

con las nuevas necesidades que el estado social del presente y del futuro reclaman de los Congresos llamados á ordenar y regular equitativamente la libertad y los derechos del hombre en este alborear del nuevo siglo de las reivindicaciones.

---

## PITTSBURGO

---

La ciudad del humo.—El gas natural.—La «Westing-house».—Las víctimas de las fábricas.

El que vaya á Pittsburgo, debe ir tan sólo por negocios. La ciudad se esfuerza en mostrarse bonita y obsequiosa con los visitantes, pero el humo lo echa á perder todo, desde el vestido hasta la cara. Un cuello dura limpio apenas diez minutos en Pittsburgo.

La ciudad tiene á distancia, al aproximarse en ferrocarril, un aspecto fantástico. Á ratos llega uno á creer que arde toda entera, y cuando la brisa del Este agita con alguna violencia aquellas espesas cortinas de humo, que parecen empañadas en ocultar la ciudad, se ve de rato en rato dibujarse en el horizonte una línea negra de algún inmenso *building*, que trepando las nubes, presenta al viajero el boceto al carbón de su soberbia arquitectónica.

De noche es aún más fantástica la ciudad del humo. Cada chimenea despidе un fulgor rojizo, del que se coloran las nubes, y en las horas de calma, aquel manto rojo, visto á distancia, envuelve la ciudad entera, que no cesa un instante de vomitar humo. Si tenéis oportunidad de pasar junto al río Youghioghени, veréis cómo se tiñen también sus aguas de aquel resplandor rojizo, y la impresión entonces se siente más intensa: esa impresión de actividad fabril, algo así como una creación de Julio Verne, cuando hacía construir el proyectil misterioso que surcaría el espacio para llegar á la luna.

Se os informará en Pittsburgo, con cierto orgullo por los nativos, los que han visto surgir palmo á palmo del terreno aquellos colosos de la fundición y de la manufactura, que la fuerza motriz que se emplea en la ciudad no ha sido aún superada en ninguna parte de la Unión ni fuera de ella; que si se limitaran á usar la hulla solamente en sus hornos, pasarían las fajas de humo de Pittsburgo sobre la ciudad de Nueva York. Pero hace ya tiempo, os dirán, que descubrieron el gas natural. De estos pozos me fueron enseñados varios. Perforan el suelo con un taladro á vapor hasta una profundidad que fluctúa entre quinientos y novecientos metros, y los obreros más prácticos conocen cuándo se aproxima el instrumento á las capas de gas, observando la arena que ha quedado pegada al taladro. Llegados á la capa geológica de producción, una vez que

el gas se ha puesto en contacto con el aire, siendo más ligero que éste, sale, como es consiguiente, al exterior. Entonces se hacen los trabajos de canalización, y después pasa á distribuirse por medio de grandes cañerías, que dirigen la célebre compañía formada por Westinghouse, el coloso de las máquinas y de las usinas tan celebrado en la Exposición de Saint-Louis, marcando la cifra de distribución actualmente la enorme cantidad de seiscientos millones de pies cúbicos diarios. Estos hornos están situados á unos veinte ó veinticinco kilómetros próximamente de la ciudad del humo, y el gas es transportado, como he dicho, por grandes cañerías, que á veces se ven surgir á flor de tierra en los terrenos sembrados. El precio del gas fluctúa en la actualidad entre seis y ocho céntimos el metro cúbico.

Con este gas se alimentan las grandes fábricas de Pittsburgh, que se establecen á diario, dentro y fuera de la ciudad, como una manifestación del poder económico de aquel gran pueblo, á la vez que de la audacia de sus hijos, refiriéndose de Carnegie, como se dice de Burnham, del mismo Morgan, que llegó á la Unión con un capital no mayor de ciento cincuenta francos, y ha conseguido Mr. Andrew Carnegie hacer producir en uno solo de sus establecimientos que tuve oportunidad de conocer en todos sus detalles, debido á la galantería de mister George Kelly, que se ofreció á acompañarme, la estupenda cifra de mil ochocientas toneladas de rieles de acero por día de trabajo, cantidad que no

se conoce haya sido superada hasta hoy en el mundo entero. Preguntándole al director técnico de la fábrica sobre las cantidades que se exportaban, me respondió que más de la mitad de la elaboración era destinada á las insistentes demandas de material de sólo los Estados Unidos.

Recorro al día siguiente á la ciudad del humo, que visito con cierta detención en uno de sus frecuentes días grises. Pocas veces el sol se digna iluminarla, y es frecuente penetrar en sus hoteles y restaurants de alguna importancia, en los que la luz eléctrica ó el gas es su iluminación común de todo el año, tanto de día como de noche. Paseamos por algunas de sus principales calles, surcadas muchas de ellas por tranvías eléctricos y grandes convoyes ferrocarrileros repletos de material. Las vías férreas se extienden por varias avenidas anti-higiénicas, con sus edificios ennegrecidos por la hulla y el humo, y grande fué mi sorpresa al encontrarme en una plaza perfectamente delineada, cubierta de líneas férreas y ocupada por una inmensa cantidad de vagones llenos de rieles, dispuestos á marchar á su destino. Se comprenderá que de esta manera el aseo de la ciudad es imposible, y que la estética edilicia se desarrolle en una especie de ciudad nueva que se está construyendo fuera del radio fabril de Pittsburgo. Este barrio suburbano tiene sus encantos, como todos los rincones americanos consagrados á las delicias del *home*. Me paseo largo rato por sus hermosas aveni-

das, haciendo así un grato paréntesis á la fantástica visión de fraguas y chimeneas de los barrios fabriles.

Al volver al hotel hago amistad con un americano que probablemente ha oído llamarme doctor por mi acompañante Mr. Kelly.

—También soy médico—me dice el simpático yanqui.

—No es mi profesión la medicina—le respondí—; soy simplemente abogado.

Esta confusión se debe á que en la Unión se da el título de doctor á los médicos solamente. Al abogado se le llama *lawyers*.

—Estará usted—me dijo—muy mal impresionado de la ciudad, que es un gran horno lleno de carbón ardiendo, donde la gente, que debe alimentarle, rinde el inhumano tributo de su vida, reducida en este maléfico ambiente á un minimum, el cual aun se encarga de abreviar la tuberculosis, que nos invade despiadadamente. Habrá usted observado rostros demacrados, con palideces mortales, en su excursión por la ciudad.

—En efecto—le respondí—, y esto me ha llamado la atención, sobre todo en niños y niñas cuya edad fluctúa entre los doce y quince años. ¿Y qué hacen las autoridades que no remedian este desastre?

—La tuberculosis—continuó Mr. Vantlell—no sólo produce víctimas en Pittsburgo, sino en todos los Estados Unidos. Las estadísticas no dan las

cifras exactas de las defunciones, pero no le exagero si le digo que enterramos en la Unión dos mil tuberculosos todos los días. Si esto se conociera, la gente emigraría. La sed del oro nos impide meditar sobre este infortunio, pero la infección se encuentra en las ciudades fabriles, donde el aire, impregnado de tantos miasmas, pierde, como es consiguiente, sus propiedades vitales. Y esto se conoce perfectamente bien por las autoridades y por los profesionales. Se han fundado diversas ligas contra la tuberculosis, y estas ligas consienten que miles de criaturas beban agua en las fábricas, en los parques y en los ferrocarriles en el mismo vaso, en esa especie de piletas llamadas bebederos públicos, ni más ni menos que las bestias.

—Lo mismo sucede en Sud América—le contesté—. La humanidad parece que conozca muy bien un sólo derrotero, el de la muerte; ¡tal vez sea para mucha de ella el camino más codiciado!

—¿Qué habría costado—continuó—colocar en cada vertiente un aviso que dijera: «El público debe proveerse de un vaso para el agua»? Lo mismo acontece en los teatros, mi amigo, donde se reparte agua al que la pide y en uno ó dos vasos solamente, y en ellos se posan cien labios, ¡cuántos de ellos contaminados! En los ferrocarriles se ha colocado un letrero que dice: «No se permite escupir», y al lado del aviso un recipiente lleno de agua, con el vaso de cristal ó de metal, que el público utiliza para beber. Y la prohibición indi-

cada resulta también inútil, pues se permite viajar en el mismo coche en que va la gente sana á enfermos tuberculosos en último grado, que apenas si llegan á sus asientos. ¿Qué costaría disponer en cada convoy un pequeño salón reservado para personas enfermas? Muchas compañías ferroviarias tienen en sus vagones este cuarto pequeño, que es ocupado hoy por cualquier pasajero.

Y el médico amigo peroró después sobre las salas de espectáculos públicos que aun usan las alfombras sobre sus entarimados, que podían ser enceradas é impermeabilizadas, de modo que fuera fácil su desinfección diaria.

Recordé entonces cuán fácil sería remediar esta deficiencia en algunas grandes capitales de la América del Sud, que gozan del prestigio de ciudades higiénicas. Todo es cuestión de que las disposiciones municipales que se han dictado repetidas veces, se hicieran cumplir rigurosamente, y con esta medida ganaríamos todos. Nadie resultaría perjudicado, el beneficio sería común para la salud pública y económico para el propietario de la sala de baile ó de espectáculos.

—Y de la higiene y profilaxia de los locales públicos, pasaremos á las fábricas—dijo mi interlocutor—, y allí las deficiencias son aún más sensibles. La higienización de los establecimientos fabriles es más difícil en Pittsburgo que en ninguna otra ciudad americana, pues aquí no se conoce el sol. Vivimos en una perpetua niebla de

vapor de agua y humo, que cubre como un enorme manto funerario la ciudad, y gracias que permite filtrar un tenue rayo de luz, esfumándose apenas las líneas severas de algunos de sus *buildings* entre aquella gelatina espesa y negra. Y ya puede imaginarse, mi amigo, la condición del obrero en las fábricas, donde no tiene siquiera la compensación de respirar un poco de aire puro después de haber extenuado sus fuerzas, sumido en aquella atmósfera malsana, que tiende á matar todo germen de vida en aquellos trabajados y débiles organismos. Y bajo las techumbres de los grandes galpones luchan por la existencia, agobiados por el peso de la tarea ardua de las usinas, niños y ancianos, y hasta mujeres. Y nada sería que la tarea fuera penosa, sino que en la fábrica, algunas de las que no son más higiénicas porque no lo permite la clase de trabajo á que se consagran, sale el obrero á su vivienda, que podrá ser todo lo limpia deseable, pero rodeada por un aire infecto y maligno. Y tiene usted, mi amigo, que en un pueblo que goza de fama de previsor entre todos los pueblos de la tierra, se ha descuidado reglamentar sobre el radio en que puedan establecerse las fábricas en los centros urbanos, de modo que no resulte, como ahora, que al lado de un *magazin*, de un hotel ó de una casa de familia, se establezca una fábrica que despide una enormidad de humo, fuera de los otros miasmas que le son comunes.

Los privilegiados de la fortuna han edificado el *home* lejos de las fábricas, en una especie de parques llenos de frescura y de verdor, sobre colinas hermosas algunas de ellas, pero hasta allí también llega el humo algunos días, impulsado por el viento, deteniéndose lentamente sobre las techumbres, flotando en la atmósfera á pocos metros del suelo, como si fuera atraído por algún fluido misterioso. Pero los barrios obreros son los que más sufren con la insalubridad de la ciudad y lo malo del clima de Pittsburgo, y sobre todo los niños y las mujeres en las fábricas, víctimas elegidas por la despiadada y mortífera tuberculosis. Es este un ejemplo que puede indicarnos á los sudamericanos los peligros á subsanar para lo venidero, nosotros que aspiramos también á crear centros industriales, y no está de más recordar por la milésima vez la obra humanitaria y de verdadera caridad que está encomendada á nuestros legisladores, dictando leyes especiales, protectoras de aquellos desheredados de la fortuna condenados á acuñar la moneda de los poderosos.

¿Cuándo tendremos, como en Bélgica, Francia, Italia, Alemania, etc., leyes de limitación del trabajo, de reglamentación del mismo, de pensiones para obreros, para evitar que del hogar del pobre salga el niño antes de tiempo á buscar el pan para los suyos á las fábricas, porque al padre, viejo y achacoso, ya no le es posible trabajar?

Son estos graves problemas los que deberían

interesar preferentemente la atención de los legisladores. Cuando se viaja con el ánimo tranquilo, dispuesto á la observación, con un caudal de bondad que se siente reverdecer ante las delicadezas y atenciones tributadas al huésped en las ciudades hospitalarias, se aquilata en todo su peso la injusticia enorme de estos desequilibrios sociales, fáciles de evitar, ó por lo menos de suavizar, haciendo para aquellos infelices menos dura la peregrinación de la vida.

Los legisladores sudamericanos no tienen que romperse la cabeza para crear nada nuevo en materia de legislación social. Basta con copiar lo que ha dado mejor resultado en Francia, Bélgica, Alemania y en la misma Italia. No hay en ello dificultades de trasplante ó de adaptación. No sigamos la ruta de los legisladores españoles, que han olvidado al pueblo, con el grave peligro de que el pueblo les recuerde este olvido algún día. En las adaptaciones de leyes extranjeras del carácter que nos ocupa, no hay dificultades ni inconvenientes que pudieran oponer la diversidad de las leyes de fondo, dada la uniformidad de legislación, que es la característica de nuestro siglo, si bien algunas vetustas é inconvenientes para nuestra época.

En esas leyes encontrarán los legisladores sudamericanos el buen camino hacia el verdadero humanitarismo, y todo espíritu altruista ha de pensar con nosotros sobre lo necesario de esto que venimos pregonando hace tantos años en

diarios, en libros y revistas. Sería una trascendental obra para un gobernante bien inspirado, en vez de malgastar el tiempo en prestar oídos á intrigas malsanas de mezquinos escamoteos políticos, de gente pequeña en su egoísmo, ó en supuestas reformas educativas ó de otro orden, que se creen convenientes para el progreso de la nación y la grandeza de la patria.

No debe olvidarse que sobre la patria se cierne la humanidad, que es la que la forma, y que constituye el ideal del presente y lo será del futuro.

---



## La cuestión social

---

**Las asociaciones de Filadelfia.—Los «Loan and building association», de la Unión.— Las huelgas en los Estados Unidos.—Los vagos de Broadway.—Los reformadores.—La acción del gobierno.**

En algunos capítulos de este libro he tenido oportunidad de ocuparme someramente de ciertas agrupaciones obreras, al estudiar la condición de la clase trabajadora en algunas ciudades fabriles de la Unión.

En general, la impresión dominante es favorable á la situación de los obreros en los Estados Unidos, comparado, se entiende, aquel relativo bienestar con la aflictiva condición del trabajador en las naciones europeas.

Al analizar especialmente la cuestión social en la Unión, procuraremos que el lector tenga una idea precisa de la forma en que la vida obrera se desarrolla hoy en la gran nación americana, por si los conceptos optimistas contenidos en el capítulo que se refiere á Filadelfia hubiesen llevado á

su ánimo la persuasión, errónea por cierto, de que la vida obrera en la Unión colma en un todo las aspiraciones de los más exigentes.

Filadelfia, como indicamos en el capítulo respectivo, es la ciudad fabril por excelencia de la Unión, la más antigua como productora, y de la cual puede decirse que ha sido el foco de las primeras asociaciones obreras, datando éstas más ó menos del año 1840. Estas asociaciones fueron paulatinamente depurando las deficiencias que se observaban en las relaciones del patrono con el trabajador, estableciendo en lo posible una identidad de propósitos y de fines entre ellos, á la vez que haciendo una sana propaganda de temperancia entre sus asociados, al mismo tiempo que proclamando la consagración del hogar entre todas las aspiraciones más grandes que pueda alimentar el hombre. No es extraño, pues, que en esa gran ciudad manufacturera, donde más del cincuenta por ciento de la población la forman obreros, se encuentre entre ellos una relativa confortabilidad de vida y una bondad de costumbres que la tradición de la ciudad ha impuesto y se observan casi con el imperio de la ley.

Entonces no sorprenderá mi afirmación, al hablar de la laboriosa ciudad yanqui, de que hay obreros que gozan de todas las comodidades ideales, teniendo algunos hasta piano en su casa, ganando lo suficiente para dedicarse holgadamente á la educación de sus hijos.

Si agregamos al beneficio reportado por las asociaciones gremiales de defensa y de protección las mutuales y las conocidas bajo el nombre de *Loan and building association*, que son simplemente instituciones bancarias destinadas á conservar en sus arcas los ahorros de los obreros, adjudicándoseles un subido interés para que, reunida una cantidad determinada, pueda el trabajador adquirir el terreno y edificar más tarde su casa, se comprenderá entonces que no hemos exagerado al afirmar también que el obrero llega fácilmente en la Unión á ser propietario del edificio que destina para habitación de los suyos. Los hay tan hábiles y previsores, que he conocido en Filadelfia casas de obreros de más de dos pisos y sótanos, con las habitaciones necesarias para la familia, y además tres ó cuatro convenientemente amuebladas que se destinan para arrendarlas, lo que asegura así un medio de vida á los hijos en el caso de muerte del padre.

Las asociaciones de construcción de casas para obreros, con el ahorro de los trabajadores, difundidas hoy en Alemania, Bélgica, Francia, etc., serían de fácil transplante en Buenos Aires, por ejemplo. Tuve oportunidad de iniciar su fundación en una de las asociaciones mutuas de que soy abogado, y tengo entendido que la sociedad ha hecho camino. Su administración está perfectamente reglamentada en los mismos estatutos sociales. El ahorro aplicado en la construcción de casas para

obreros en Buenos Aires, donde es fácil aún adquirir los terrenos á precios exigüos, tiene grandes halagos para el trabajador, y bien sé le podría dedicar un poco de atención, buscando la forma más fácil de llevar á la práctica la fundación de esta clase de instituciones bancarias.

Este sería el mejor medio de halagar las aspiraciones del trabajador, levantar el ánimo del obrero, incorporándolo así al concierto igualitario social, sin propagandas de otro género que labran en su alma una falsa persuasión de una desgracia que las más de las veces reside en el cerebro del predicador especulativo ó asalariado. El obrero propietario es un ideal, á cuya realización consagraré muchos de mis esfuerzos, porque comprendo que es fácil conseguir esto en Sud América, con ventajas positivas para el desenvolvimiento social, desde que despertando en el obrero el amor á su casa, vendrá más tarde el deseo de mejorarla, y el vínculo de la familia será mayor, como el proceso educativo y civilizador será más rápido en beneficio todo del país en donde trabajen.

He observado que la mayor parte de los autores socialistas intransigentes, y aun aquellos estudiosos que tratan de encontrar fáciles soluciones al problema obrero han orillado estas cuestiones de los Bancos de construcción de casas, de las asociaciones mutuales, etc., cuya difusión no se nos negará que es altamente humanitaria. El mismo Mackay, al ocuparse de los Estados Unidos, busca la

exteriorización siempre de lo malo, tratando al parecer con preferencia de indicar los pantanos sociales, cuando hay aún en los Estados Unidos tantos buenos caminos que pueden marcar nuevos derroteros á los amantes de la reforma, comenzando por las prácticas cívicas, para llegar así á los fines que se persiguen. Pensamos que este debe ser el ideal de la humanidad.

Lo que decíamos de Filadelfia con respecto á las *building association*, puede referirse, dada la prosperidad de estas instituciones, á casi todos los Estados de la Unión, principalmente á Nueva York, Chicago, Pittsburgo, Columbus, Saint-Louis, Nueva Orleans, Nueva Jersey, etc., etc., donde existen gran número de ellos en estado muy floreciente.

Pero al lado de estas idealizaciones, que no se bordan sobre el papel, con el prurito de animar el cuadro para hacer resaltar el otro colorido entre los distintos matices con que la cuestión obrera, de sí compleja, se presenta al estudioso en los Estados Unidos, tenemos el país de la huelga, la antítesis de la idealización de la vida que hemos descrito con colores de rosa. Pero yo pregunto: sin los contrastes en el difícil desenvolvimiento de estos pueblos nuevos, ¿sería posible establecer la bondad del derrotero á seguirse, lo que más conviene á sus instituciones, lo que constituye un problema, ó que ha dejado de serlo para convertirse en una necesidad pública que hay que llenar? ¿Sería posible determinar dónde está lo bueno sin la existencia de lo malo?

Ningún país, en el mundo entero, registra más huelgas en su estadística que la Unión Americana, ninguno más atropellos por parte del gobierno para reprimirlas, cuyas detalles han tenido siempre los americanos la habilidad de ocultar, para no difundir estas malas noticias por el extranjero, que podían ocasionarles graves perjuicios. Y ningún otro país, sea dicho en obsequio de la verdad, ha encaminado la cuestión obrera á una solución eminentemente civilizadora, de alta humanidad, convirtiendo las fábricas en templos de regeneración, de hábitos y tendencias, redimiendo por el trabajo y por los halagos que éste puede proporcionar, con la compensación equitativa de los jornales, á muchos espíritus convulsionadores de la vieja Europa.

Sentado esto, entraremos á describir la página negra de los infortunios, porque de la exactitud de las afirmaciones hechas en este libro debe nacer la deducción precisa que puede llevarnos, con espíritu humanitario y sin vacilaciones, á contribuir también con nuestro grano de arena á la obra común de regeneración: á la reforma paulatina social, sin exageraciones ni teatralismos, dentro de lo lógico, de lo posible, en cuya tarea todos estamos igualmente empeñados, pues analizando fríamente estas cuestiones, somos obreros también en esta inmensa colmena humana, más llena de infortunios y de desencantos que de mieles.

Y para escribir estas cosas no tendría necesi-

dad de advertirme, como Emerson: «¿Y es esa tu alma buena?» Porque me he preocupado de estudiar con preferencia en todos mis viajes las cuestiones sociales, creo conocer en todos sus detalles la evolución del desenvolvimiento obrero de los Estados Unidos, y si tendré forzosamente que señalar dónde está la llaga, no se atribuya á un espíritu dañino pretendiendo hacer el desconcepto de la gran nación americana.

En los Estados Unidos acontece, lo mismo que en Alemania, en Italia, en Francia y en Bélgica, y que tendrá que suceder tarde ó temprano en la Argentina, en Chile, en el Brasil, etc., que aumentando la competencia de la producción, si bien ésta no se perfecciona, se la reduce en cambio á su ínfimo precio, hasta producir esos desequilibrios del jornal y del capital, que tantos trastornos han ocasionado á la Unión Americana.

Y esto acontece en todos los órdenes de su vida económica. Sin ir más lejos—¿qué dirán de esto los socialistas?—, está el desastre financiero último, que ha perjudicado tanto al ahorro del elemento obrero y que ha dejado en la miseria muchos hogares que hasta ayer eran felices y venturosos. Grandes fabricantes que se han quitado la vida. El capital, en una palabra, abatido en su soberbia y sufriendo las consecuencias de este infortunio financiero.

Como decía hace un momento, todos somos obreros, y he tenido oportunidad en los Estados

Unidos de conocer jefes de sección de diversas manufacturas que habían sido millonarios, y viceversa, millonarios que habían comenzado por ser jefes de sección de manufacturas.

En la Unión Americana hay, como en todas partes del mundo, socialistas que quieren la normalidad de relaciones entre el capital y el trabajo, idealizaciones en la vida económica de los pueblos que hacen recordar á los madrigales de los poetas. Otros, en cambio, claman por la conquista de los derechos del hombre en una forma de desenvolvimiento paulatino de la sociedad, persiguiendo este alto ideal en el terreno práctico del orden político primero, para llegar más tarde al orden económico.

El mismo Vandervelde termina por estar de acuerdo en que «la amplitud de esta revolución tiene que ser el resultado de una serie larga y compleja de variaciones parciales», y agrega: «Las transformaciones bruscas no pueden ser profundas; las profundas no pueden ser bruscas.»

Entremos, pues, ahora á analizar ligeramente la característica de la evolución social obrera en los Estados Unidos. Debo referirme á datos tomados durante mi última estancia en la Unión hace próximamente dos años. Las estadísticas no las tengo á mano, pero puede deducirse que el aumento ó disminución relativos de las cifras no perjudica al criterio que el lector pueda formarse sobre los movimientos obreros.

En la oficina de trabajo de Wáshington me fueron proporcionados todos los antecedentes de información que requerí. De un grueso volumen de estadísticas donde se registra la marcha progresiva del aumento de las huelgas en la Unión, resulta que en una década de los años 1896 á 1905, el número de huelgas ocurridas en la República del Norte llega á la increíble cifra de cuarenta y tres mil, con la agravante de que en los últimos años las federaciones obreras han hecho de las huelgas parciales huelgas generales, con el paro en el trabajo, y lo que es más grave aún, el *boycotage* á los fabricantes, que se ha hecho tan común en los Estados Unidos como medida de fuerza esgrimida por las asociaciones obreras, tan perjudiciales, que ante su amenaza han de transigir muchas veces los fabricantes. El *boycotage* se está también generalizando en Sud América.

Tuve oportunidad de encontrarme en Wáshington en los días precisamente en que anotaba estas cifras estadísticas, cuando estalló la gran huelga de Chicago, produciendo tal alarma en el gobierno por la forma agresiva que habían adoptado los huelguistas, que el despliegue de fuerzas en la capital fué tan grande, que parecía en plena época de su guerra civil, pues al movimiento de Chicago siguieron otros muchos centros manufactureros de la Unión, y el gobierno se vió en serios apuros para reprimir los graves desórdenes que promovían los huelguistas.

Tienen la dirección de estos movimientos multitud de asociaciones obreras, con su federación perfectamente organizada, y algunas bajo la dirección de *lawyers* (abogados) sumamente prácticos para encauzar bien estos movimientos y llegar así fácilmente al *arbitraje*, hoy muy en boga en los Estados Unidos, y que es mirado con simpatía, tanto por los patronos como por los obreros.

Las asociaciones tienen sus reuniones periódicas, que alternan con fiestas familiares, y no son muchas de ellas exclusivamente de resistencia ni menos afiliadas á sectas socialistas, que tergiversen los propósitos de sus asociados. Son los americanos sumamente prácticos en este terreno, y no consentirían en servir de pasto á explotaciones doctrinarias, que al fin y al cabo ningún beneficio les reportarían en lo que ellas persiguen, en lo que afecta exclusivamente á sus presentes exigencias.

Los patronos, por su parte, fomentan estas asociaciones, se entiende, los que proceden inteligentemente: hay quien las ha prolongado dentro de sus mismas fábricas, y he tenido ocasión de conocer sociedades obreras, á la vez recreativas, con su salón de lectura, biblioteca y teatro, dentro de la misma manufactura. Éstas tienen sus relaciones y compromisos, que cumplen estrictamente, con las sociedades de resistencia de la Unión, que las hay de muchas clases, unas simplemente convulsionadoras, que en nada benefician á la familia obrera. En estas sociedades, como sucede en Sud América, el ele-

mento rojo, el revolucionario, llega por lo general de Europa: es intransigente, las más de las veces escasamente intelectual, y encuentran, á poco que han exteriorizado sus propósitos y sus doctrinas, el vacío y el aislamiento entre el elemento sano de las fábricas, y se entregan entonces á explotar la ansiedad de mejora que experimentan las clases pobres, las desheredadas, que las hay en abundancia en forma increíble, sobre todo en Nueva York. Son sus afiliados y entusiastas colaboradores en esta mala obra, los vagos de sombrero de paja en pleno invierno, y con un formidable *yaquet* á guisa de sobretodo, que se pasean tranquila y lentamente por Broadway, de cuya avenida se empeñan en no salir hasta que el frío de la noche les corre y se escurren entre las calles solitarias de la gran ciudad en dirección á sus madrigueras.

Estos ociosos de oficio, viciados, escuálidos algunos, son los que concurren á las sociedades rojas; allí peroran, y en un par de horas han modificado el mundo.

Estos vagos, que Gibson ha caricaturizado tan graciosamente en muchas revistas de la Unión, son en parte obreros, que trabajan á destajo, por lo común en las estivas, ó por un tanto en obrajes, pero en cuanto tienen unos pocos céntimos, Broadway les cautiva, les fascina, y se entregan al dulce placer del lento y majestuoso paseo. Tal cual los perfila Gibson, tienen la apariencia de un *gentleman*, con toda la gravedad y tiesura yanqui.

La mirada vaga, indecisa, sin un propósito nē programa en la vida; si no tienen dinero saben algunos que lo encontrarán allá en los *tenement houses*, donde sus pobres mujeres cuidan de sus hijos, hacen la faena del hogar y todavía se dan tiempo para trabajar en costuras para algùn *magazin* de ropa hecha. ¡Á cuántas de estas desgraciadas sorprende la aurora, la mala aurora para ellas, sin luz y sin aire muchas veces, en esos antros que no parecen viviendas, donde se aniquilan las fuerzas y se pierde insensiblemente la vida! Y todo por culpa de la organización de la sociedad, dicen los socialistas, cuando el esposo de esa desgraciada prefiere pasearse, vagabundo incorregible, por Broadway, sabiendo que á pocos pasos de allí tiene el trabajo donde puede ganar honradamente el pan para él y sus hijos. Y son estos individuos los que se titulan precursores de la revolución social, los continuadores de la obra de Saint-Simón y de Fourier y los que hacen sonar el somatén de alarma en las ciudades laboriosas, para reunir prosélitos, que resultan ser la escoria social de los pueblos, esa resaca que dejan siempre las crecidas de los ríos sobre la orilla, ó pegadas á las cercas de los prados que inundan.

Es eso lo que ha desprestigiado y hecho casi desaparecer, en bien de la humanidad, el socialismo revolucionario, y pensamos, con el maestro Labriola, que nos vamos acercando al socialismo del Estado, por el amor á las instituciones democráticas, por las prácticas cívicas que son una conse-

cuencia de la libertad, y hacia las que el socialismo científico va marcando un derrotero, para llegar así evolutivamente á la reforma social.

El alojamiento del obrero en los Estados Unidos, que es siempre mucho más higiénico y cómodo que el de la clase trabajadora en el Brasil, Chile y la Argentina, da una idea del pauperismo americano, y lleva al ánimo del que visita sus grandes ciudades, que no todo es Jauja en la tierra de los dollars. Tal vez esto obedece á múltiples causas, por ejemplo, á herencias atávicas de cierta desidia sajona, que como sabemos tiene en Londres desde hace siglos sus barrios predilectos, en los que los miserables se anidan como en un último refugio, y donde varias generaciones viven aún la vida miserable de sus antepasados.

El espectáculo de Broadway, repetido en Boston, reaparecido en épocas en Chicago, en los centros fabriles del Sud, como Saint-Louis y Nueva Orleans, sobre todo en el mismo Nueva York, deja, como he dicho, una impresión lastimosa y el convencimiento de que la situación del obrero en los Estados Unidos no es lo que los optimistas extranjeros refieren y lo que los mismos yanquis pregonan por medio de sus agentes consulares en informaciones telegráficas que se registran con frecuencia en todos los diarios del mundo. Y es de imaginar con alguna pena lo que será Nueva York después de la última catástrofe financiera.

El gobierno, que es en los Estados Unidos un

decidido amigo de su pueblo, como que encarna su más democrática representación, no ha olvidado todas estas miserias, y sus órganos oficiales, cuando han estudiado con ánimo imparcial estas desarmonías del progreso creciente de la nación, han atribuido el pauperismo neoyorkino á causas más morales que sociales, á cierta idiosincrasia é inclinación de la humanidad, en todas las razas y en todos los grandes centros, á la perversión y al abandono que hace el individuo de sí mismo, hasta adquirir el hábito de la holganza, tal vez cuanto mayores son las facilidades que tiene para ganarse la vida.

En ninguna parte del mundo, no diré el obrero, el individuo, trabajador ó no, está más protegido por la sociedad que en la Unión Americana. Los hospitales seccionales, los refugios nocturnos, las casas de trabajo para las mujeres, las asociaciones encargadas de procurarles ocupación honesta y bien remunerada; en fin, un sinnúmero de instituciones humanitarias, el viajero las encuentra en las grandes ciudades americanas, ostentando inmensos letreros, para que el necesitado las encuentre sin verse precisado á preguntar dónde están establecidas.

Y á la iniciativa particular va unida la acción oficial, con buenas subvenciones acordadas á estas sociedades de beneficencia pública, dictándose de continuo leyes de protección al obrero, regulando las relaciones entre el patrono y este úl-

timo, hasta el punto de conceptuarse su legislación social una de las más equitativas y precisas del mundo.

Y con todo esto, la impresión dominante es que para el obrero en los Estados Unidos, en el peor de los casos, como acontecerá por muchos años aún en Sud América, su condición y su porvenir serán siempre, bajo todo punto de vista, mucho más desahogados é indiscutiblemente más ventajosos que en Europa.

Al ocuparnos de los Estados Unidos industrial, hemos tenido ocasión de indicar la conveniencia de proceder á la reforma ó ampliación de las leyes de fondo, para corregir así deficiencias de legislación que se dejan sentir en Sud América hace tiempo en lo que atañe á la cuestión social, lo que se está ya haciendo en la Unión Americana.

Y pensamos que fomentando también en el pueblo las inclinaciones al ahorro y á la temperancia, se obtendrían muchos más resultados prácticos que sustentando ideales de reformas, que resultan inútiles sin la colaboración normal del individuo en las sociedades, sobre todo en los grandes centros, donde los medios de vida son aún más difíciles.

Y sobre todas las propagandas, inculcad en el hombre la ley del amor, esa ley suprema del vínculo que ha generado el altruísmo, y que es tan grandemente hermosa, cuanto amando á nuestros semejantes, les hacemos más llevadera la pesada cadena con la que el hombre, esclavo de su traba-

jo, es, por una organización ya indestructible de la humanidad, el eterno prisionero del capital, y más aún el esclavo del más grande y humillante de los capitales, el talento de quien con sus dotes naturales ha sabido surgir entre el vulgo.

¡Que no resulte, pues, el socialismo rojo é intransigente el grito de los incapaces!

---

## Cómo viajan los norte y sudamericanos

---

**El turista norteamericano.—En los trasatlánticos y ferrocarriles.—La vida del hotel.—El sudamericano en viaje.**

Un año de permanencia en los Estados Unidos viajando casi continuamente, ora en trasatlánticos, ora en ferrocarriles, me hizo comprender que los americanos del Norte son geniales hasta en sus viajes, destinados al descanso absoluto en primer término, á la ligera observación artística después, á breves y prácticos estudios industriales en su mayoría, buscando siempre modificar en su región lo que conceptúan rutinario ó perjudicial. Los trenes del Oeste llegan repletos de turistas que se dirigen á Nueva York, á Filadelfia y á Boston. Muchas veces familias enteras que se instalan en los salones de primera clase, la única conocida en los Estados Unidos. Estas familias, algunas de las que deben recorrer varios cientos de kilómetros y permanecer algunas semanas en los puntos de destino,

llevan como equipaje una maleta por cada individuo que viaja.

Pregunté á un amigo, persona de buena posición en Chicago, cómo se las compondría si fuese invitado á una fiesta en Nueva York, donde se dirigía con su familia, llevando el equipaje que indico anteriormente.—Pues es muy fácil—me respondió—. Si se trata de un baile, las señoritas adquieren su traje en algún *magazin* de ropa hecha, que los hay en abundancia en Broodway; todo será cuestión de gastar unos treinta ó cuarenta dollars. Es tan barato el trapo para la mujer en la Unión, y les agrada vestir tan sencillamente á nuestras hijas, que ha dejado de ser un problema para nosotros el vestir las.

En efecto, aquellas tres americanas, á las que tan pronto encontraba juntas como solas en los teatros neoyorkinos, me parecieron siempre irreprochablemente ataviadas, pero observé que no cambiaban casi nunca la falda, que era de lana, y sí la blusa, que á veces la llevaban de seda, según el sitio á que concurrían. Su mejor adorno eran las flores. Las flores, con todo su perfume, con toda su belleza y esplendor. Dos ó tres manojos de rosas, de casi media vara de largo, con todas sus hojas, con todas las rosas y capullos que pendían de sus tallos, cruzados al pecho. Opinan que no se debe maltratar á la Naturaleza, alejándola lo más posible del artificio. Así ellas hacen la competencia á las flores en frescura, en belleza y sencillez.

El americano en viaje es muy exigente en dos cosas: le agrada que los trenes sean puntuales en sus horas de partida y de llegada y encontrar toda la comodidad necesaria en los hoteles. En este último punto, confieso que han sido complacidos. En lo que respecta á la velocidad de los trenes, llega á veces hasta noventa ó cien kilómetros por hora, pero no son siempre exactos en sus horarios.

En el hotel, el americano encuentra todo lo que necesita para él y su familia. Los hay, tanto en el Norte como en el Sud, en los que poco falta para que le ofrezcan á uno calzado ó sombrero: tienen el teatro en el mismo edificio, y en caso de no tenerlo, pueden adquirirse en el hotel las localidades. En los mismos hay estenógrafos, escribidores á máquina, aseguradores contra accidentes, intérpretes, guías, un escribano público, médico, abogado disponible, telégrafo, teléfono, en algunos hasta un club donde no os será difícil obtener una tarjeta de transeunte, etc., etc.

El americano se complace en la independencia más absoluta, tanto en el hotel como en el *pullman car*, ó en el trasatlántico. Sale á descansar, á distraerse, y le sería mortificante ocuparse de los demás, y aun de su propia familia en muchos casos. De ahí que acontece pasar ocho días en un barco, en compañía de una señorita americana, á todas horas, en la mesa, en cubierta, en la biblioteca, encontrarse uno próximo á los padres, y no ocurrírsele

á ésta molestarles con una presentación, que al fin y al cabo no tendría objeto alguno, y sobre todo tienen buen ojo para decidirse á hacerlo en el caso de comprender si esa introducción pudiera tener resultado práctico.

He viajado en uno de los grandes barcos de la *Hamburg Amerika Linie*, en la flota de los Estados Unidos á Europa, con casi la totalidad de pasajeros norteamericanos. El viaje resultó una delicia. Diríase que el trasatlántico pertenece todo entero á cada uno de los viajeros; tal es la independencia de vida de todos ellos. En la cubierta, el espectáculo es digno de observación. Si no conociese el temperamento americano, pensaría que la pereza es una cualidad de su raza. Instalado en su silla, cubierto con su manta, su mirada vagando en el espacio, sin parar mientes en el que pasa, entregado á la lectura en ocasiones, dormitando otras, la vida abordo para él es una perpetua modorra, un verdadero descanso á tanta fatiga pasada en las ciudades.

Recuperadas en parte las fuerzas con un descanso de dos ó tres días, si es invitado á reunirse un rato en el salón para hacer música, para cantar, por ejemplo, aunque no lo haya hecho jamás en su vida, tratará de hacerlo de la mejor manera, en la convicción de que sus compañeros no emitirán sobre sus condiciones vocales ni un concepto en pro ni en contra. Reirán un rato si lo ha hecho muy mal, y uno de los presentes se meterá en seguida

en otra aventura lírica, pues á las damas les agradan mucho estas chacotas. Después, un número serio á cargo de alguna aficionada y un rato de charla, y á media noche á descansar. Todo con la más encantadora sencillez, procurando así no ocasionar la menor mortificación al espíritu, ansioso de la mayor tranquilidad.

Los días se suceden tan descansadamente, que al final del viaje habremos renovado en parte las impresiones de nuestro espíritu con nuevas y muy diversas emociones, para emprender el turismo de tierra, no exento de inconvenientes y un poco más agitado que en la pacífica modorra de abordó.

En cambio nosotros, los sudamericanos, cuando resolvemos emprender un viaje, lo anunciamos en primer lugar con seis ú ocho meses de anticipación. Si es un hombre, menos mal, se limitará á mortificar á todos los amigos que encuentre á mano en los tranvías, en los cafés, en los teatros, etc., para comunicarle que saldrá dentro de cinco meses para Europa, que recorrerá tales ó cuáles ciudades. Buscará amigos periodistas ó personas que conozcan á éstos, para que el país entero sepa que partirá en Junio para Europa.

Si se trata de una familia, el viaje se resuelve con un año de anticipación como minimum. Los preparativos se suceden de Enero á Enero. El pobre padre es la víctima expiatoria de esta peregrinación á la Meca. Todo el mundo, menos él, está autorizado á disponer en la casa si los muebles

se han de dejar en depósito, si conviene vender algunos; de lo que se ha de comprar en el extranjero, de que si convienen más los barcos franceses, ingleses ó alemanes, si se debe salir en los meses de moda, etc.; de manera tal, que si no hubiera momentos de tregua, que son los consagrados á mortificar al prójimo con las despedidas, resultaría aquel viaje insoportable para el jefe de la casa.

Una amiga me refería de cierta familia que fué á despedirse diez y ocho veces, en tantas quincenas consecutivas, que suman nueve meses, por aplazamientos inevitables, hasta que al fin el viaje se realizó, regresando los viajeros ¡á los tres meses justos al lugar de partida!

En lo que respecta á los hábitos de los sudamericanos á bordo, resulta aún más interesante. Un poco fastidiado ya de ciertas inconveniencias, hablaba con mi amigo el doctor X de ensayar hacer un viaje en alguna compañía que no fuera la que transporta á nuestro *elenco* habitual de viajeros á Europa. Me indicó los trasatlánticos ingleses, que ofrecen el halago de la independencia más absoluta á bordo.

El consejo habría sido puesto en práctica á no ser por un amigo que insistió en que le acompañara en uno de los trasatlánticos de moda.

Entonces pude apreciar la excelencia de mi viaje con los yanquis, ya que los anteriores á Europa no me procuraron la oportunidad de la comparación.

Diríase que entre nosotros el chisme se enseño-rea dondequiera que ponemos nuestra planta. Si se agrega al chisme la incultura, hábilmente escamoteada en los primeros días, en que el estiramiento un poco *rastaquoere* retiene tiasas y aparentemente irreprochables á las gentes, para desatarse después en incorrecciones, la impresión que llevamos al ánimo de los extranjeros es penosa para nuestra soberbia latina.

En uno de esos viajes, ante escenas de mal gusto, de gritos y de burlas mortificantes, un caballero extranjero preguntó si ese era el modo habitual del gran mundo sudamericano.

Se le contestó que era ese el temperamento criollo, inoculado de la vibrante gracia española, que se filtra en los ojos de la mujer viva y ardiente, en el grito las más de las veces ensordecedor é irritante para los nervios, pero muy saleroso, y acabóse por último en confesarle con cierta humillación, ante la realidad abrumadora del caso, que aquello estaba mal hecho, que se corregiría con el tiempo, que era todo cuestión de nuevos hábitos que se irían adquiriendo poco á poco con los buenos ejemplos.

En efecto, hoy comprendemos que es asunto de educación solamente.

Conviene que se corrija en beneficio de todos los que tenemos el hábito de viajar. Lo exige la comodidad y tranquilidad del pasajero, que es vecino de mesa ó de cavina, del que desea pasearse

tranquilamente en cubierta, del que permanece en el salón de lectura ó del que quiere escuchar un poco de música.

Esta es la impresión dominante que en conjunto se guarda después de un viaje en compañía de los sudamericanos, sin dejar de apreciar que hay muchas familias que tienen el hábito de los viajes y que están con la misma corrección abordo de un trasatlántico que en el vestíbulo de un hotel, los mismos que al llegar á París, y al alquilar un departamento, preguntan primero si habitan en la casa muchos compatriotas, y se instalan con preferencia en el hotel que hospeda el menor número de éstos.

Por lo demás, el alma criolla es buena en el fondo, y estoy por creer que el aire del mar es culpable en parte de estas irritaciones del temperamento sudamericano, que les hace dañinos sin quererlo, mortificantes, porque no se aprecia tal vez el alcance de su gracia y de su chiste incomparable, y por último, aparentemente guarangos, porque no se interpreta la elegante sencillez que les caracteriza.

Pero con todas estas excelsas condiciones, optamos por la modificación, francamente la aconsejamos, y creemos que escuchada esta insinuación, se apreciarán las ventajas que ofrecen las prácticas norteamericanas.

---

# Estados Unidos industrial

---

**Proteccionismo y libre cambio. — Los bills Mac Kinley.—Demócratas y republicanos.— Lo que conviene hacer en Sud América.— Deficiencias de la codificación actual.—Legislación social.**

Dos cuestiones de trascendental importancia se debaten desde hace muchos años en los Estados Unidos, que giran alrededor de su engrandecimiento industrial: el proteccionismo y el libre cambio, problemas que han preocupado la atención de los hombres más eminentes de Sud América, y á los que nuestro inolvidable Pellegrini consagró repetidas veces las mejores intenciones de su diversa actuación pública.

Conviene al presente sudamericano, en su actualidad económica, el régimen seguido por sus gobiernos respectivos; ¿cuál sería el más provechoso para un futuro industrial en Sud América, no lejano para naciones que, como la Argentina, han tenido un asombroso desarrollo de producción fabril en estos últimos años? Es esto lo que trata-

remos de estudiar haciendo una breve reseña del proceso económico en los Estados Unidos desde el bill Mac Kinley, con la brevedad que los reducidos límites de un capítulo permiten y como reflejo de una impresión recogida en la misma Unión americana, cotejadas sobre el terreno, las ventajas que uno ú otro sistema presentan al proceso industrial de la gran República del Norte.

El bill Mac Kinley vino, como se sabe, con el apoyo decisivo de los republicanos, á destruir toda la acción metódica de los demócratas en el sentido de implantar el libre cambio, con el propósito de disminuir las colosales rentas de las aduanas americanas, que producen *superavits* considerables, condenados á un estancamiento improductivo dentro de las eternas economías del Tesoro público. Los librecambistas habrían triunfado á no ser por la resistencia que á sus pretensiones presentaron las legiones fabriles de la Unión americana, valientemente encabezadas por los republicanos y con el valioso auxilio de los millones puestos á su disposición por los grandes fabricantes. Esto trajo, como he dicho, el famoso bill Mac Kinley, tan brillante como prolijamente analizado por el doctor Pellegrini bajo sus dos fases principales: la elevación de las tarifas en los derechos aduaneros para la introducción de la mercancía extranjera, y por otra parte, por una serie de medidas administrativas, hábilmente ideadas para abatir á los importadores, atendiendo en algo sus exigencias dentro

de ciertas limitaciones, que el presidente americano hábilmente urdió con el acuerdo de sus ministros de Estado, declarándose así solapadamente en los primeros tiempos una política proteccionista que habría sido, con todo, feliz en la práctica para el progreso increíble de la Unión en estos últimos años, si el abuso de los *trusts* no hubiese venido á entorpecerla con el último desastre que aflige hoy á sus audaces hijos.

El bill que se refería á las tarifas, elevaba ó reducía al arbitrio del gabinete americano la introducción de ciertos productos extranjeros, teniendo en cuenta el incremento ó desarrollo de cada industria en la Unión. No nos detendremos á citarlas en sus detalles, porque harían demasiado extensos estos ligeros apuntes, pero haremos constar que á medida que el desarrollo industrial de la Unión lo ha ido requiriendo, el bill de tarifas se ha ido modificando, facilitando en todo lo posible el advenimiento de las nuevas industrias yanquis, sin dejar de complacer á los librecambistas, no tocando para nada muchas de las tarifas exiguas que existían ya con anterioridad al bill que nos ocupa.

La misma habilidad, como dice el doctor Pellegrini, que sirvió para urdir el plan seguido en la implantación de las tarifas aduaneras dentro de un sano patriotismo, se entiende, se puso en práctica para confeccionar el plan administrativo que había de dar en tierra, como hemos dicho, con las pretensiones de los partidarios del libre cambio.

En efecto, se impusieron un tal cúmulo de trabas á la *importación*, en forma tan hábil, que no era difícil para los republicanos urdir una argumentación convincente contra las imputaciones que se les hacían, tocando la fibra patriótica, por medio de sus más caracterizados órganos de publicidad. Y estas polémicas, aunque no llevaban el convencimiento al ánimo de los estudiosos que dirigían la política contraria al proteccionismo, eran lo suficientemente persuasivas para el pueblo, que veía en la política de los republicanos promesas de su bienestar futuro, sobre todo en el elemento trabajador, el obrero, cumpliéndose, en efecto, los vaticinios de los más optimistas sobre los éxitos probables de la política proteccionista. Hoy, la prosperidad industrial de la Unión no deja ninguna duda sobre el particular.

Para evitar que por medio de los abusos pudiera defraudarse la acción uniforme y metódica del proteccionismo, los republicanos establecieron multas considerables, que hoy aun subsisten, con las que se castigaba á aquellos importadores poco escrupulosos en hacer las declaraciones sobre las mercancías que introducían, algo muy común en los Estados de Sud América, imponiendo una multa que no es menor de cinco mil duros, ó prisión de dos años, ó ambas penas á la vez, siempre que el tribunal así lo resolviese, confiscándose también los productos introducidos bajo falsa declaración, como se hace hoy en nuestras aduanas.

Resumiendo: el proteccionismo cuenta también con la fiscalización de los peritos aduaneros, perfectamente instruidos por la superioridad, de modo que á ellos está encomendado el justiprecio de la mercancía introducida, atendido el valor de la materia prima, la mano de obra, gastos de transportes, embalaje, más el ocho por ciento que se carga sobre el costo total de la mercadería. Así, en esta forma, la industria norteamericana se ha garantizado contra la producción extranjera, sobre todo contra la competencia de Alemania, que si bien ha disminuido un poco en ciertos artículos nobles, la cerca con la introducción de una cantidad de utensilios y objetos de bazar, que á la industria americana no le es posible competir, por la diferencia enorme entre el jornal que se paga en Alemania y el jornal que el obrero exige en los Estados Unidos. Con todo, la industria alemana comprende la guerra que se le hace, y á estas causas no son ajenos los odios y rivalidades, que cada día se van haciendo más intensos entre estos dos grandes pueblos industriales del mundo.

Surge, pues, el eterno problema de la producción. ¿Conviene ó no la política proteccionista en Sud América, cuidándonos nosotros de los americanos del Norte, como ellos se han cuidado de los mercados europeos? Las nacientes industrias criollas merecen indiscutiblemente la protección por parte de sus respectivos gobiernos, y así, los propósitos de Blaine, exteriorizados abiertamente,

como decimos en otro capítulo de este libro, en los diversos Congresos Panamericanos, y por los que han secundado su política de abrir nuevos mercados á la Unión, en detrimento del intercambio comercial que mantenemos actualmente con las naciones europeas y en perjuicio de la naciente industria nacional, nos encontraría también preparados para una eficaz defensa de nuestros bien entendidos intereses.

Pero no olviden los jóvenes sudamericanos á quienes les esté encomendado el estudio de estas complejas cuestiones en el futuro, que antes que aconsejar á sus países respectivos la implantación de cualquiera de los dos sistemas indicados, deben analizar primero con criterio científico, libre de apasionamientos, esta compleja cuestión, que es en los Estados Unidos un motivo de programa político con propósitos partidistas, extremados hasta la exageración, en detrimento tal vez de otros graves intereses que afectan á la noble producción del país, cerrando á la industria toda otra competencia, que les hubiera procurado una relativa perfección en los artículos elaborados.

La elaboración industrial tiene indiscutiblemente sus grandes halagos, entre éstos la facilidad con que se levantan las fortunas en los Estados Unidos, pero no deben olvidarse las fuentes de la verdadera producción de los países de Sud América, las que deben explotarse primero, desempeñando de esta manera el papel que corres-

ponda á cada pueblo en el concierto económico del mundo.

Nosotros, por ejemplo, los argentinos, somos un pueblo eminentemente agrícola y ganadero. Tenemos aún grandes zonas inexplotadas donde puede ejercitarse la actividad de todos los que lleguen á nuestro país con anhelos de trabajo. ¿Para qué entonces apresurarnos á hacernos un pueblo industrial? Dejemos ese campo de acción franco para las naciones de Europa, con sus campañas extenuadas, con el cansancio de la labor continuada de los siglos, y á las pretensiones del mercado norteamericano, que quiere desvincularnos de la vieja Europa, que ha sido durante tantos años el factor principalísimo de nuestro engrandecimiento, debemos oponer la política comercial más sana posible, no estableciendo preferencias de ninguna clase.

En esta forma pienso que hemos de hacernos más grandes y poderosos. Así los americanos han de tratar de acercarse á nosotros cuanto antes. Y al canal de Panamá, que la ambición yanqui está convirtiendo en una hermosa realidad para América, seguirá el ferrocarril Panamericano, que engrandecerá á nuestros hermanos del Pacífico, llevándoles toda la savia de la civilización yanqui, su bello ejemplo de tenacidad en el trabajo, que tanto prestigio ha derramado sobre su raza, á la que el mundo entero admira y ensalza.

Después de los dos puntos que dejamos ligera-

mente insinuados, vienen las otras cuestiones igualmente complejas que trae aparejado el desenvolvimiento industrial en la nación americana, como acontece en parte ya en la República Argentina, donde el asombroso desarrollo industrial de estos últimos años nos obliga, si no á estudiarlos en este capítulo, á indicarles someramente á la meditación de los estudiosos. Entre ellos los relativos al capital con el trabajo, los accidentes ocurridos á los obreros en los talleres, la labor de la mujer y de los niños en las fábricas y las múltiples cuestiones que están en los labios de todos, y que se exponen á diario en la prensa de todos los países á la consideración de los hombres de pensamiento, para que éstos á su vez aconsejen las medidas más eficaces, para modificarlas en un sentido favorable á las legítimas aspiraciones populares.

El estudio de estos complejos problemas, ya no del futuro, como dicen los idealistas, sino muy del presente, que es necesario resolverlos inmediatamente, so pena de complicar el proceso político y económico de América, no puedo sustraerme á fijarlos dentro de un campo de acción más conteste con mi profesión de abogado, á la que mis inclinaciones de sociólogo vincula siempre el derecho actual, achacando á la deficiencia de nuestra legislación la mayor parte de los males que, tanto en la América joven como en el resto del mundo gobernado por leyes vetustas, afligen á la humanidad.

Las sociedades modernas, con otras exigencias,

con otras inclinaciones, y cercadas por todos lados con el despertar de nuevos ideales, tienen forzosamente que sentirse molestadas dentro de los estrechos límites que les tienen señalados nuestros Códigos, anticuados ya, sin solucionar una sola de las graves cuestiones modernas, que tanto afectan á la normalidad del desenvolvimiento de las naciones. ¡Estas leyes son toda una aberración!

El Derecho civil tiene forzosamente que encaminarse en la nueva senda de las relaciones económico-sociales, haciéndose cuanto antes por los gobiernos de Sud América, como ya han insinuado los legistas americanos, una revisión completa legislativa del Código civil en armonía con las necesidades contemporáneas, las exigencias colectivas y los ideales juridico-sociales de nuestro tiempo. ¿Cuál es la base de nuestra legislación civil actual? El Código napoleónico en su mayor parte, en el que está inspirado el Código Freitas, anterior al nuestro. El talento indiscutible de nuestro eminente codificador abarcó todos los puntos ideables en su época, pero con toda la previsión con que éste hubiera redactado el Código, no es posible que pudiera haber llegado hasta imaginar la evolución rápida y trascendental que se opera hoy en el mundo, lo que el gran Rossi llama «la revolución social y la revolución económica».

En efecto, sin entrar á estudiar los conflictos que de la deficiencia de la legislación surgen entre el capital y el trabajo y sobre la misma asociación

del capital, no se nos negará que los Códigos actuales de toda la América del Sud, sin excepción alguna, apenas si inician esta cuestión, dando lugar á serios conflictos en el seno del poder judicial, en la estricta aplicación de una justicia que no está de acuerdo con la orientación actual de las sociedades en el mundo, causándose perjuicios á los litigantes, aun en la aplicación analógica de la ley, y á este respecto se cita el Código civil francés, el cual consagra un sólo artículo al contrato de trabajo, estableciendo únicamente que nadie puede empeñar ó comprometer sus servicios sino por tiempo ó empresa determinada (art. 1.780).

Dentro de la jurisprudencia que los Estados Unidos ha venido sentando hasta hoy entre los complejos casos de derecho que han ido surgiendo en su rápida transformación económica, habría materia más que suficiente para uniformar una legislación modelo que sirviera como punto de partida para las ampliaciones que reclama la legislación civil sudamericana.

En una de las sesiones de la famosa Comisión del Centenario en nuestro país, se presentó, si mal no recuerdo, un proyecto de un Congreso Jurídico Internacional. Tal vez el autor del proyecto se lamenta de las deficiencias de la legislación actual, y cree que prestando su cooperación intelectual cada República sudamericana, incluso los Estados Unidos, podría llegarse por lo menos á una exposición de crítica que determinara rumbos á seguir

en las modificaciones que se proyectaran para más tarde, desde que las necesidades en muchas repúblicas que marchan á la cabeza de la civilización en Sud América poco difieren entre sí.

En esta forma, la República Argentina podría dar el ejemplo de un sano espíritu de previsión, adelantándose á remediar los graves males que afectan hoy á las principales naciones de Europa, que se gobiernan aún por vetustas leyes del pasado, que hacen imposible conciliarlas con las exigencias de la vida contemporánea.

El anarquismo no es sino una explosión de estas imperfecciones, que es necesario apresurarse á corregir para evitar que nos invada en la forma de terror que azota hoy á poblaciones importantes de Europa.

Francia, Alemania, Bélgica, la misma Italia, van incorporando con todo apresuramiento nuevas leyes de complementación á las ya existentes, derogando algunas disposiciones anticuadas, y en lo que respecta á legislación social, atendiendo ampliamente las exigencias de la sociedad actual en los nuevos rumbos que la evolución indica, y que es necesario corregir en bien del colectivismo, que es la característica del presente siglo.

En otros capítulos de este libro hemos estudiado el proceso industrial de los Estados Unidos y de Sud América, señalando las deformaciones que se observan en algunas ciudades eminentemente industriales; las condiciones de los obreros, el tra-

bajo de los niños; en una palabra, las medidas de profilaxia social que es necesario adoptar en bien de nuestro semejante, atendiendo al espíritu altruista que se enseñorea hoy de la humanidad, derramando á manos llenas la bondad humana, que parecía alejada para siempre del corazón del hombre.

Excusamos, pues, insistir sobre aquellos tópicos ya tratados, que conceptuamos de capital importancia, y que nuestros legisladores no deben echar en saco roto, so pena de que comprometan la tranquilidad del país para más adelante. La revolución social no es la revolución política, que obedece á necesidades accidentales en la vida de los pueblos.

El triunfo, pues, del socialismo, lo repito, está en los Congresos; allí deben reflejarse los anhelos populares, llevando su representación á las Cámaras y cuidando de que éstas respondan en un todo á las aspiraciones de los electores.

Mucho hay que trabajar para obtener la sanción de una multitud de leyes que hace ya años que están en vigor en varias naciones europeas, leyes de tal importancia, que es inconcebible que países cultos y progresistas, como muchas naciones de América, no las hayan incorporado á su legislación.

La tarea no sería tan ardua; no habría más que hacer, como ya tengo dicho, un trabajo de adaptación, atendiendo al medio ambiente y á las nece-

sidades más precisas en las naciones sudamericanas.

Así nos habríamos incorporado al movimiento de reacción que se observa en el mundo, y que está consagrando más de una buena hora á esta grata tarea de subsanar deficiencias substanciales en esto de la legislación social, haciéndola previsorá, como también justa y equitativa.

---



# Norte y Sud América

---

## La presente y la probable política internacional del futuro

Mucho se ha escrito en libros, revistas y diarios sobre este tópico, y debemos confesar que coincidimos en parte con afirmaciones hechas por pensadores sudamericanos sobre la actual política de los Estados Unidos con las repúblicas de Sud América, pero discrepamos en absoluto en lo que se refiere á la política futura y á torcidos y malos propósitos atribuidos á la política norteamericana con respecto á los Estados sudamericanos.

Hemos tenido oportunidad de pulsar la opinión de los hombres de pensamiento de la gran República del Norte, leer su prensa, la conceptuada más seria de su periodismo, escuchar las manifestaciones de confraternidad del pueblo americano durante una larga permanencia en la Unión, y francamente, hemos traído el convencimiento de

que ni los Estados Unidos mismos conocen los falsos rumores que le atribuyen dañinas intenciones para el futuro en Sud América, y menos que se haya trazado un plan político internacional con respecto al continente Sud.

Nada de esto es siquiera remotamente serio ni posible. La misma tesis de policías internacionales insinuada por el presidente Roosevelt á propósito de las continuas revoluciones que se producen en Sud América, y que en su concepto eran la causa del estancamiento de su vitalidad y de su progreso, cayó, como se sabe, en el más grande de los ridículos, ante el propio juicio de los hombres más eminentes de los Estados Unidos. Cuando aquel desgraciado mensaje del presidente de la Unión, producto tal vez de un mal momento, sin haberse preocupado de analizar lo utópico, por no decir ridículo, de tal concepción, me encontraba en Norte América, y conservo aún en mi modesto archivo de documentos que recogí en aquel viaje y los recortes de los principales diarios americanos, contestes casi todos en ridiculizar la arriesgada proposición del presidente Roosevelt.

Este fracaso, que obligó á Mr. Roosevelt á enterrar su tesis, dejando caer sobre ella una pesada lápida de mármol, para no levantarla más en los siglos, parece ignorarla el barón de Río Branco, el distinguido diplomático brasileño, que llevó también á su país al más grande y penoso de los ri-

dículos, aun más vituperable por los móviles que pudieran haber inspirado la tal tesis al presidente yanqui.

No le perdonarán nunca al barón de Río Branco las pequeñas repúblicas sudamericanas, tan hermanas como las poderosas, el haber reproducido también, en un mal momento tal vez de su vida política, la tesis del presidente americano, llegando á afirmar «que las repúblicas de Sud América que aun no han aprendido á gobernarse, y que no cuentan con los medios necesarios para reprimir ó evitar las revoluciones y las guerras civiles, no tienen siquiera el derecho de su existencia, siendo en tal caso aceptable la intervención y hasta la absorción por las repúblicas más fuertes y mejor organizadas».

La tesis del barón de Río Branco es aún más atrevida que la de Mr. Roosevelt, y como digo, lamentable, ya que destruye el tan soñado vínculo de solidaridad sudamericana.

Ha olvidado el estadista brasileño que con las revoluciones han fundido su nacionalidad todas las repúblicas sudamericanas, que la revolución ha sido el crisol donde se ha depurado la conciencia popular, dejando atrás los residuos de los despotismos y de las tiranías; que de la revolución nació la libertad de América, y que la última convulsión trascendental que cambió para siempre la esencia del organismo político sudamericano, que aun conservaba un cetro dentro de sus entrañas,

fué también obra de la revolución, que concluyó con el último imperio en América.

Bien lo comprendemos. Buscaba el diplomático brasileño conquistarse con esta exhumación de la tesis Roosevelt, tan desgraciadamente ampliada por él, las simpatías tal vez del pueblo norteamericano, que parece interesar tanto al Brasil, olvidando que la desgraciada elucubración del presidente de los Estados Unidos pasó á mejor vida ante la fría indiferencia de su pueblo. Conocemos el patriotismo del pueblo brasileño, su amor á las instituciones republicanas, y debe haberle causado hasta repugnancia que de los labios de un compatriota saliera enormidad tal, que implica todo un atentado á la soberanía moral de las repúblicas sudamericanas.

Queda, pues, descartado este remoto peligro, que tan de cerca hería las susceptibilidades patrióticas de la República Oriental del Uruguay, donde, como en los Estados Unidos, como en el Brasil y en la Argentina, hay también hombres de Estado que piensan que la revolución, si bien ha sido un tributo rendido á la definitiva organización nacional en algunos Estados sudamericanos, buscando quizá las más de las veces el relativo perfeccionamiento colectivo, debe ésta eliminarse en el futuro, ya que ha dejado de ser una necesidad, para trocarse en ciertas ocasiones en un medio especulativo.

Los Estados Unidos, pues, no pensarán en inter-

venciones internacionales de este carácter en ninguno de los Estados sudamericanos, pero aplicarán probablemente, si llega el caso, la teoría de Monroe. Esta teoría ha dado también, en diversas ocasiones, motivo á polémicas y á juicios erróneos de la prensa sudamericana; se han atribuído á la teoría de Monroe graves peligros para el futuro de Sud América, que podían llegar á afectar su soberanía.

Se ha partido de un grave error. En otro capítulo de mi libro he tenido oportunidad de citar la contestación que dió el doctor Pellegrini á un periodista americano que le interrogó sobre lo que pensaba con respecto á la teoría de Monroe y si ella ocasionaba temores de alguna especie al pueblo argentino. El doctor Pellegrini se limitó á contestar que, por el momento, la teoría de Monroe le afectaba tanto á la República Argentina como podía preocuparle al Japón ó la China.

En efecto, la respuesta del doctor Pellegrini está perfectamente dentro de la verdad política.

La teoría de Monroe pertenece hoy por hoy exclusivamente al pueblo norteamericano, y todas las veces que sus hombres públicos han intentado universalizarla, haciéndola aceptar por las repúblicas sudamericanas, en los diversos Congresos Panamericanos que se han celebrado hasta hoy, ha surgido la dificultad de su aceptación por los representantes de las naciones de Sud América.

Es evidente que se hacía necesario antes que todo sellar para siempre el vínculo de solidaridad

entre las Repúblicas de Sud América, para que éstas pudieran amoldar la doctrina de acuerdo con sus intereses políticos, y es esto lo que hábilmente ha orillado hasta hoy la gran República del Norte, desde la famosa tentativa que en Wáshington hicieron los diplomáticos sudamericanos el año 1856, con el propósito de afianzar la soberanía é independencia de las repúblicas sudamericanas.

Posteriormente ha surgido la tesis Drago, más precisa, más concreta, que incorpora á la República Argentina en el planteamiento de los graves problemas internacionales que pudieran surgir en el futuro, buscando su fácil y pronta solución. La tesis Drago ha arrebatado á los americanos ese espíritu de exclusivismo en los asuntos que afectaban á los más graves intereses sudamericanos y quita á la teoría de Monroe toda esa nebulosa en que se creía envuelta la intención yanqui, que por mi parte he creído siempre, sin prejuicios de ningún género, ajena por completo á mezquinas ambiciones.

Y tanto ha sido honrosa para la República Argentina la tesis indicada, cuanto en el momento de ser ésta lanzada al juicio y comentario del mundo entero, todas las cancillerías sudamericanas habian callado ante el entronizamiento de la fuerza, oprimiendo al débil en las aguas de Venezuela, cuando tres escuadras coligadas exigian el pago de sus deudas. Sin embargo, todos conocemos el proceso de la organización del Congreso Paname-

ricano del Brasil, los propósitos mezquinos que se atribuyeron á la política internacional argentina, las manifestaciones hechas por el barón de Río Branco y los conceptos de la prensa de Chile, Bolivia, Perú y República Oriental sobre la actitud de nuestra cancillería. En ningún momento de su vida política, la República Argentina ha podido exhibir con más ventaja al mundo las excelencias de su espíritu eminentemente desinteresado y altruista. Ninguna época más próspera atravesó jamás la nación argentina para proclamar la doctrina que proscribe el empleo de la fuerza en el cobro de las deudas públicas ó consolidadas de las naciones. Pero acontece con las naciones lo que pasa con los individuos en las sociedades. La tesis argentina hería susceptibilidades de prepotencia, de avance, si se quiere, sobre influencias hegemónicas encontradas dentro del radio de acción en que algunos Estados pretenden desenvolver su política internacional, y por esto su tesis no era simpática á todos.

Y se ha llegado hasta reprochar á la Argentina que haya hecho gestiones por medio de su cancillería para que la doctrina Drago fuera incluida entre los tópicos puestos á discusión en el último Congreso Panamericano.

Queda á la República Argentina la satisfacción íntima de su conciencia de nación libre y próspera en Sud América, de haber dado un ejemplo de verdadera solidaridad sudamericana, robusteciendo así el vínculo de unión y fraternidad entre las nacio-

nes de Sud América, levantando su voz ante la opresión de Venezuela, y en la historia del mundo habrá siempre reservada por esta conducta una página de gloria, desde que fué la República Argentina la que aplaudió y ratificó con su concenso la franca actitud de su ministro de Relaciones Exteriores.

Se ha hablado también en estos últimos tiempos de que una acción común de los Estados Unidos, el Brasil y la Argentina convergía en sus propósitos de aislar el comercio de Europa con las repúblicas sudamericanas, abriendo así nuevos mercados á la industria creciente de los Estados Unidos.

Se complicaba hábilmente con el concurso de la prensa de Chile, del Brasil mismo, á la República Argentina, en una intención ó propósito que no ha estado nunca en la mente de sus hombres, sabiendo más bien la prensa toda de Sud América que la Argentina tiene sus puertos abiertos á todos los mercados del mundo, sin detrimento de los intereses comerciales de ninguna nación. Que la República Argentina no ha acordado tarifas de preferencias en beneficio de ningún mercado productor del mundo, y menos en detrimento de los intereses de las mismas naciones sudamericanas, porque ella hace práctico el vínculo de solidaridad en Sud América, lo mismo que en otra ocasión dió el grandioso y noble ejemplo al mundo de ostentar la tesis *de que la victoria no da derechos*.

Las tarifas de preferencia acordadas á los Es-

tados Unidos por el Brasil, herían intereses cuantiosos de los argentinos, y el Brasil las acordó en obsequio de la solidaridad de Sud América, de que tanto alardea su gran hombre público el barón de Río Branco, y en obsequio también de los cincuenta y seis millones de dollars, importe del café que los brasileños envían á los Estados Unidos todos los años.

Se ha afirmado por la prensa del Brasil que la tarifa fué acordada á título de reciprocidad, y que pueden los argentinos obtener iguales preferencias de parte del Brasil, siempre que nuestro gobierno se apresure á ofrecer análogas franquicias, argumentándose también, ridículamente, que aun con las ventajas concedidas á los norteamericanos, las harinas argentinas están en condiciones de hacer competencia al producto similar de la Unión.

Esto bien saben los brasileños que no es posible, y que su actitud, muy poco solidaria, perjudica enormemente al mercado productor argentino.

Es así como se diseña la política internacional norte y sudamericana del presente, y es de esperar que continuará siendo la política regular del futuro.

¡El dollar triunfando sobre la conciencia de algunos pueblos y de algunos hombres que los gobiernan!

Pero volvamos al comercio de Europa con los mercados sudamericanos, que tanto preocupa á los yanquis, y cuya desviación, en provecho de sus

productos, tácitamente aceptan los hombres políticos del Brasil, y que descaradamente ha apoyado la prensa de Chile.

Se ha dicho que los Estados Unidos está en magníficas condiciones para competir ventajosamente con Francia, Inglaterra, Alemania é Italia, que constituyen los principales mercados de importación y exportación en las repúblicas sud-americanas, especialmente de la Argentina. La afirmación no nos sorprende, y hemos tenido oportunidad de escucharla de labios de hombres de negocios en los Estados Unidos, y repetimos lo que manifestamos en la Unión acerca del particular cuando se nos ha interrogado sobre si la Argentina aceptaría la industria norteamericana: «Que si el producto similar americano hacía competencia al europeo, ofreciendo las mismas ventajas positivas para nuestro comercio, la República Argentina sería indiscutiblemente un excelente mercado consumidor.» Pero de ahí á que la República Argentina se comprometiera á secundar con el Brasil y Méjico una política de acuerdo con los Estados Unidos para desviar nuestras antiguas y tradicionales corrientes de comercio europeo, hay tanta distancia como la que existe hoy para que la aspiración yanqui, secundada por el Brasil, sea una realidad. Tan remota que, como han afirmado los hombres de estudio que se han preocupado de analizar este asunto, los Estados Unidos tendrán que vencer muy serias dificultades para

poder hacer una competencia ventajosa á los excelentes mercados europeos, sobre todo á sus rivales más homogéneos de producción, que son sus amigos los alemanes.

El Brasil puede acordar todas las franquicias que quiera á la Unión, pero la República Argentina conocè muy bien lo que más le conviene en este difícil problema yanqui á resolver en el futuro.

Conocen también los argentinos los esfuerzos de los americanos en este sentido, y han sabido descartar la parte lírica de los Congresos Panamericanos, que en síntesis no han tenido otro objeto que hacer trabajos de exploración para abrirse los yanquis nuevos mercados. Se recordará que en el primero, que se reunió en Wáshington, nuestro eminente hombre público el doctor Manuel Quintana hubo de oponerse, con la altura y energía que han caracterizado todos los actos de su vida, para alejar á Mr. Blaine de la presidencia del Congreso. Se lee con satisfacción su discurso en aquel entonces. Blaine, para dirigir con más acierto las deliberaciones del Congreso, pretendía que la presidencia del mismo le correspondía por derecho propio, y en esa forma las resoluciones adoptadas responderían en todo á la política que de antemano había esbozado el gabinete de Wáshington. En la misma forma insistió Mr. Blaine en el Congreso celebrado posteriormente en Méjico, buscando siempre las mayores ventajas para su país, en la aspi-

ración eterna de garantizar los nuevos mercados para la industria americana, alejando en lo posible al continente Sud de sus relaciones comerciales con Europa.

Y esta misma política de Blaine es la que sencillamente ha seguido Mr. Root en su último viaje á Río de Janeiro, después á Buenos Aires y por último al Pacífico.

Todas las suposiciones que se hicieron sobre el viaje Root á Sud América y la forma en que el Brasil por medio de sus grandes diarios quiso desviar el criterio sudamericano del verdadero propósito atribuido á la misión Root, le daba al Brasil un cierto cariz de complicidad con la política americana, que los actos posteriores del barón de Río Branco han confirmado.

Y Mr. Root hizo, como Blaine y como los que le seguirán en adelante, una visita de propaganda para su país y de simple exploración comercial, siendo esta la impresión dominante que su visita dejó en Buenos Aires, el centro de cultura más grande de la intelectualidad sudamericana. De ahí la indiferencia con que los hombres públicos argentinos miraron la celebración del Congreso Panamericano de Río de Janeiro, y mirarán los que se celebren en adelante, mientras la política internacional sudamericana no se encamine en otra forma, sin aceptar direcciones absorbentes, que no han de velar, es bien sabido, por los intereses ajenos, sin comenzar primero por casa.

En resumen, lo que se ha conseguido hasta hoy con esta política exclusiva de los americanos en lo que respecta á sus nuevos mercados, es despertar celos en las grandes potencias, á Alemania sobre todo, que cuando la misión Root á Sud América, puso los puntos sobre las íes tratando de las probables maquinaciones yanquis en la futura política con Sud América.

Alemania, como se sabe, sería la más comprometida por su comercio de exportación hacia Sud América, para la Argentina, Chile, Bolivia, etcétera. En cuanto á Inglaterra y Francia, vinculadas en Sud América, en particular con la República Argentina, sindicadas como sus principales mercados de importación y exportación, y que han empleado inmensas sumas en grandes empresas en la Argentina, poco les ha afectado la pretensión americana, porque cuentan, como ha dicho su prensa, con la proverbial sensatez de los hombres dirigentes de nuestro país.

No lo han juzgado así Italia y España. Las dos vinculadas en la Argentina, por la importancia de su comercio y de la gran emigración, la primera; por su creciente comercio actual y su inveterado odio hacia los yanquis, la segunda. Sus diarios más caracterizados se ocupan de cuando en cuando de este asunto, y hay quien se ha atrevido á acusar á la República Argentina de complicidad en esta política de exclusivismo americano.

Y para que se conozca hasta dónde la Europa

lucha por conquistar los ricos mercados sudamericanos ó buscar de cualquier otra manera posiciones ventajosas en lo que se ha dado en llamar el predominio en Sud América, cuando debía decirse simplemente la competencia comercial, citaré unas pocas líneas que tomo de un diario importante de Madrid, *La Correspondencia de España*, de fecha 4 de Diciembre del año 1907, á propósito de un banquete que fué dado en honor de un acaudalado caballero español, que ha hecho fácilmente fortuna en la Argentina, la tierra de promisión sudamericana. El artículo, que se titula «Toque de atención», comienza así: «La otra noche un gran español residente en la Argentina y de paso por España, don N. N., decía en un banquete dado en su honor, que la patria tiene *dominios espirituales en América*. Y aconsejaba que dediquemos gran atención á los problemas de la otra banda del Océano, porque es en las faldas de los Andes donde se encuentra nuestro porvenir. Conviene que el consejo sea divulgado, ahora que se habla de secesiones morales y se cierne sobre nuestras cabezas la aventura africana. Nuestro porvenir se halla en América, según el señor N. No es él solo quien así piensa.» Después el articulista se extiende en otros comentarios y nos ofrece el siguiente sabroso párrafo, del que no quiero privar á los sudamericanos y á los mismos españoles sensatos que no lo hayan leído. Dice así: «El latino y el sajón pelean allá como en todas las latitudes. En Méjico los elemen-

tos de origen ibero ven con alarma los progresos de la lengua y cultura yanqui. Y en la Argentina los *naturales* se han adaptado á la nueva vida, y para resistir á la avalancha, quieren que sea Buenos Aires la competidora de Nueva York. Pero aquellas hijas de España necesitan *un núcleo*, *algo* que estimule sus esfuerzos, que les *dé ánimos*, para seguir oponiendo Drago á Monroe. Y ese *núcleo* y ese *algo* ha de ser España. Nos va en ello nuestro verdadero porvenir. Somos y representamos todavía, pese á nuestros infortunios, porque un enjambre de naciones hablan nuestro idioma y *en él escriben*. Si perdiéramos eso, entonces sí que ninguna expansión africana podría indemnizarnos de secesión tan cruenta.»

El articulista, como se ve, teme, más por España que por los destinos de Sud América, la absorción yanqui. Francamente, que es un artículo desgraciado. Parece que ignorara el periodista español que los *naturales* de la Argentina están perfectamente organizados como nación, que es un pueblo eminentemente cosmopolita, que hay radicados intereses importantísimos de todas las grandes naciones del mundo, que los americanos del Sud son hoy un poder militar de consideración, y por último, que como todos los pueblos del orbe, obedeciendo á una ley que ha regulado la evolución de la humanidad en todo el proceso del mundo, forma hoy su lenguaje propio, su música, su literatura, ajeno por completo á otras influencias que

no sean el ambiente, y los elementos que á ella ha incorporado é incorpora á diario, la más moderna y tal vez más depurada civilización del mundo.

España no tendrá otro papel en América, en el futuro, que presentarse como competidora de las demás naciones que comercian en ella, y como dice el articulista, para la Exposición de 1910 en Buenos Aires, tendrá una preciosa oportunidad de convencer á los seudolatinos sudamericanos de que los únicos productos que le convienen, por su calidad y precio, son los suyos, quedándole el remordimiento de haber arruinado á las demás naciones que comercian con Sud América. Por lo demás, comprendemos que una buena intención ha inspirado al articulista aquellos conceptos, y la pluma, corriendo vertiginosa, como corre en España, donde se escribe tal vez demasiado y se hace muy poco, le ha hecho decir cosas que ponen en ridículo á su país. Pero no se apene el periodista español: estamos habituados los *naturales* de la Argentina á estas fantasías ibéricas, y crea que hasta nos agradan, prefiriéndolas á veces á los mismos cuentos de Taboada. Y no olvide aquello: «Tú que no puedes, llévame á cuestras.»

Como se ve por lo anterior, Mr. Blaine primero y Mr. Root después, con sus pretensiones de encauzar las corrientes comerciales de Sud América hacia las fábricas americanas, y los *naturales* de la América del Sud, con su mal tino de adaptar á su civilización todo lo que conceptúen bueno para

elaborar su futura grandeza, están dando malos ratos á las vetustas naciones europeas, que se incorporan pesadamente desde sus augustos sitios, empuñando las más sus cetros, ven, tal vez con pena, á la República triunfante en la democracia, en la libertad y en todos los grandes esfuerzos colectivos del trabajo, la industria y el comercio, con una facilidad de vida y de desenvolvimiento progresivo, que les hará pensar que tal vez algún día la Europa tenga que imitar á América.

Con todo, la política que se dibuja en el futuro con respecto de la América del Norte, creemos que no será otra que la de la competencia comercial de activa propaganda industrial, é insistimos en atribuir á los Congresos Panamericanos el carácter de una simple *réclame* de los yanquis.

Ahora bien, nos preguntamos: ¿qué convendría hacer á los *naturales* de la Argentina para contrarrestar esta influencia que quiere los Estados Unidos ejercitar sobre las naciones sudamericanas en lo que respecta á su prepotencia comercial para el futuro, y más aún para combatir con éxito las tendencias de predominio político en la dirección de los *affaires* internacionales con que nos amenaza un mal vecino?

Ya lo he dicho en otra oportunidad, precisamente al poco tiempo de mi regreso de los Estados Unidos, en un artículo titulado «Escuelas diplomáticas», que publiqué en *La Nación*, de Buenos Aires. Llevé á mi país, entre las buenas impresio-

nes en el orden económico, social y político de la Unión, la intensa que me produjera la perfecta organización consular de los yanquis y la faz eminentemente práctica de su diplomacia, reorganizada en estos últimos años, á la que atribuía gran parte de los triunfos y del prestigio de los yanquis en el extranjero, sobre todo en la América del Sud.

Y todo el éxito obtenido por los americanos estriba, como decía en el artículo de referencia, en la homogénea organización dada á su cuerpo consular y en la metódica preparación diplomática que se da á los cónsules en las escuelas creadas al efecto, sin cuyo requisito, salvo raras excepciones, no se permite en la Unión el desempeño de ningún cargo diplomático. En el supuesto de que los cónsules no hayan sido graduados en sus escuelas diplomáticas, reciben tales instrucciones de su departamento de Estado, que su acción es, en ese caso, metódico y uniforme en todo el mundo, produciendo los envidiables resultados que los yanquis han conseguido.

Entonces recordaba que una de las escuelas que más me hubo interesado por su organización, era la *Columbia University* de Wáshington, y transcribía el plan de estudios de aquella Universidad, en lo que se refiere á la sección de estudios diplomáticos. Como he dicho en otro capítulo de este libro, el gabinete Quintana discutió la conveniencia de su implantación en Buenos Aires, y

propuso ante el Consejo superior universitario la aprobación del «Proyecto de resolución», que en tal sentido había presentado poco tiempo antes en la «Conferencia universitaria» celebrada en la capital de la República.

Y refiriéndome á la conveniencia de su implantación en nuestro país, decía en el artículo citado: «Si se hiciera empalmar entre nosotros un par de buenas escuelas, una en La Plata y otra en la Capital Federal, con una oficina consular metódicamente organizada, tomando como modelo la establecida en la ciudad de Wáshington, en el *State department*, los resultados entonces serían mucho más favorables.

»El gobierno podría encomendar un estudio sobre las prácticas seguidas por la mencionada oficina á cualquier de los jóvenes argentinos preparados que viajan frecuentemente por los Estados Unidos. El mismo secretario de la legación argentina en Wáshington, á quien distraen por lo común habituales ocupaciones sociales, podría prestar este señalado servicio al país, enviándonos la última palabra sobre la organización del servicio consular americano, algo que sea posterior á lo que conocemos del malogrado García Mérou.

»Estos estudios, llevados luego á la práctica, constituirían una buena semilla que el gobierno habría arrojado al surco en tiempo propicio, y que daría más adelante muy buenos frutos.

»Nuestro futuro internacional no es difícil ima-

ginarlo para los estudiosos que se interesan por nuestros asuntos diplomáticos.

»Dos cancillerías se disputarán en pocos años el predominio comercial y político en el continente sudamericano, la de Wáshington y la de Buenos Aires. Los ferrocarriles proyectados, la invasión lenta, pero tenaz, de los capitales americanos empleados, y los que se dedicarán á la implantación de industrias en toda Sud América, debe preocuparnos.

»Nosotros tenemos también grandes arterias que alimentar en las varias repúblicas que nos rodean. El predominio del capital y de la iniciativa argentina sobre el norteamericano, aunque no sea más que ejercitándolo en lo limitado de nuestras fuerzas por el momento en las repúblicas más cercanas, debe constituir una aspiración del gobierno y del pueblo, que no deben olvidar que los puertos actuales del Atlántico y los que se construirán en el futuro, aproximarán enormemente á nuestros vecinos á la Europa, y nos llevará forzosamente á un grande intercambio comercial con las naciones fronterizas, y allí precisamente tendrán necesaria y provechosa colocación nuestros cónsules prácticos. Será menester que éstos sean idóneos, secundando con habilidad y tino á nuestras legaciones, todo lo que, bien combinado, puede con los años colocarnos en la categoría de potencia directriz de la política internacional sudamericana.

»Fuera de estas aplicaciones inherentes á la actividad consular, está lo que más nos interesa por el momento, una propaganda eficaz sobre la importancia de nuestro territorio, su indiscutible riqueza agrícola, ganadera, minas, etc., cuya acción eficiente se traduciría en un movimiento emigratorio seleccionado, como han hecho los yanquis.

»El establecimiento de una ó dos escuelas diplomáticas en nuestro país, no es un problema difícil. Por el contrario, sería un estímulo para los jóvenes profesionales, los abogados principalmente, hijos de familias pudientes y de gloriosa tradición de la Argentina, que quisieran consagrar su actividad á servir en forma práctica á su país, los que podrían comenzar su carrera diplomática empezando por desempeñar un consulado. Esto beneficiaría á la República, desde que, por desgracia, tenemos cónsules en el extranjero que principian por no hablar nuestra lengua y terminan por no conocer la precisa ubicación geográfica de nuestro país.»

En el mismo artículo de *La Nación* cuyos párrafos dejo transcritos, me refería á la organización de la *Columbia University*, de Wáshington, cuyas líneas creo oportuno transcribir, insistiendo así patrióticamente sobre este asunto, que espero que ocupará, como se merece, la atención de nuestro gobierno, para que el proyecto de creación detenido en el Consejo superior universitario sea cuanto antes un hecho en bien de nuestro porvenir diplomático, dicen así:

«Una de estas escuelas, la *Columbia University*, que visitamos en la ciudad de Wáshington, nos llamó la atención por lo bien organizada y por la diversidad de materias que en ella se estudian. Su *sección diplomática* está confiada á profesores ilustrados y prácticos, pues muchos de ellos han desempeñado tareas consulares. El número de materias que se estudian nos pareció excesivo en relación al tiempo señalado para estudiarlas, dos años solamente, lo que observamos al secretario de la Universidad, que galantemente nos acompañaba en nuestra visita.

»Éste nos manifestó que se había dispuesto en esta forma para dar con ello facilidad á los jóvenes abogados que hubiesen cursado sus estudios en la misma universidad ú otra extraña, para continuar más tarde sus estudios diplomáticos, sin perder en esta última carrera un número mayor de años, pues allí se estima más el aprendizaje que procura la práctica, que la diversidad de teorías, muchas veces ampulosas, que llenan de ciencia al postulante y terminan por serle inútiles en el momento de aplicarlas, desorientándolo en un mare mágnum de doctrinas, que les resultarían confusas é inaplicables en una selección mal adoptada por falta de un criterio práctico.

»Como se verá, al curso de primer año corresponde un número de asignaturas tal, que representan tantos estudios prácticos de necesaria aplicación en las tareas consulares y diplomáticas, y que

sería conveniente intercalar en los programas de las futuras escuelas diplomáticas de la Argentina y de las que se fundarán en las demás repúblicas de Sud América, refiriéndolas, como es consiguiente, á las respectivas legislaciones é historia de la diplomacia.

»Estas materias son las siguientes, y corresponden al primer año de estudios:

»I. Historia de la diplomacia de los Estados Unidos.

»II. Historia de los tratados en que los Estados Unidos han intervenido.

»III. Conferencias sobre tópicos relacionados con ellos.

»IV. Leyes constitucionales de los Estados Unidos.

»V. Estudio comparado de las mismas.

»VI. Derecho Internacional público.

»VII. Leyes políticas comparadas y geografía política.

»VIII. Comercio interior y exterior.

»IX. Tratados internacionales y geografía comercial.

»X. Economía social y estadística.

»XI. Francés, alemán ó español, un curso especial.

»El segundo año comprende las siguientes materias:

»I. Práctica de la diplomacia en los Estados Unidos.

»II. Organización del departamento de Estado (ministerio de Relaciones Exteriores).

»III. Deberes de los embajadores, ministros y cónsules.

»IV. Arbitraje internacional.

»V. Historia de la diplomacia europea y sus principales tratados.

»VI. Leyes políticas comparadas.

»VII. Finanzas.

»VIII. Economía política.

»IX. Leyes de almirantazgo.

»X. Historia de la colonización.

»XI. Leyes coloniales.

»XII. Francés, alemán ó español (curso especial).

»Este plan de estudios, con las modificaciones que habría necesariamente que hacerle, es indiscutible que nos procuraría mejores cónsules que los actuales, salvo excepciones muy honrosas, que nos complacemos en declarar que existen en el cuerpo diplomático argentino, pero muy escasas.»

Y tengan la convicción nuestros hombres de gobierno, de que harían algo muy práctico en obsequio de la prosperidad del país. No olviden que hasta hoy hemos despiadadamente malgastado nuestro tiempo. Nos hemos preocupado demasiado de nuestros asuntos internos, á veces insignificantes, que se traducen en largos años de continuas guerras intestinas, buscando la organización nacional. Más tarde, obtenida ésta, hemos tratado de

engrandecemos, viendo cultivar la heredad por medio del brazo ajeno, pues muy pocos de nuestros criollos tradicionales, salvo los de una generación inmediata descendiente de extranjeros, han colaborado al engrandecimiento material del país.

Los demás, muchos de ellos que llevan apellidos tradicionales, han vivido, es duro decirlo, de la caridad del Estado, sirviéndole por toda una vida como empleados públicos, ingresando en las oficinas muchas veces en la más vituperable inacción en bien del país, y así han recorrido toda la escala de los empleos del Estado, y se titulan con énfasis hombres públicos eminentes, sostenidos, en una palabra, por la contribución de los demás compatriotas, todo lo contrario de lo que sucede en los Estados Unidos, donde, como digo en otro capítulo de mi libro, el yanqui se complace en luchar con el destino frente á frente con el auxilio del esfuerzo propio.

Es muy duro decir estas cosas, pero así se ven de fuera de nuestro país. Serán, no lo dudo, dolorosas para muchos, pero recuerdo que escribo para la juventud, y ella sabrá elegir el camino más conveniente á seguir en el futuro.

Y así vegetando, con el pretexto de organizarnos, entregados á la política mezquina de círculos, han sentido las repúblicas sudamericanas llegarles el siglo XX con todo el peso de su civilización, de su progreso y de sus intrigas internacionales, que muchos no tienen fuerzas para soportar, y

empiezan ahora á ver fantasmas en el horizonte.

La Argentina, felizmente poderosa por su admirable situación geográfica y por la emigración que va hacia sus playas, ha vivido, como he dicho, una centuria consagrada á resolver su problema político interno, descuidando, con grave peligro de sus límites territoriales, sus asuntos internacionales, á tal punto, que la avaricia chilena le fué despojando de enorme cantidad de territorio durante cuarenta años de periódicas invasiones.

Abandonando al país á su exclusiva producción agrícola y ganadera, sin pensar que con los años tendría que ser también industrial, y por lo tanto, buscar igualmente mercados para sus productos, y dejando también en la inacción por cerca de una centuria la obra política felizmente comenzada con la redención de América, á la que su brazo, sus hombres y el prestigio de sus armas organizaron en naciones independientes, cuando ha debido ser ella la que hubo de sustentar el vínculo de la verdadera solidaridad americana, dé la cual el Brasil pretende ahora ser el portavoz en toda la América latina, contrarrestando á la vez las dañosas maquinaciones de la diplomacia chilena.

Estamos, pues, aún en tiempos de reaccionar. Pronto la América se reorganizará. Cinco repúblicas de la América del Centro formarán una nueva federación, para imprimir al nuevo Estado otro derrotero político hacia el progreso, con grandes y patrióticos ideales.

El Perú lleva á cabo apresuradamente su organización tanto política como militar y se incorpora así á las exigencias contemporáneas de la civilización con el propósito inquebrantable de recuperar Tacna y Arica.

Bolivia es cruzada por los ferrocarriles que parten de la Argentina para comunicarle la savia nueva con que robustecen su organismo las cien razas que la pueblan.

Chile, aunque abatida por los últimos cataclismos, se reanima, y solucionando los graves problemas económicos que éstos le han ocasionado, habrá en poco tiempo vuelto á su vida normal.

El Brasil en manos del barón de Río Branco.

El Uruguay robustece su sistema político, afianza las instituciones, y al período nefasto de las luchas intestinas sucede una era de progreso y de bienestar que será fecundo en bien y prosperidad de aquel simpático suelo.

Todo, en fin, sonríe para América, con un porvenir preñado de promesas, que va en camino de ser pronto una realidad.

Vinculemos nosotros el nombre argentino á estos esfuerzos colectivos del progreso general de Sud América, y formando el verdadero vínculo de acción solidaria ofensiva y defensiva en América contra absorciones extrañas, hagamos de la tesis Drago una doctrina eminentemente sudamericana, ajena á protectorados de otras naciones que menoscaban la dignidad de América. Iniciemos una

hábil política diplomática, que será de solidaridad en lo que respecta á la América del Sud, tendiendo el brazo al débil, cuando le veamos oprimido por el fuerte. Hagamos de Buenos Aires el cerebro de Sud América, el foco de radiación de todos los anhelos patrióticos de los sudamericanos, empezando por organizar juiciosamente nuestra diplomacia en toda la América, desde el Uruguay hasta Méjico, atrayendo por medio del afecto y de la propaganda, encomendada á las legaciones y á los consulados, el éxodo de los centro y sudamericanos, que llegan á la gran capital de la América latina atraídos por el eco de sus fiestas y el prestigio artístico de sus teatros, el *comfort* de sus hoteles y de su vida esencialmente europea, comparable á las grandes capitales del mundo.

Y así, en esta forma, habremos celebrado con todos los esplendores de gloria, en el próximo centenario de 1910, los esponsales de la Libertad con el Continente sudamericano.

FIN

## INDICE

---

	<u>Págs.</u>
NUEVA YORK.—La bahía.—La ciudad.— <i>Buildings</i> .— Teatros, parques y avenidas. . . . .	9
LA MUJER EN LOS ESTADOS UNIDOS.—En los <i>magazines</i> , oficinas, minas y negocios. . . . .	23
FILADELFIA.—El <i>home</i> .—La <i>City Hall</i> .— <i>Fairmonth Park</i> .—La vida del obrero y el barrio amarillo. . . . .	31
EL NORTEAMERICANO Y EL SUDAMERICANO.—El hombre de negocios, el de la campaña y el industrial.—Cómo se educa á los jóvenes. . . . .	41
CHICAGO.—Monumentos y parques.—El <i>Press Club</i> .—La ciudad fabril.—Una reunión esportiva. . . . .	49
ESTADOS UNIDOS INTELECTUAL.—Universidades, colegios, museos.—Sus principales hombres, poetas, historiadores, novelistas y artistas. . . . .	57
BÚFALO.—Una elección presidencial.— <i>Main Street</i> .—Las mesas electorales.—Triunfo de Roosevelt.—Los festejos populares. . . . .	69
NIÁGARA FALLS. . . . .	79
SOCIABILIDAD AMERICANA.—El gran mundo.—Familias patricias.—Los matrimonios yanquis.—La vida en los clubs, teatros y playas. . . . .	85

WASHINGTON.—Sus palacios y monumentos.—Oficinas públicas.—Hombres y cosas. . . . .	93
EN LA CAMPAÑA DE LOS ESTADOS UNIDOS.—Abbeville.—La industria azucarera.—El algodón.—La zona agrícola.—Dacotah.—El <i>Homestead</i> .—Los bosques forestales.—El <i>ranch</i> . . . . .	101
NUEVA ORLEANS.—Una ciudad francesa.—Clubs.—Templos.—Prácticas religiosas.—Teatros. . . . .	115
EL PROBLEMA NEGRO.—El odio de razas.—Un huésped del presidente Roosevelt.—El Congreso Dental Americano.—La estafeta de Correos. . . . .	125
SAINT-LOUIS.—La ciudad.—La <i>Merchant's Exchange</i> .—El <i>Prophete Dance</i> .—La reina del Amor y la Belleza. . . . .	133
LA CIUDAD MORMÓNICA.—El lago Salado.—La ciudad de Brigham Young.—¿Qué es el mormonismo?—Sus leyendas. . . . .	139
CONCEPTO DE SUD AMÉRICA EN LOS ESTADOS UNIDOS.—El mensaje Roosevelt.—Los policías internacionales.—Publicaciones de Mr. Hoskin.—El doctor Pellegrini.—El viaje de Mr. Root a Sud América. . . . .	147
EL ESPÍRITU DE ASOCIACIÓN EN LOS ESTADOS UNIDOS.—Las <i>Young Men's</i> y <i>Young Women Christians Associations</i> .—Los <i>Athletic Club</i> .—Los <i>Ladies Exchange</i> , Sociedades Mutuales, etc. . . . .	163
PITTSBURGO.—La ciudad del humo.—El gas natural.—La <i>Westing-house</i> .—Las víctimas de las fábricas. . . . .	173
LA CUESTIÓN SOCIAL.—Las asociaciones de Filadelfia.—Los <i>Loan and building association</i> , de la Unión.—Las huelgas en los Estados Unidos.—Los vagos de Broadway.—Los reformadores.—La acción del gobierno. . . . .	185
CÓMO VIAJAN LOS NORTE Y SUDAMERICANOS.—El turista norteamericano.—En los trasatlánticos y ferrocarriles.—La vida del hotel.—El sudamericano en viaje. . . . .	201

ESTADOS UNIDOS INDUSTRIAL.—Proteccionismo y libre cambio.—Los bills Mac Kinley.—Demócratas y republicanos.—Lo que conviene hacer en Sud América.—Deficiencias de la codificación actual.—Legislación social. . . . .	209
NORTE Y SUD AMÉRICA.—La presente y la probable política internacional del futuro. . . . .	223

---

UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY



**AA** 000 503 630 6

UNIV OF CALIF. LIBRARY. LOS ANGELES

Una peseta el tomo

- Malato*.—La gran huelga. 2 tomos.  
*Marx (Carlos)*.—El capital.  
*Matto de Turner (Clorinda)*.—Aves sin nido (novela peruana).  
*Max Nordau*.—El mal del siglo. 2 t.  
*Max Nordau*.—Las mentiras convencionales de la civilización. 2 tomos.  
*Max Nordau*.—Matrimonios morganáticos 2 tomos.  
*Max Nordau*.—La comedia del sentimiento.  
*Max Stirner*.—El Único y su propiedad. 2 tomos.  
*Mazzini (José)*.—Deberes del hombre.  
*Mèrimée*.—Los hugonotes.  
*Mèrimée*.—Cosas de España.  
*Merejkowski*.—La muerte de los dioses. 2 tomos.  
*Merejkowski*.—La resurrección de los dioses. 2 tomos.  
*Merejkowski*.—El Anticristo (Pedro y Alejo). 2 tomos.  
*Mirbeau*.—Sebastián Roch (La educación jesuítica).  
*Mitjana*.—Discantes y contrapuntos.  
*Mitjana*.—En el Magreb-el-Aksa (Viaje á Marruecos).  
*Morote (Luis)*.—Pasados por agua.  
*Morote (Luis)*.—Rebaño de almas.  
*Morote (Luis)*.—La Duma. (Segunda parte de «Rebaño de Almas».)  
*Nákens*.—Horrores del absolutismo.  
*Naquet (Alfredo)*.—La Anarquía y el Colectivismo.  
*Nietzsche*.—Así hablaba Zaratustra.  
*Id.* —La genealogía de la moral.  
*Id.* —La Gaya ciencia.  
*Id.* —El Anticristo.  
*Id.* —Aurora.  
*Id.* —El caso Wagner.  
*Id.* —El crepúsculo de los ídolos.  
*Id.* —Más allá del bien y del mal.  
*Id.* —El origen de la tragedia.  
*Id.* —El viajero y su sombra.  
*Id.* —Humano, demasiado humano.  
*Octavio Picón*.—Drama de familia.  
*P. J. Moebius*.—La inferioridad mental de la mujer.  
*Pedrell (Felipe)*.—Musicalerías.  
*Pérez Arroyo*.—Cuentos é historias.  
*Petronio*.—El satiricón.  
*Pío Baroja*.—El tablado de Arlequín.  
*Proudhon*.—¿Qué es la propiedad?  
*Reclus*.—Evolución y revolución.  
*Reclus*.—La montaña.  
*Reclus*.—Mis exploraciones en América.  
*Reclus*.—El arroyo.  
*Renán*.—Estudios religiosos.  
*Renán*.—El porvenir de la Ciencia. 2 t.  
*Renán*.—El Anticristo. 2 tomos.  
*Renán*.—Los Evangelios y la segunda generación cristiana. 2 tomos.  
*Renán*.—La iglesia cristiana.  
*Renán*.—Marco Aurelio y el fin del Mundo Antiguo. 2 tomos.  
*Rizal (José)*.—Noli me tângere (El país de los frailes).  
*Robert (Roberto)*.—Los cachivaches de antaño.  
*Rochefort*.—La aurora boreal.  
*Rodríguez Mendoza*.—Vida nueva...  
*Rydberg*.—Singoala.  
*Salinas (Germán)*.—Los satíricos latinos. 2 tomos.  
*Serao (Matilde)*.—¡Centinela, alerta.  
*Schopenhauer*.—El amor, las mujeres y la muerte.  
*Schopenhauer*.—La libertad.  
*Séverine*.—Páginas rojas.  
*Séverine*.—En marcha...  
*Sorel (Georges)*.—El porvenir de los Sindicatos Obreros.  
*Spencer*.—Origen de las profesiones.  
*Spencer*.—El individuo contra el Estado.  
*Spencer*.—Creación y evolución.  
*Spencer*.—Educación intelectual, moral y física.  
*Strauss*.—Estudios Literarios y Religiosos.  
*Strauss*.—La antigua y la nueva Fe.  
*Sudermann*.—El camino de los gatos.  
*Sudermann*.—El deseo.  
*Sudermann*.—Las bodas de Yolanda.  
*Sudermann*.—El molino silencioso.  
*Sudermann*.—La mujer gris.  
*Tchekhov*.—Vanka.  
*Teniente O. Bilse*.—Pequeña guarnición.  
*Tolstoi*.—La verdadera vida.  
*Tolstoi*.—La guerra ruso-japonesa.  
*Tolstoi*.—La escuela Yasnaïa-Poliana.  
*Ugarte*.—Visiones de España.  
*Ugarte*.—El Arte y la Democracia.  
*Vandervelde*.—El colectivismo.  
*Voltaire*.—Diccionario filosófico. 6 t.  
*Wagner*.—Novelas y pensamientos.  
*Zola*.—El mandato de la muerte.  
*Zola*.—Cómo se muere.  
*Zozaya (A.)*.—El huerto de Epicteto.

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS Á UNA PESETA EL TOMO

- Braccó (Roberto)*.—Muecas humanas.  
*Nin Frías (Alberto)*.—Ensayos de crítica é historia.  
*Delfino (Victor)*.—Átomos y astros.  
*Gómez Carrillo*.—Por tierras lejanas.  
*Bunge*.—La novela de la sangre.  
*Urquijo (Fernando de)*.—De mi cartera.  
*Prat (José)*.—Crónicas demoledoras.  
*E. Praycourt*.—La moral del cura.  
*Baudelaire (Carlos)*.—Los Paraísos artificiales.  
*Gutiérrez-Gamero (P.)*.—La derrota de Mañara.  
*H. Taine*.—La pintura en Italia.  
*H. Taine*.—Viaje por Italia. 3 tomos.  
*H. Taine*.—Filosofía del Arte. 2 tomos.  
*Flaubert (Gustavo)*.—La tentación de San Antonio.  
*Mirbeau (Octavio)*.—El abate Julio.  
*Poe (Edgardo)*.—Eureka (Estudio del Universo material y espiritual).  
*Spencer*.—Estudios políticos y sociales.  
*Ibsen*.—Cuando resucitemos.—Gabriel Borkman.  
*Schopenhauer (Arturo)*.—Fundamento de la moral.  
*Renán*.—Averroes y el Averroes. 2 tomos.  
*Sorel*.—La ruina del mundo actual.  
*Jacquinet (Clemencia)*.—Ibsen y sus obras.  
*Aleramo (Sibila)*.—Una mujer.  
*Spencer*.—La religión: su pasado y su porvenir.  
*Max Halbe*.—Juventud (drama en actos).  
*García Calderón (F.)*.—Hombres de nuestro tiempo.  
*H. Taine*.—Los filósofos del siglo XIX.  
*Finot (Juan)*.—El prejuicio de raza. 2 tomos.  
*Palomero (Antonio)*.—Su Majestad el hombre.  
*Labriola (Antonio)*.—Del materialismo histórico.

Obras de Carmen de Burgos Seguí

- LA COCINA MODERNA (Contiene más de 800 fórmulas de cocina).—UNA PESETA.  
 ARTE DE SABER VIVIR (*Prácticas sociales*).—UNA PESETA.  
 MODELOS DE CARTAS.—UNA PESETA.  
 SALUD Y BELLEZA (*Secretos de higiene y tocador*).—UNA PESETA.

- ACCIDENTES DEL TRABAJO.—Ley, Reglamento general, disposiciones, de Guerra y Marina, por José Manáut Nogués.—UNA PESETA.

LOS CLÁSICOS DEL AMOR

- Voltaire**.—*La Doncella* (1 tomo). Una peseta.  
**Casanova**.—*Amores y Aventuras* (1 tomo). Una peseta.  
**Apuleyo**.—*El Asno de Oro* (La Metamorfosis) (1 tomo). Una peseta.  
**Longo**.—*Dáfnis y Cloe* (1 tomo). Una peseta.